

CARLOS LLORÓ SOSA

Universidad Católica de Temuco
Sinfonía para una historia
(1959-2019)



UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
TEMUCO

EDICIONES
UC TEMUCO

*Universidad Católica de Temuco:
Sinfonía para una historia (1959-2019)*

Universidad Católica de Temuco

Sinfonía para una historia (1959-2019)

Carlos Lloró Sosa



UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE
TEMUCO

EDICIONES
UCTEMUCO

*Universidad Católica de Temuco:
Sinfonía para una historia (1959-2019)*

ISBN 978-956-6224-67-9

PRIMERA EDICIÓN septiembre de 2021

SEGUNDA EDICIÓN octubre de 2025

Ediciones de la Universidad Católica de Temuco
Av. Alemania 0211, Temuco, Chile
ediciones.uct.cl • ediciones@uct.cl

© del texto, Carlos Lloró Sosa

© de esta edición: Universidad Católica de Temuco

PRODUCCIÓN GENERAL
Claudia Campos Letelier
Coordinadora de Ediciones UCT

IMAGEN DE PORTADA
Patricio Montecinos Salazar

EDICIÓN Y DISEÑO
Tipográfica (www.tipografica.io)

Impreso en Chile, 2025

CONTENIDO

9	<i>Prólogo</i>
11	<i>Preludio</i>
15	CAPÍTULO I La osadía de un pastor (1959-1972) (<i>Allegro con brio</i>)
67	CAPÍTULO II Bajo el alero de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1973-1989) (<i>Andante</i>)
109	CAPÍTULO III Nueva autonomía (1990-1999) (<i>Scherzo</i>)
143	CAPÍTULO IV Un sueño cumplido abierto al futuro (2000-2019) (<i>Allegro vivace</i>)
181	<i>Coda</i>
183	<i>Referencias</i>
187	<i>Índice onomástico</i>

PRÓLOGO

En sus casi doscientas páginas, *Universidad Católica de Temuco: Sinfonía para una historia (1959-2019)* intenta hacer un recorrido por los primeros sesenta años de un proyecto universitario que nace en La Araucanía a partir del sueño visionario y tenaz de un conjunto de ciudadanos y del obispo monseñor Alejandro Menchaca Lira, quienes tenían la profunda convicción de que la naciente ciudad de Temuco de fines de los años cincuenta merecía tener una universidad para los cientos de jóvenes que terminaban sus estudios secundarios.

Cumplidos los sesenta años de la actual Universidad Católica de Temuco, surge la inquietud al interior de la comunidad de construir un relato que dé cuenta de cómo el sueño de nuestros fundadores se va encarnando como un desafío y un imperativo para todos quienes empiezan a ser parte de esta comunidad universitaria. Así, entonces, se empieza a escribir una historia con hitos muy claros y determinantes, que consolidan año tras año un sostenido crecimiento de la universidad, mediado por acontecimientos locales, nacionales y mundiales que configuran su proyecto académico siempre de la mano de sus principios fundacionales.

Justamente, quienes construyen y viven la historia de este proyecto—sus protagonistas, los miembros de esta comunidad universitaria—han sido los depositarios y celosos guardianes de la identidad y misión que se imprimió en el momento de su fundación. Esto, sin duda, se puede ver relatado en las páginas de este libro, que no busca únicamente contar una historia con hechos cronológicos sobre cómo se fue forjando la UCT, sino también relatar y recrear la memoria de sus actores con emociones y sentimientos, porque, en su dimensión más íntima, este es un proyecto de humanidad y de servicio.

El autor de este libro, también miembro de nuestra comunidad, va contando con sorprendente lucidez y gracia una historia que incorpora las voces de sus protagonistas, organizando los relatos como una sinfonía de cuatro movimientos, los que sitúan al lector en las distintas etapas de desarrollo de la Universidad Católica de Temuco. Pero el relato también es puesto en el contexto histórico de la ciudad, de la región y del país, mezclando la reflexión, los hechos cronológicos, los testimonios y las anécdotas de los propios actores, y expresando los sentimientos y emociones alojados en sus memorias.

Sinfonía para una historia no solo se propone rescatar y preservar la memoria y la historia de la universidad para las futuras generaciones que renovarán nuestra comunidad, sino que también quiere testimoniar en cada una de sus páginas el merecido reconocimiento y gratitud para los cientos de académicos, funcionarios y estudiantes que han pasado por esta institución, quienes con su trabajo y compromiso han permitido edificar este proyecto día tras día y año tras año, haciendo que la Universidad Católica de Temuco vaya proyectando y consolidando un futuro próspero de cara a su centenario.

Los relatos que dan cierre a este recorrido por la historia de nuestra Universidad concluyen el año 2019, precisamente un año antes de enfrentar las consecuencias de una emergencia sanitaria global producto de la pandemia de covid-19. Las energías volcadas a atender las consecuencias de esta crisis nos obligaron a postergar la entrega del presente texto a la comunidad por casi dos años. No obstante, estimamos que nuestra capacidad para salir adelante y sobreponernos a la adversidad encuentra su fundamento en nuestra historia institucional, en el rol que cada uno de quienes formamos parte de esta institución jugamos y hemos jugado al momento de enfrentar con responsabilidad, compromiso y mística nuestra diaria labor. Este documento es nuestra forma de honrar ese espíritu fundacional vivo hoy en el ser y quehacer de la Universidad Católica de Temuco.

ALIRO BÓRQUEZ RAMÍREZ

Rector

Temuco, septiembre de 2021

PRELUDIO

El presente relato no pretende contar la historia de la Universidad Católica de Temuco; para ello, se necesitaría mucho más tiempo, espacio y energía. Su propósito ha sido tan solo recoger el eco de esa historia en mujeres y hombres concretos, revivir, mediante la conversación y la indagación, algunos hechos y gestos que han marcado el camino de la institución. Escribir, en suma, la historia. Es este, pues, un relato, una degustación, un paladeo, una invitación para sumergirse en los pliegues de un organismo vivo —la Universidad Católica de Temuco—, cuya semilla brotó del corazón sensible y atento del obispo de la diócesis de Temuco en una ciudad joven, anclada, a su vez, a una tierra de riquísima savia ancestral. El título, *Sinfonía para una historia*, da cuenta de su carácter fragmentario, pero también de la confianza del autor en la existencia de cierta melodía inherente a los procesos fundacionales de nuestra universidad. Albergamos la esperanza de que quienes lean este trabajo puedan escuchar esa melodía entonada en la Universidad Católica de Temuco a lo largo de estos sesenta años y, tal vez, decidan incorporarse a su canto.

Se hablará aquí de los sueños, los anhelos, el temple, el carácter y las alianzas de los fundadores, también de los primeros tiempos y del proceso de recuperación de la autonomía que se cristalizó el 10 de julio de 1991, cuando la UCT alcanzó la mayoría de edad. De igual modo, se recorrerá el camino íntegro de la institución y se examinará su impacto en personas individuales, en familias, en comunidades y en el ecosistema complejo y proteico de la región de La Araucanía, además de estudiar sus proyecciones en espacio y tiempo, su relación íntima con el futuro.

La música y la historia comparten varios atributos; uno de ellos, la forma. Por ejemplo, en la estructura de una sinfonía clásica de cuatro movimientos, el primero y el cuarto ostentan aires impetuosos y generalmente se escriben en tonalidades mayores, asociadas al optimismo y a la energía desbordante. El segundo movimiento viene a instalar en el tejido musical una suerte de periodo de hibernación del sonido, una cascada de vibraciones bajas relacionadas con la introspección, la intimidad y la melancolía. El tercero está escrito en ritmo de danza y corresponde a la forma de un minueto o *scherzo*, señalando el despertar de la energía dormida.

Mientras iba dando cuerpo a este trabajo fui observando —no sin asombro— que la historia de la UCT poseía características morfológicas semejantes no solo a la usual sinfonía clásica, sino también, y más especialmente, a una obra en particular: la famosa *Sinfonía n.º 5 en do menor, opus 67* de Ludwig van Beethoven.¹

A continuación, presento un bosquejo que intenta mostrar la relación entre ambos procesos. En el primer movimiento, *Allegro con brio*, Beethoven logra instaurar una densa arquitectura sonora a partir de un motivo de solo cuatro notas-semilla que van madurando en infinitas variaciones, convenciendo a todos los instrumentos para que colaboren en esa verdadera hazaña compositiva. Del mismo modo, en el primer capítulo del libro asistimos al ímpetu de toda una ciudad convocada por el gesto señero de monseñor Alejandro Menchaca Lira y la pasión invencible por construir una realidad nueva a partir de muy pocos recursos, convenciendo de ello a toda una asamblea-orquesta de vecinos y fuerzas vivas de La Araucanía. Es lo que se corresponde con la etapa como Universidad de La Frontera.

En el segundo movimiento, *Andante con moto*, hay un descenso en la intensidad, como es habitual en toda sinfonía tras el largo despliegue sonoro inicial. Aquí, además, asistimos a la alternancia de dos temas

¹ Proponemos que a la lectura de cada capítulo anteceda —o suceda (o ambas)— la escucha del movimiento correspondiente de la *Sinfonía n.º 5* de Ludwig van Beethoven. Para temperamentos más reposados, proponemos una alternativa: la *Sinfonía n.º 41 en do mayor, K. 551* de Wolfgang Amadeus Mozart, de estructura similar, pero de efecto menos explosivo.

musicales contrastantes: uno cálido y melodioso, y otro de aires marciales y ritmo apabullante. Ambos temas entran en competencia, buscando imponerse en el entramado orquestal. Así, el segundo capítulo del relato presenta la tensión entre dos fuerzas: de un lado, el ansia por continuar construyendo una obra universitaria con responsabilidad y convicción y, del otro, la instauración de un tiempo de «universidad vigilada» y el complejo periodo que cercenó algunas iniciativas que resultaban inconvenientes e incómodas para el régimen establecido. Aquí, la universidad pasa a su etapa como sede regional de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

En el tercer movimiento, *Scherzo. Allegro*, se propone una variación del tema principal del primer movimiento a modo de recapitulación y remembranza. Las energías se recomponen y, hacia el remate, un crescendo indetenible desemboca en el exultante movimiento final. Recuperada la autonomía, la universidad se pone, por así decirlo, a festejar la plenitud de su razón de ser. Varios motivos del primer capítulo vuelven a tocarse en el tercero, como el obispo valiente y visionario (allá monseñor Alejandro Menchaca Lira, acá monseñor Sergio Contreras Navia) y el director o rector filósofo (allá Jaime Arellano, acá Jorge Hourton). Nos encontramos ya en la primera etapa como Universidad Católica de Temuco propiamente tal.

Por su parte, el *Allegro vivace* final es un movimiento cargado de acordes triunfales y de electricidad. En él se despliega la totalidad de recursos de la orquesta, concluyendo en un *stretto* (aceleración del tempo o ritmo de la pieza musical) que exige a los intérpretes el máximo de virtuosismo y compromiso con el acto de cocreación que implica la ejecución musical. Es el momento de la entrada en el futuro como universidad completa, asumiendo los desafíos propios de un mundo complejo sin renunciar al sueño de sus fundadores. Esta sección aborda la segunda etapa como Universidad Católica de Temuco y la proyección hacia el futuro de la universidad.

Sin duda, el anterior esbozo no pretende imponer visos de exactitud ni busca implantar teoría alguna; solo se basa en la sensación —presente durante todo el proceso de escritura de este libro— de que la historia también tiene ritmo y melodía y que su sonido puede ser escuchado por

cualquier ser humano con solo prestar oído al eco que van dejando los hechos en el gran teatro del devenir.

Por último, he tratado de establecer una cronología lo más exacta posible, aunque, fiel a la naturaleza original del encargo, intenté evitar la mera enumeración de fechas y datos que pudieran abrumar al lector (y que, además, pueden encontrarse fácilmente en las distintas cuentas rectorales y documentos oficiales de la institución). En vez de ello, busqué combinar la reflexión, el testimonio directo de actores clave, el rescate de imágenes, escenas y anécdotas cargadas de valor simbólico, el comentario emocionado de lecturas y gestos. A fin de cuentas, esta es la narración de un sujeto, la crónica de un viaje personal a través de la historia.

Quiero agradecer de corazón a todas aquellas personas que accedieron a compartir conmigo parte de su valioso tiempo y experiencias. El total del material recopilado y transcrito supera largamente en número de páginas del presente volumen. Otro libro podría escribirse con base en esa preciosa documentación. Muy especialmente, deseo agradecer a don Arturo Hernández Sallés y al padre Juan Leonelli Leonelli, mis supervisores directos, quienes me acompañaron a lo largo de todo el proceso de escritura y revisión del texto, aportando comentarios esenciales que dieron mayor coherencia y contexto a los hechos narrados; a don Raúl Caamaño Matamala, memoria viva de la Universidad Católica de Temuco, por compartir conmigo sus tesoros de conocimiento y sabiduría; y a don Boris Isla Molina, quien me regaló el vivo relato de la UCT actual, que conoce tan bien como un violinista su instrumento. Con todos ellos sostuve largas, detalladas y vibrantes conversaciones, a las cuales el libro debe gran parte de su mérito.

CARLOS LLORÓ SOSA
Temuco, enero de 2021

CAPÍTULO I
La osadía de un pastor (1959-1972)
(*Allegro con brio*)

Una ciudad y una diócesis

Cautín
Semeja una bandera, desplegada
desde el lado del mar.
Los ríos araucanos son los pliegues
que la hacen ondular.
Y es su estrella de luz
Temuco, en medio
de esmeraldino imperio vegetal.¹

Si a cualquiera de nosotros le pidieran explicar qué es la Universidad Católica de Temuco, se vería en graves aprietos. Podría señalar cualquiera de sus campus, edificios y casonas y con ello no faltaría a la verdad, pero no la habría dicho toda. Podría recitar de memoria el nombre y biografía de personas ilustres que contribuyeron a su encumbramiento y estaría en lo cierto, pero no en todo lo cierto. Los hitos —numerosos— y las pruebas superadas —ejemplares— satisfarían en su enumeración vasta a un observador sagaz, pero en esa enumeración algo se habría perdido. Porque una universidad es un organismo vivo. Y la UCT, en su larga marcha desde el nacimiento a la consolidación, se ha ganado el derecho a ser considerada como tal. Sus raíces, ancladas en lo profundo

¹ Estos versos —sin firma, pero de notable aroma nerudiano— aparecen junto a un mapa de la provincia de Cautín en la portada del *Segundo memorial de la provincia de Cautín a los poderes públicos*, publicado por el Consejo de Adelanto de Cautín en 1949.

de una sociedad y fortalecidas con la acción de sus hijos —células de ese cuerpo—, se extienden ya por un territorio del que ningún mapa puede dar cuenta. Visto desde cierto ángulo, constituye un misterio. Pero lo es tanto como puede serlo un cuerpo humano; un misterio encarnado en la realidad misma.

¿Cómo, entonces, abordar la historia de un organismo vivo si cualquier aproximación resulta insuficiente? ¿Cómo encarar la tarea de plasmar, en unas pocas páginas, la bitácora de viaje de la Universidad Católica de Temuco sin perdernos en cifras y datos? Quizás debamos comenzar proyectándonos, con la imaginación, al 24 de febrero de 1881, cuando Manuel Recabarren, ministro del Interior del presidente Aníbal Pinto, funda el Fuerte Temuco. De fuerte militar Temuco va ascendiendo a la categoría de aldea fronteriza, con un «crecimiento espontáneo alrededor del Fuerte hasta la llegada de la Comisión Topográfica de Teodoro Schmidt y el posterior Plan Regulador del Ingeniero Cristian Sommermeier», como informa la memoria explicativa del plan regulador que realizó la municipalidad en 2009. En 1887 queda establecida la provincia de Cautín con su correspondiente intendencia provincial; la municipalidad inicia funciones en 1888 y el primer plan regulador de la ciudad se aprueba en 1892. Tres años después llega el ferrocarril y, con él, los primeros colonos extranjeros.

Continúa creciendo Temuco y, de aldea militar fronteriza, la vemos escalando al rango de enclave urbano importante del sur. La ciudad adquiere la solidez de su forma al configurarse la cuadrícula urbana de lo que hoy constituye el «centro histórico», entre las calles Prieto, avenida Balmaceda, Barros Arana y León Gallo. Así, se comienzan a insinuar los primeros barrios, que la misma memoria señala como Santa Rosa, Pichi Cautín, Avenida Alemania, Dreves, Pueblo Nuevo y Padre Las Casas.

Por esos años se produce un acontecimiento de capital importancia para nuestro relato: la fundación de la diócesis San José de Temuco. Al separarse del Estado en 1925, la Iglesia católica había iniciado un periodo de dinamización y reestructuración en diversos planos. La autonomía le permite, por un lado, elegir libremente sus autoridades; por otro, crece en número de diócesis y arzobispados. Entre 1925 y 1960 se crean dos nuevos arzobispados y trece diócesis (siete de las cuales, incluida la

de Temuco, se oficializan gracias a la bula papal *Notabiliter aucto* del 18 de octubre de 1925). El aumento en el número de obispos trajo también, con el tiempo, una necesidad de mayor ordenamiento interno del clero, expresado en la fundación de la Conferencia Episcopal y más tarde de su Comité Permanente, en la década de 1950. Otro factor que contribuyó a ese proceso de dinamización interna fue la creación del Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam) en 1955, donde ocupó un lugar destacado, desde el principio, el obispo chileno Manuel Larraín.

Bajo el impulso de monseñor Horacio Campillo, arzobispo de Santiago, se crea la relevante organización Acción Católica en la década de 1930. En esa misma década, en 1935, comienzan los cursos de la Facultad de Teología de la Universidad Católica, uno de cuyos asesores clave fue un joven jesuita que se encontraba estudiando en Lovaina: Alberto Hurtado. Hurtado escribe en 1941 un libro polémico y combativo: *¿Es Chile un país católico?*, cuyo diagnóstico social pedía un catolicismo más integral, denunciando los riesgos de «una fe sin el suficiente cultivo». Ese mismo año, el padre Hurtado es nombrado asesor nacional de Acción Católica, mientras que monseñor Alejandro Menchaca Lira asume como nuevo obispo de la joven diócesis de Temuco, el cuarto desde su fundación.

Por esos años, Chile vivía una verdadera efervescencia de congregaciones religiosas que venían a instalarse a lo largo del territorio nacional en misiones educativas y asistenciales (sesenta y seis congregaciones llegaron a Chile entre 1925 y 1960). Monseñor Menchaca Lira también tuvo parte activa en ese verdadero movimiento espiritual, pues fue uno de los responsables de que se trasladara a Chile la congregación de los Padres de Maryknoll, quienes revitalizaron la actividad parroquial en muchas comunas de La Araucanía.

Realidad educacional en la provincia de Cautín

El Consejo de Adelanto de Cautín, fundado en 1937 y refundado en 1946, pertenecía a la Asociación de Centros para el Progreso Provincial y de su junta directiva formaban parte el intendente de Cautín, don Agustín Parada Henríquez, y el alcalde de Temuco, Federico Magofke Proust,

quien diez años después aparecería firmando la lista de propiciadores de la Universidad de La Frontera —primer nombre de la Universidad Católica de Temuco—, junto a Arturo Meissner Vhymeister, otro integrante de dicha junta directiva. Un interesante documento — el *Segundo memorial de la provincia de Cautín a los poderes públicos*— publicado por dicho Consejo en 1949 nos regala una muestra de las preocupaciones y necesidades de la ciudadanía en la provincia, diez años antes de firmarse el decreto que fundaba la primera universidad de La Araucanía. El propósito de este documento, se nos dice, es entregar «a la atención de los poderes públicos, junto con la agenda de sus necesidades, un conjunto de estudios sobre el grupo de problemas que hemos estimado más urgentes, en un orden de precedencia».

La lista de problemas, que es más bien una enumeración de metas a mediano y largo plazo, incluye veintiún puntos:

1. Descentralización administrativa del país
2. Caminos de la provincia de Cautín
3. Electrificación de la provincia de Cautín
4. Aeródromo de El Natre, politécnico zonal de menores, estación experimental central de la zona sur y huertos familiares de Temuco
5. Agua potable y regadío
6. Edificio de intendencia y servicios públicos de Temuco
7. Problema del ausentismo en La Frontera
8. Ferrocarril de Freire a Toltén
9. Trasandino por Lonquimay
10. Puerto Saavedra
11. Problema indígena
12. Necesidades de la educación primaria de la provincia de Cautín
13. Necesidades de la educación secundaria y especial
14. Creación de la Universidad del Sur de Chile
15. Construcción de habitaciones
16. Construcciones deportivas

17. Matadero y frigorífico de Temuco
18. Estación de los ferrocarriles de Temuco
19. Hospital regional de Temuco
20. Construcción de cuarteles militares
21. Servicio de gas de Temuco

Lamentablemente, solo se alcanzan a estudiar en el memorial los diez primeros temas, pero ya vemos que el sueño de una universidad del sur formaba parte de los anhelos de descentralización administrativa de los ciudadanos de la zona por esos años. Aunque fragmentarias, ya la ciudad de Temuco había experimentado algunas aproximaciones a la realidad universitaria durante la primera mitad del siglo, comenzando por la Escuela Industrial de Temuco, que, creada en 1916, pasó a funcionar bajo el alero de la Universidad Técnica del Estado en 1948. Otro experimento, el de la Universidad Popular en Temuco, fundada en 1931, respondía a un movimiento nacional encaminado a otorgar a los trabajadores un acceso efectivo a la educación formal:

El obrero —proclamaba Carlos Oliver Schneider en el acto inaugural de la Universidad Popular de Temuco el 22 de noviembre de 1931— necesita formación integral, [necesita] emplear en forma agradable la tranquilidad del descanso [...]. Si posee estas cosas, sus protestas contra las condiciones en que vive serán menos duras y menos agrias y tal vez podría expresarlas en una forma más eficaz y las quimeras sociales y económicas no lo embriagarían.²

También contaba Temuco con la Escuela de Servicio Social, que funcionó desde 1942 y a cuyo cuerpo de profesores pertenecía el doctor Luis Rivas del Canto, quien posteriormente sería uno de los fundadores de las Escuelas Universitarias de La Frontera y presidente de su primer Consejo Universitario. Rivas del Canto impartía la asignatura Nociones Generales de Medicina. La Escuela de Servicio Social fue anexada a la Universidad de Chile en 1949 y funcionó hasta 1954.

² Este discurso es recogido por Bernardo Subercaseaux en el tercer volumen de su *Historia de las ideas y la cultura en Chile*.

En 1956 se desarrolla en Temuco el Seminario de Problemas Regionales de la Provincia de Cautín, dirigido por Ricardo Ferrando Keun, quien se desempeñaba a la sazón como orientador vocacional y profesor del Liceo de Hombres de Temuco. El seminario, como expresó el propio Ricardo, fue «una actuación cultural viva de la Quinta Escuela de Verano de la Universidad de Chile» y se desplegó a partir de un vasto plan de trabajo en el que tomaron parte cuarenta y un especialistas (ocho de Santiago y treinta y tres de Temuco) en un total de dieciséis reuniones. Los informes del seminario se compilaron a fines de ese mismo año en un enjundioso volumen publicado por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile.

La quinta parte de la publicación, titulada «Geografía humana», incluye interesantísimos estudios acerca de la situación demográfica y educacional de la provincia de Cautín, con detalladas monografías sobre el funcionamiento de entidades educacionales establecidas en la zona, como la Escuela Agrícola, la Escuela Industrial de Nueva Imperial, la ya mencionada Escuela Industrial de Temuco, el Instituto Comercial, y la Escuela Técnica Femenina. Un artículo, como da cuenta su título, se detiene a examinar el «Aporte cultural y educacional del vicariato apostólico de La Araucanía y Fundación del Magisterio de La Araucanía».³

La fundación de la universidad

Llegamos así al momento auroral, aquel 8 de septiembre —día de la Natividad de la Virgen— de 1959, cuando la asamblea de propiciadores, encabezada por el obispo de la diócesis San José de Temuco, monseñor Alejandro Menchaca Lira, estampó la firma del decreto que echó a andar el primer centro de estudios superiores en la región de La Araucanía (se trataba del Decreto 375 del obispado de Temuco). Digo que «echó a andar» porque, a diferencia de la mayoría de las universidades, que nacen con su nombre definitivo, la hoy Universidad Católica de Temuco se fue forjando y reinventando en interacción con su época y con las

³ El autor de este artículo es Osvaldo Guíñez Guíñez, presidente de la Fundación del Magisterio de La Araucanía.

vicisitudes de la historia, de tal modo que, por ejemplo, pocos conocen que su primer nombre fue «Universidad de La Frontera».

Para intentar conectarnos emocionalmente con esa atmósfera de fundación y origen, podríamos retrotraer nuestra mirada hacia los tiempos inaugurales del cristianismo, cuando la primera piedra de la Iglesia de Cristo permanecía diseminada como minúsculas partículas en el corazón de un puñado de hombres intrépidos y visionarios, que supieron aguardar la ocasión propicia para reunir esas partículas dispersas y ensamblar la piedra maestra de una construcción destinada a desafiar al tiempo.

El gesto de monseñor Menchaca Lira viene a instaurar un desafío, un llamado a la aventura, al ansia de realización de toda una ciudad. Poco había para empezar: donaciones voluntarias de los propiciadores —diez millones de pesos de la época—; la primera propiedad —situada en Viña Mackenna 466—, donada por un vecino de Lautaro, Pedro Adán Caro; y el ímpetu e inteligencia de un puñado de valiosos ciudadanos. Sin embargo, como dijo el mismo Alejandro Menchaca Lira en aquella ceremonia inaugural, registrada en *El Diario Austral* del 9 de septiembre de 1959, «así como las grandes cosas empiezan sencillamente, esperamos que esta reunión, que no tiene más lujo que la presencia de ustedes y el valor de lo que haremos, conduzca a algo realmente grande, con la ayuda de Dios». Resuenan con las palabras de monseñor estas de don Sergio Rivas: «Todo lo grande nace de lo pequeño, siempre el desarrollo es lento y siempre es del interior hacia afuera».

Aquel no fue un año común para la Iglesia. En 1959, el papa Juan XXIII anunció la convocatoria de un nuevo concilio, a casi un siglo del Concilio Vaticano I celebrado en 1871. La humanidad, tras el horror de dos guerras mundiales, exigía visiones y decisiones de cara a un futuro que no repitiera viejos errores y que apelara a un lenguaje y un sistema de interacciones más cercano a la realidad palpitante del hombre. La Iglesia estaba al tanto de la necesidad de un *aggiornamento*, una puesta al día, una revisión y actualización de sus mensajes con vista a la nueva era. Fue en esa atmósfera de histórica reforma eclesial que surge la Universidad de La Frontera.

Aquella casona de Vicuña Mackenna 466 fue durante un tiempo la única sede de la recién nacida universidad, como recuerda el profesor Víctor Raviola Molina en un fundamental escrito: *Universidad Católica de Temuco: Antecedentes para una historia*:

El patrimonio inicial de la Universidad de La Frontera fue escaso, solo se contó con la casa donada por don Pedro Adán Caro ubicada en Vicuña Mackenna 466, en la ciudad de Temuco. Allí operó, entonces, la primera sede-establecimiento que permitió labores administrativas y las primeras clases.

En el mismo texto se nos brinda información precisa acerca de la Fundación La Frontera, corporación surgida en el mismo acto de firma del decreto diocesano y que tan importante labor ha desarrollado, hasta el día de hoy, en la administración del patrimonio universitario:

La corporación anunciada por monseñor Menchaca Lira en su acto fundacional se constituyó realmente como una fundación de derecho privado y sin fines de lucro. Logró su personería jurídica recién a comienzos de 1963 mediante Decreto número 0033/63 del Ministerio de Justicia y adoptó el nombre de Fundación La Frontera. Fue su primer presidente el Dr. Luis Rivas del Canto (entre 1963 y junio de 1968). El segundo y último presidente de este Consejo de la Fundación fue don Fernando Carmine Nambrard, a partir de junio de 1968.

¿Qué fuerzas y qué convicciones llevaron al obispo de Temuco a pensar que tan limitados medios bastaban para crear una universidad en La Araucanía semirrural de fines de la década de 1950? No hay que olvidar que la «jugada» del obispo suscitó tanto entusiasmo como sorpresa. El periodista y diácono permanente Alfonso Zúñiga Fontecilla señala en una entrevista:

Lo primero que recuerdo fue que creímos que era una locura de don Alejandro Menchaca Lira, y sobre todo cuando los que no lo querían bien comenzaron a verlo durante unos días desplazarse muy ágilmente por las

calles de Temuco. Entonces se decían entre ellos: «En algo malo anda don Alejandro, que camina tan rápido».⁴

El padre Anselmo Leonelli se expresa en términos parecidos: «Fue una cosa así, totalmente fuera de tiesto [...], de la noche a la mañana la sacó del bolsillo». Por su parte, el exalumno —y, décadas después, primer intendente de La Araucanía tras el retorno a la democracia— Fernando Chuecas Muñoz afirma que monseñor, «como dirían los lolos hoy en día, dejó a mucha gente marcando ocupado» (registra sus palabras Raviola Molina en su ya mentada obra). Haciendo eco del suceso, *El Diario Austral*, en un titular del 9 de septiembre de 1959, lo cataloga como «el golpe del día y del año».

Es interesante repasar el tenso ambiente que reinaba en la ciudad de Temuco los días previos a la firma del decreto. La posibilidad de inaugurar un centro de estudios superiores en la capital de La Araucanía se veía cada vez más cercana y distintas instituciones y poderes comenzaban a mostrar sus cartas e incluso a barajarlas entre sí. Ninguna de esas cartas —si atendemos a lo consignado en la prensa— era del obispo de la diócesis San José de Temuco. Entenderemos bien, entonces, por qué el decreto firmado por don Alejandro Menchaca Lira constituyó un verdadero golpe a la cátedra.

Sigamos el rastro a las noticias aparecidas en *El Diario Austral* los días previos a la firma del decreto. El 4 de septiembre se lee:

No fue apacible la reunión que se realizó ayer en la Ilustre Municipalidad de Temuco, convocada plausible y acertadamente por el señor intendente de la provincia para que los círculos locales y regionales dieran forma a la inquietud ambiente de contar con algunas expresiones de carácter universitario.

La noticia se refiere a una reunión en la que, como se indica en el mismo medio, se darían «a conocer los resultados de las gestiones reali-

⁴ Gran parte de las entrevistas individuales que dan forma a este libro son fuentes inéditas, surgidas de conversaciones personales o registros del Archivo UCT sobre la historia de la universidad y sus protagonistas.

zadas por personeros temuquenses ante las autoridades de la Universidad de Concepción para crear algunas escuelas que dependerán de ese instituto». Como adelanta *El Diario Austral* el 3 de septiembre, el propio David Stitchkin, rector de la universidad penquista, veía con buenos ojos esta posibilidad de instaurar una sede de la Universidad de Concepción en Temuco, para lo cual contaba con los lineamientos de un «plan de descentralización docente que fue aprobado por la Unesco en París».

El comité a cargo de las gestiones había sido designado por el Rotary Club e incluía a varios personajes públicos de Temuco, entre ellos el presidente de la Corte de Apelaciones, Bernardo Muñoz Latorre, y el presidente del Colegio de Abogados, Roberto Contreras Galaz. El rector del Liceo de Hombres, Waldo Retamal, ofrecía las instalaciones de ese centro de estudios para echar a andar el proyecto. A la reunión del 3 de septiembre se le concedió una importante cobertura en *El Diario Austral*, sobre todo en la edición del día siguiente, donde incluso se citan algunas intervenciones de los oradores. Entre ellas, destaca la de Armando Jobet, profesor del Liceo de Hombres, quien «expuso su proyecto de crear la Universidad de La Frontera».

El 6 de septiembre el diario da cuenta de la llegada a Temuco de seis parlamentarios, quienes debatieron una serie de temas de importancia para Cautín y sus habitantes y tomaron contacto con las dos iniciativas propuestas: una, «el ofrecimiento de la Universidad de Concepción de instalar cursos normales en Temuco», defendida por Roberto Contreras; y la otra, de Armando Jobet, en pro de una universidad autónoma de La Frontera. Como puede verse, no aparece en estas muestras noticiosas el menor atisbo del proyecto universitario de la diócesis de Temuco.

Nadie sospechaba, pues, lo que sobrevendría. Hasta que el 9 de septiembre aparece el inesperado titular: «Silueta del día a través de una creación». Por su importancia, transcribiremos aquí el texto íntegro de la noticia:

Periodísticamente, monseñor Alejandro Menchaca Lira, obispo de la diócesis, dio el «golpe» del día... y del año. Aunque la idea de la creación de una universidad venía promoviéndose desde hace años, la generalidad de las gentes no suponíamos que la teníamos tan cerca. Tan cerca, como que monseñor la fundó ayer por decreto e inmediatamente la entregó a la ciu-

dad con edificio propio, con dinero para sus primeros gastos, con consejo y con centenares de propiciadores.

Expresó ayer a los periodistas, con su proverbial sencillez, el deseo de que no se le destaque como el factótum de la obra. «Es tarea de todos», dijo, «por cuanto es la más fácil y la que más apoyo espontáneo ha encontrado en los dieciocho años que estoy en Temuco».

Pero el fundador de una universidad no puede pasar inadvertido. Y la Universidad de La Frontera es la obra de mayor aliento que ha emprendido monseñor Menchaca Lira desde que gobierna la católica diócesis temuquense.

Los días preliminares a la fundación de la universidad fueron tensos y agitados. Monseñor Menchaca laboró día y noche con la idea. Resató horas al reposo para coordinar la acción, para auscultar opiniones, para recoger las espontáneas ayudas que le llegaban. Su decreto mismo tuvo, a pesar de su hermoso sello de serenidad, una redacción nerviosa, propia de los pasos trascendentales. Sus copias se estaban haciendo casi en el instante mismo de la reunión solemne de constitución. En el grabado, el obispo de Temuco aparece firmando el decreto que da vida a la Universidad de La Frontera. Sacerdote y educador, monseñor Menchaca Lira debe haber sentido en ese instante una satisfacción muy honda. Una universidad es en la tierra el máximo templo que se puede ofrecer a la nunca dormida inquietud del hombre por seguir avanzando, sabiendo, descubriendo, acercándose hacia lo desconocido por las rutas nobles del espíritu. Y él fundó una universidad.

En otro lugar del mismo periódico se ofrece el texto completo del decreto de Fundación de la Universidad de La Frontera. Aquí nos limitaremos a reproducir la primera parte de dicho documento, germen temprano de la actual misión y visión de la Universidad Católica de Temuco:

Con este decreto y mancomunadas muchas voluntades, nace una institución rectora: la Universidad de La Frontera. Nace como expresión del aliento, que, en la época actual, como en todos los tiempos, trata de satisfacer la ambición del espíritu humano, de abarcar todos los órdenes del saber y del arte. Así fueron creadas las más notables universidades del mundo occidental, y porque ellas responden a este anhelo tan propio del hombre, existen

y existirán siempre. Donde ellas no están presentes, llega un momento en que surgen como respuesta a este afán; se desarrollan y proyectan hacia el futuro otorgando al espíritu, en sus más variadas formas, la posibilidad de su múltiple expresión.

La universidad, por su propia definición, no se detiene en las cosas formativas y en los pequeños pasos del espíritu; los presupone y sobre ellos construye el colosal edificio de las ideas que abren nuevos surcos al saber y a la investigación, perfeccionan la vida y las instituciones, vislumbran nuevos horizontes y posibilidades, y se lanza en la callada y silenciosa tarea de sus laboratorios, aulas y bibliotecas a hacer realidad los nuevos pasos de la humanidad.

La investigación es su primordial papel y, junto a él, la formación amplísima de los futuros profesionales. La universidad entrega diariamente el fruto de su paciente y cotidiana búsqueda de la verdad, de la belleza y del bien.

Concebida así la universidad, está abierta a todas las inquietudes, no teme las injerencias que lleguen, por el contrario, las abraza, las desmenuza y las proyecta en sus manifestaciones, como nuevas pautas para proseguir el descubrimiento de todas las grandes cuestiones e interrogaciones que inquietan al hombre.

Nace hoy la «Universidad de La Frontera» como expresión de este espíritu que anima a los habitantes de esta región, tan abierta a todas las inquietudes, como extenso es el horizonte que nos rodea.

Repasando lo hasta ahora dicho, cabe preguntarse: ¿por qué no se filtró ninguna información acerca del decreto de la diócesis de Temuco? Una frase del poeta cubano José Martí podría echar luz sobre esa pregunta: «En silencio ha tenido que ser, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas».

Al año siguiente, en 1960, la Universidad de Chile se estableció oficialmente en Temuco al fundar el primero de sus colegios universitarios, fruto de la notable labor prorregionalización universitaria liderada por la doctora Irma Salas. Ese año, con dos proyectos universitarios instalados en la zona, comenzaría el imparable crecimiento demográfico de la ciudad de Temuco. De un incremento promedio por década de unos 8.800 habitantes entre 1907 y 1950, pasamos a un incremento de 21.000 en 1960, 38.000 en 1970 y 47.000 en 1982. En 1992, con un incremento de 52.000 mil respecto a 1982, se llega a un total de 210.587 habitantes.

Registra estos datos Pinto Rodríguez en su libro *Historia de la Universidad de La Frontera*.

Es justo decir que, pese a la indiscutible valentía y visión tras aquella acción pionera, existían algunas condiciones específicas que ayudaron a que la osada idea de monseñor Menchaca Lira de una universidad desde La Araucanía y para La Araucanía se instalara con posibilidades reales de florecimiento: por un lado, el estado de la educación superior chilena en la década de 1950; por otro, la personalidad del obispo de Temuco y su lugar en el entramado de fuerzas vivas de la provincia de Cautín. Para examinar la primera de esas condiciones, remito a los lectores de esta historia al ya citado *Antecedentes para una historia* del profesor Raviola Molina, específicamente al capítulo «La prehistoria institucional», del que me permito citar aquí un breve fragmento:

En lo fundamental, la década de 1950 significó en Chile la gestación y el inicio del desarrollo de un proceso de descentralización de la educación superior que hasta el día de hoy no se ha estudiado ni valorado adecuadamente, y 1959 fue la siembra y germinación abrupta de la idea de universidad en la ciudad de Temuco y comienzos de lo que mucho después se llamó «la regionalización universitaria».

Monseñor Alejandro Menchaca Lira

Devoto de la Virgen de Fátima —puede deducirse que la fecha del 8 de septiembre para la firma del histórico decreto no se eligió al azar—, fue designado en 1941 (a sus treinta y ocho años de edad) obispo de la diócesis San José de Temuco. Su lema episcopal era «*ut vita habeant*»: «para que tengan vida». Pero su don magisterial venía de antiguo. Antes de asumir como obispo en Temuco se desempeñó como profesor del Seminario Pontificio de Santiago y luego como primer rector del Instituto Miguel León Prado, fundado el primero de abril de 1936. En el sitio web del instituto se recuerda su legado: «La capacidad de vocación pedagógica de su rector y cuerpo de profesores le dio prestigio al nuevo colegio, aumentando su alumnado, lo que hizo necesaria la creación de los siguientes cursos de Humanidades hasta llegar al quinto año».

«No era el obispo. Era un cura que era obispo», afirma sobre él el padre Anselmo Leonelli, a lo que añade:

Si Menchaca Lira creaba una universidad, la creaba todo el mundo, no la Iglesia. No había ningún senador, ningún diputado que no estuviera de acuerdo y que no estuviera dispuesto a ayudar a Menchaca Lira, lo mismo que todos los regidores, todos los alcaldes. Era como el alma de Temuco, y era un hombre que no quebraba un huevo, un hombre tranquilo. Estaba verdaderamente incrustado en la estructura de Temuco.

Un detalle de particular simbolismo: la ceremonia de fundación se celebró no en el obispado, sino en el Club Social de Temuco; dicho en clave bíblica, el decreto fundacional no se firmó en el templo, sino en el «atrio de los gentiles».

Como bien lo expresa, a su vez, el padre Juan Leonelli Leonelli, vice gran canciller de la Universidad Católica de Temuco:

La Iglesia es un instrumento que tiene las posibilidades para poner una universidad en la región. No es una cosa *ad intra*, no es un proyecto solo para la Iglesia. Además, de las tres maneras como puede surgir una universidad católica (desde el Vaticano, fundada por una congregación o en el corazón de una diócesis), la que otorga más sentido de pertenencia es la fundación diocesana, pues brota desde las propias necesidades de un territorio en particular.

Consciente tal vez de la fragilidad y a la vez de la potencialidad de su gesto, monseñor Menchaca Lira dijo aquel día de la Natividad de la Virgen de 1959: «Con este decreto, la Iglesia deja en manos de la ciudad este instrumento tan valioso, pero tan delicado». Ahora bien, si monseñor Menchaca Lira fue el sembrador de la semilla universitaria en tierra fértil, ¿de dónde vino el abono que hizo germinar la semilla? ¿Estaba preparada la ciudad de Temuco de fines de los cincuenta para hacerse cargo de cuidar tan delicado proyecto? Así lo cree don Alfonso Zúñiga:

Cincuenta años atrás, los chicos tenían que partir a estudiar a otro lado, con difíciles medios de comunicación terrestres, en tren, sin camino, por-

que prácticamente no había caminos, no había servicio de buses. Nosotros nos comunicábamos con Lautaro en tren, entonces era un tremendo problema. Las familias sufrían una disgregación muy grande cuando sus hijos tenían que partir a estudiar y eso también limitaba el interés de la juventud por continuar carreras universitarias.

Esa tremenda disgregación creaba un vacío, una línea casi insalvable, como lo atestigua el padre Marcos Uribe:

Se decía siempre que terminado sexto de Humanidades se cerraban las posibilidades de estudios en Temuco y lo único que se veía con claridad era Santiago, que estaba tan lejos y que era tan costoso, entonces había una gran interrogante: ¿qué hacer al respecto?

No es de extrañar, pues, que nada más comenzar los Cursos Universitarios de La Frontera, en marzo de 1960, la semilla sembrada por Alejandro Menchaca Lira y su equipo de propiciadores germinara a paso rápido, abonada, por un lado, por una necesidad profunda de los jóvenes de iniciarse en el camino del conocimiento superior, sin el dolor de disgregar la familia; y, por otro, por la confianza ganada por monseñor Menchaca Lira para el proyecto universitario, tras casi veinte años de servicio pleno a la comunidad temuquense.

Si bien es cierto que monseñor Menchaca Lira renunció al obispado en 1960 por motivos de salud, también lo es que pudo quedarse a vivir en La Araucanía, donde era querido y respetado indistintamente por los más amplios sectores de la sociedad. ¿Por qué, entonces, se fue a Santiago? «Es costumbre, es tradición que el obispo no se quede y menos en una diócesis chica», diría después monseñor Bernardino Piñera en *Un obispo en tiempos de cambio*, cuando le preguntaron por qué no aceptó la gentil invitación de su sucesor, Francisco Javier Cox, para quedarse en La Serena al término de su periodo de obispado. Según el padre Anselmo Leonelli, que conversó varias veces con monseñor Menchaca Lira en esa época, el exobispo consideraba que su presencia en la ciudad interferiría en el crecimiento de la recién nacida universidad. Hasta en eso seguía siendo un visionario, además de un hombre cabal, que antepone el bien común a sus deseos personales.

Y ciertamente, en palabras del padre Anselmo Leonelli, al recluirse en el monasterio de La Visitación, el fundador de la Universidad Católica de Temuco «no se retiró de la historia, solo se retiró del trabajo. Si tú lo ibas a ver y le preguntabas por cualquier tema de actualidad, te darías cuenta de que sabía más que tú». En la intimidad de su retiro contemplativo, Temuco nunca estuvo ausente, como cuenta monseñor Bernardino Piñera en *Historia de la Diócesis San José de Temuco*, quien coincidió con él en Roma durante el Concilio Vaticano II:

En las tardes tibias de primavera, mientras los romanos se afanaban de regreso a sus hogares o, como nosotros, descansaban contemplando las mil bellezas de la ciudad eterna, el recuerdo de Alejandro volvía incesantemente a su querido Temuco. Me preguntaba por personas y por lugares con una emoción contenida, con timidez casi, como temiendo que mi respuesta fuera a disipar un recuerdo embellecido por la distancia, tal vez quebrar una ilusión. Más de una vez las lágrimas asomaron a sus ojos y desvió la conversación a algún tema inofensivo. El viejo pastor amaba a sus fieles.

En el cuarto tomo de su libro *Historia de la Iglesia en Chile*, Marcial Sánchez Gaete consigna un muy acertado resumen de la actividad pastoral de monseñor Menchaca Lira:

Tras este periodo de inestabilidad para la diócesis por la alternancia de sus titulares, el papa Pío XII nombró a monseñor Alejandro Menchaca Lira como nuevo obispo el 9 de agosto de 1941. De origen penquista, era sacerdote diocesano de la arquidiócesis de Santiago, con vasta experiencia en gobierno, educación y dirección espiritual. Fue consagrado en la Basílica del Salvador en la capital por monseñor Aldo Laghi, por entonces nuncio apostólico, asumiendo en su nueva sede el 24 de octubre del mismo año.

Su gobierno diocesano es recordado como el más fecundo, asociado a sus méritos y al mismo tiempo por la estabilidad, puesto que estuvo a la cabeza del obispado hasta 1960, fecha en que por razones de salud se vio obligado a renunciar.

Fundó nuevas parroquias, impulsó con mayor fuerza la acción misionera al igual que la pastoral social, promoviendo la llegada de Caritas.

En definitiva, Temuco vio con monseñor Menchaca la consolidación de la diócesis que, *ad portas* del Concilio Vaticano II, se aprestaba a enfrentar los nuevos desafíos, ahora bajo el gobierno de monseñor Bernardino Piñera.

Los propiciadores

Es de justicia dedicar unas líneas a los propiciadores, esos adelantados pioneros que acompañaron a monseñor Menchaca Lira en su proyecto universitario. El profesor Raúl Caamaño Matamala ha preparado con loable diligencia un documento que recoge las nóminas de propiciadores de la Universidad de La Frontera, publicadas en ediciones de *El Diario Austral* de Temuco durante los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1959. La primera lista aparece en *El Diario Austral* el 9 de septiembre de 1959, un día después de la firma del decreto diocesano, bajo el título «Primeros propiciadores para Universidad de La Frontera» y con la promesa de que «la nómina se incrementará en las próximas horas».

En el curso de esta investigación tuvimos la fortuna de conversar con Harold Noack Scherer, cuyo nombre aparece en la última lista de propiciadores publicada en *El Diario Austral* el 20 de noviembre de 1959. Una de las cosas que llama la atención cuando se leen las listas de propiciadores es la cantidad de apellidos de descendientes de colonos:

Temuco era una ciudad de colonos —explica don Harold—. A mí me contaba el viejito Frindt, de la ferretería, que el comercio en Temuco comenzó por calle Vicuña Mackenna, donde está el regimiento. Por ahí surgieron los primeros negocios comerciales y después se fue ampliando hacia el centro. Y, cuando uno ve las diversas tiendas que se fueron instalando, todos son descendientes de extranjeros, especialmente europeos, más alemanes que de otras partes. Aquí también llegaron franceses, italianos, pero la mayoría fueron alemanes.

Las funciones de los propiciadores eran múltiples; allí se podían encontrar agricultores, abogados, profesores, médicos; cada uno aportaba desde sus propias habilidades, sus posibilidades económicas, su entusiasmo. Yo, como empleado de la ferretería Frindt, colaboraba con datos, «fíjate, en la

ferretería tenemos tal cosa que puede servir para esto o aquello». Le decía el otro día al padre Juan Leonelli que yo me alegraba mucho cuando podía ser útil en algo. Porque yo nunca buscaba una recompensa, me bastaba con la satisfacción de entregar mi experiencia. Recuerdo que varias veces, cuando yo pasaba a buscar a mi señora Nuvia y nos íbamos para la casa —vivíamos en calle Rodríguez entre Las Heras y Carrera—, caminábamos por Vicuña Mackenna y de repente nos encontrábamos con Jaime Arellano, el director de la Universidad, quien a veces me decía: «Hola, Harold, ¿qué te parece si hacemos esto?». Y listo, se hacía. Recuerdo a Pedro Adán Caro, que también era cliente de la ferretería. Quiero decirle que para mí es muy emocionante que se me permita participar en esto del libro. En aquellos tiempos realmente nunca me imaginé que algo así podría suceder.

Mi señora, Nuvia, trabajó los últimos años en lo que hoy es el campus Monseñor Sergio Contreras, ahí tenía su oficina. Incluso al comienzo ella hacía el trabajo de asistente social, le gustaba mucho aconsejar a los alumnos, guiarlos, aunque ella solo estudió hasta sexto de Humanidades, y yo hasta tercero de Humanidades en una escuela industrial. Pero nuestra vocación era colaborar, ayudar.

Las tareas de los propiciadores alcanzaban una notable variedad. Por ejemplo, don Harold recuerda que le tocó participar en la obra *Un ángel de carne y hueso* de Jaime Arellano, primer director de la universidad, haciendo el papel del marido oprimido. Incluso, en cierta ocasión le tocó hacer dos veces ese papel en un mismo día:

La actuación del grupo de nosotros era en la mañana —recuerda sonriente— y en la noche había otro grupo. Pero el marido oprimido en la noche tenía que ser yo también, pues no había nadie más para desempeñar ese papel. Tengo muy buenos recuerdos de Jaime Arellano. Jaime fue una persona que siempre a todo le encontraba una solución, realmente era una persona muy especial.

Uno de los propiciadores más activos, que otorgó un impulso decisivo al proyecto original de monseñor Menchaca Lira, fue Fernando Carmine Nambrard. Para calibrar su papel en la gesta fundacional de la Universidad Católica de Temuco, repasaremos las palabras que Daniel Rodríguez, secretario general de la Sede Regional de la Pontificia Uni-

versidad Católica de Chile —nombre que adoptaría la Universidad de La Frontera a partir de 1970—, pronunció a raíz del fallecimiento de don Fernando y que la publicación *24 horas* recogió el 23 de agosto de 1983 en un artículo titulado «Don Fernando y la universidad»:

Estuvo presente en todas las actividades que indicaran algo para la juventud. Cuando se fundó esta sede universitaria, don Fernando estuvo presente. Quería una universidad no solamente para Temuco, sino una que prestara servicios a la región sur. Vio esa posibilidad cuando todos se oponían a la creación de universidades. Ninguna universidad quería venirse a Temuco. En ese momento fue una visión certera del obispo de la época, monseñor Alejandro Menchaca Lira, pero eso no fue todo, sino que lo que impulsó a ello fue la presión de estos hombres entre los cuales estaba don Fernando, diciendo que era necesario «clavar la pica en Flandes». Creo que fue un gran acierto, porque clavada esa pica fueron varios los que se interesaron por otras razones que las que se daban en esa época.

El primer edificio que tuvo esta Universidad fue el de Vicuña Mackenna, que lo regaló Pedro Adán Caro. Pero creo que don Pedro no conoció nunca la universidad. ¿Quién convenció a don Pedro de que debía hacer este aporte? Don Fernando.

La señora Aurora Zúñiga, prima de Fernando Carmine, recuerda que, antes de que ella cumpliera veinte años, a veces don Fernando pasaba a buscarla y le decía: «Ya, Aurorita, acompáñame». Y se iban a recoger dinero, terneros o hasta sacos de trigo a nombre de la Iglesia, para aportar a la causa de la universidad. «Todos los agricultores aportaban recursos —cuenta Aurora— y empezó a crearse un fondo. Una de las primeras compras que se hizo fue la Casa Malmus —donde ahora está el campus Menchaca Lira—, entonces perteneciente a la familia Santander».

Mucho antes de iniciar la actividad docente, la Universidad de La Frontera puso en marcha la extensión cultural. Ya en *El Diario Austral* del 9 de septiembre de 1959 se informaba que el día anterior, en la ceremonia de firma del decreto, «entre los proyectos a corto plazo del Consejo Universitario se citan la creación de un Instituto de Extensión Cultural, que comenzará sus actividades el primero de octubre próximo».

En otro artículo publicado en el mismo diario leemos: «La Universidad de La Frontera nació en la extensión universitaria; esta antecedió a la actividad docente profesional y se inició en noviembre de 1959».

Lamentablemente, monseñor Menchaca Lira no pudo presenciar de cerca los primeros frutos de su obra, pues, como se indicó, al año siguiente renunció al obispado de Temuco y partió a residir en Santiago. El 1 de enero de 1961 asumiría monseñor Bernardino Piñera Carvallo como obispo de Temuco.

Varias preguntas cobran sentido a partir de este momento. Ya estaba fundada la universidad, ya había sede y recursos para empezar, pero ¿de dónde saldrían los profesores calificados que una institución universitaria requiere? ¿Y quién haría la validación de los cursos y las carreras? Por otro lado, ¿poseía validez legal esta universidad regional creada por un decreto diocesano? A medida que respondamos estas preguntas, irá creciendo nuestra admiración por la valiente y visionaria decisión de Alejandro Menchaca Lira, sobre todo al echar un vistazo a las actas de las sesiones del honorable Consejo Superior de la Universidad Católica de Chile, celebradas durante fines de 1959 y principios de 1960.

«Es cierto porque es imposible»: La batalla de Santiago

*Y el hijo de Dios fue crucificado.
No es vergonzoso porque es vergonzoso.
Y crucificado murió. Es creíble porque es absurdo.
Y crucificado resucitó. Es cierto porque es imposible.*

—TERTULIANO

En 1959, año de la fundación de la Universidad de La Frontera, regía en Chile el Estatuto Orgánico de la Enseñanza Universitaria creado por Decreto con Fuerza de Ley en 1931. El artículo 64 de dicho estatuto establece:

La creación y funcionamiento de toda nueva institución docente particular de enseñanza superior, que se cree con posterioridad a esta ley, destinada a preparar alumnos para rendir exámenes que conduzcan a la obtención de grados y títulos de los que otorga la Universidad de Chile, necesitará autorización del supremo Gobierno, previo informe del Consejo Universitario.

Ninguna institución que carezca de esta autorización podrá designar con el nombre de universidad a sus establecimientos de enseñanza.

Por tanto, fundar una universidad mediante un decreto diocesano no pasaba de tener un valor simbólico. Y no valdría la pena el esfuerzo, a menos que quien lo emitiera estuviese convencido del valor de los símbolos. Y Alejandro Menchaca Lira lo estaba. El mencionado Estatuto Orgánico aplicaba, por esos años, para todo el sistema de educación superior, que incluía, además de la Universidad de Chile, cuatro universidades privadas: la Pontificia Universidad Católica de Chile, la Universidad Católica de Valparaíso, la Universidad de Concepción y la Universidad Técnica Federico Santa María. Pese a que todas ellas poseían cierto grado de autonomía en su organización académica, como señalan Cristián Cox y Hernán Courard en su libro *Formas de gobierno en la educación superior: Nuevas perspectivas*, la «Universidad de Chile mantenía, sin embargo, una hegemonía en el sistema, debiendo aprobar los planes de estudio de las demás universidades. Asimismo, pruebas y exámenes debían darse también ante la Universidad de Chile».

No obstante, en palabras de los mismos autores, en la década de 1950 «asistimos a una sustancial atenuación de los lazos de dependencia por parte de las demás universidades con respecto a la Universidad de Chile». En 1953, la Universidad Católica obtiene su autonomía plena con respecto a la Universidad de Chile y a partir de entonces la situación universitaria nacional acusa una progresiva falta de coordinación, que vendría a ser reparada, en parte, con la creación del Consejo de Rectores en 1954 por iniciativa del rector de la Universidad de Chile, Juan Gómez Millas. Por tanto, hacia 1959, el equilibrio de fuerzas entre la Universidad Católica y la Universidad de Chile se expresaba en una verdadera lucha territorial, coloreada en el fondo por la tradicional pugna entre la masonería y la Iglesia católica y que atraviesa, por lo demás, toda la historia moderna de Occidente.

Consciente sin duda de ese estado de cosas y de las dificultades que todavía tendría que vencer, monseñor Menchaca Lira viajó a la capital poco después de la firma del decreto de fundación de la Universidad de La Frontera, con el fin de solicitar el apoyo de monseñor Alfredo Silva

Santiago, su antecesor como obispo de Temuco, y a la sazón rector de la Universidad Católica de Chile. Encontrándose monseñor Silva de viaje, el obispo de Temuco fue recibido por Luis Felipe Letelier, secretario general de la Universidad Católica.

Como se registra en las actas del Honorable Consejo de la Universidad Católica, en la sesión ordinaria del 19 de octubre de 1959, primera donde el Honorable Consejo Superior de la Universidad Católica trataría el tema de la recién fundada Universidad de La Frontera, el señor Letelier informó que monseñor Menchaca:

Le llevó el decreto de fundación de la Universidad de La Frontera, explicándole que ante la pugna de diversos sectores por establecer una universidad en Temuco debió adelantarse a fundar solemnemente la Universidad de La Frontera bajo la presión de un grupo selecto de personas de la ciudad y en la confianza de contar con el apoyo de la Universidad Católica.⁵

La primera reacción del Honorable Consejo Superior fue de perplejidad ante la inédita noticia. ¿Una universidad creada por un obispo en provincia? El rector Alfredo Silva, aun reconociendo el valor canónico del decreto de fundación de la Universidad de La Frontera, no ignoraba la existencia de un problema jurídico, dado que «el Estatuto Universitario impide que una universidad ya creada reciba títulos de otra». Por otro lado, la Universidad Católica se situaba ante una disyuntiva: si tomaba a su cargo «esta Universidad de La Frontera», asumiría «una responsabilidad inclusive económica». Si no lo hacía, se corría «el riesgo de que otras universidades tomen la plaza».

Para terminar de complicar el asunto, en dicha sesión del 19 de octubre el mismo rector expone que, de acuerdo a la postura de la Santa Sede, es «un error multiplicar las universidades católicas», citando el ejemplo de que en la misma Italia solo existía una institución de esa naturaleza, el Sacro Cuore de Milán.

Las muestras de solidaridad que evidentemente despierta en el Honorable Consejo Superior de la Universidad Católica de Chile la atrevida

⁵ Esta y las demás actas del Consejo Superior que se recogen en esta sección pueden encontrarse en el Archivo Histórico de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

acción del obispo de Temuco se alternan con otras de molestia levemente escandalizada. Mientras que el consejero Carlos Vial expresa que «hay razones de apostolado católico que mueven a ayudar a la Universidad de La Frontera y que, en definitiva, estiman favorable la dictación del decreto de fundación, pues suspendió las diversas tentativas que había en curso para invadir la zona», el Dr. Rencoret, decano de la Facultad de Medicina, señala que «de la presentación del obispo de Temuco cree entender que se crea algo, la Universidad de La Frontera, para encargarla a otro, lo cual no le parece una figura clara». Don Carlos Infante, decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, y el padre Mac-Grath, decano de la Facultad de Sagrada Teología, «distinguen entre la creación de una universidad y el establecimiento de escuelas profesionales o politécnicas». Al final de la sesión, el rector propone que una comisión estudie el asunto con el obispo de Temuco y luego informe al consejo.

En la siguiente sesión del 26 de octubre, el tema de qué hacer con la recién nacida universidad en Temuco vuelve a tratarse ampliamente. Va quedando la sensación general de que monseñor Menchaca Lira, al fundar por su cuenta y riesgo una universidad, se lanzó como un Quijote contra los molinos de viento de la legislación vigente e incluso pareció no tomar en cuenta la propia política de la Santa Sede respecto de la proliferación de universidades.

Se comenta la reunión de la comisión con el obispo, las propuestas que se le hicieron —entre ellas, la creación de una escuela normal y de una escuela de educación física— y cómo el obispo, si bien aceptó algunas de esas propuestas, expresó «su interés en no disminuir el carácter universitario de la iniciativa». Monseñor Menchaca Lira insistió «en mantener la Universidad de La Frontera, expresando que la creación de escuelas o cursos no despertaba mucho entusiasmo entre las personas de Temuco». Siguió un debate que las actas del Consejo Superior retratan de la siguiente manera:

El señor Hernández explica la posición legal de las diversas universidades del país, insistiendo en que la ley impide incluso que se emplee el nombre «universidad» para designar instituciones que no llenen los requisitos legales [...]. El señor Letelier reitera la opinión del rector adversa a crear nuevas universidades que debiliten a la Universidad Católica y, en general, disper-

sen el esfuerzo católico universitario, y el señor Hernández manifiesta su opinión en el sentido de que la conformación territorial y política del país no justifica la multiplicación de universidades que vendrían a disgregar las que existen.

Todo parece conducir a un callejón sin salida. En la sesión del 9 de noviembre, los distintos consejeros y decanos continúan discutiendo con ardor el complejo tema:

El rector dice que se trata de un problema grave: que en medios adversos al catolicismo hay gran alarma por la expansión de las universidades privadas y un propósito de combatirlas y tomar este campo. Cree que la idea de los colegios universitarios es una fórmula elegante para permitir que la Universidad de Chile absorba toda la educación universitaria semejante a las llamadas academias que se crearon en Francia, en tiempos de Napoleón, con un propósito análogo. De otra parte, agrega, la Universidad Católica está siendo objeto de una fuerte crítica en los medios eclesiásticos, episcopales, curiales y en órdenes religiosas, crítica que el rector debe soportar personalmente y según la cual la Universidad Católica se hallaría encerrada en sí misma sin responder a necesidades actuales.

La crítica realizada en Chile a la Universidad Católica resuena con el espíritu de la época, esos primeros aires reformadores del Concilio Vaticano II que, en Latinoamérica, se harían extensivos al total de las universidades católicas, en instancias como la cita internacional de Buga, Colombia, en febrero de 1967. Para el rector Silva Santiago, pues, no era momento de medias tintas, «puesto que se trata de una necesidad del apostolado de la Iglesia que solo puede tener solución a través de la Universidad Católica».

A esa altura de la sesión del 9 de noviembre, como en una obra de teatro, hace su entrada en la sala del Honorable Consejo el señor obispo de Temuco. Monseñor Menchaca Lira —imaginamos que ya un poco contrariado y ofuscado con las idas y venidas del consejo y la falta sustancial de un decidido apoyo que se tradujera en acciones concretas— informa que ese mismo día los organizadores de la Universidad de La Frontera se reunieron con el rector de la Universidad de Chile, «quien

antes había ido a Temuco con una comisión de profesores». Monseñor describe los ofrecimientos hechos por el señor Gómez Millas:

El principal de los cuales es la creación de un colegio universitario en Temuco según el plan anunciado por el Consejo de la Universidad de Chile, con lo cual ha impresionado mucho a la gente, reuniéndola alrededor de este plan y haciendo particularmente difícil las gestiones que el señor obispo estaba realizando con otras universidades. Agrega que incluso algunos de los católicos que participan en la organización de la Universidad de La Frontera prefieren dar la batalla dentro de la Universidad de Chile y que el rector de esta universidad los ha tratado con especial deferencia, como asimismo lo ha hecho con el señor obispo, a quien se ha dirigido en forma preferente. Dice el señor obispo que él duda de la efectividad de estos ofrecimientos [...], pero que a la vez no puede oponerse a la tendencia de casi todas las personas de Temuco que se hallan muy interesadas en la realización de lo ofrecido por la Universidad de Chile.

Monseñor tantea el terreno, contrapropone buscando el modo de perforar con su sencilla adarga de obispo el amurallado bastión de la normativa institucional. Aquí lo vemos apelando a una sutil estrategia, al exponer la posibilidad de que la recién creada institución diocesana sea absorbida por el clásico competidor de la Universidad Católica en la cancha de juego universitario: la Universidad de Chile.

Al estudiar estos documentos, podemos observar que monseñor Menchaca Lira, pese a encontrarse en términos formales y, por así decirlo, «del otro lado de la cancha», vibraba en la misma sintonía con líderes educacionales como Irma Salas, que entendían la necesidad de abrir la universidad a la provincia, de regionalizar y democratizar la enseñanza. La directiva de la Universidad Católica, por contraste, veía el tema principalmente desde la perspectiva de una guerra territorial, de ahí los términos usados en las citadas actas: «tomar la plaza», «invadir la zona», «tomar este campo», «absorber el alumnado de provincia», «absorber toda la educación universitaria», etcétera. En suma, se buscaba reforzar la centralización de la enseñanza universitaria.

Monseñor Menchaca alumbraba la idea, intuio, de fundar una universidad particular en consonancia con la idea de «iglesia particular»,

término que, si bien equivale técnicamente a «diócesis», encierra un simbolismo profundo que el padre Juan Leonelli Leonelli explica en su texto «Reflexiones a propósito del cambio de obispo en la diócesis San José de Temuco», que publicó en 2001:

Por este motivo —y en mayor sintonía con el Concilio Vaticano II—, en lugar de diócesis se prefiere utilizar la expresión «iglesias particulares». Esta expresión es más adecuada sobre todo para exponer una verdad sobre la Iglesia que muchas veces se desconoce. Se trata de que en cada una de las iglesias particulares o diócesis está presente la Iglesia de Jesucristo, aquella que el Concilio define como «sacramento universal de salvación», esto es: «instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano». No es como piensan algunas personas que una iglesia depende de otra (con la lógica de que las más pequeñas son menos importantes y dependen de aquellas a las que se le atribuye mayor importancia); la Iglesia universal es fruto de la comunión de todas las iglesias particulares «en las cuales y desde las cuales existe... verdaderamente está presente y actúa la Iglesia de Cristo una, santa, católica y apostólica».

En este sentido, una determinada diócesis o iglesia particular no puede ser considerada una «parte» de la Iglesia, en el sentido de parcialidad o de una realidad incompleta, sino que es la misma Iglesia universal que, como afirmaba Pablo VI, se «encarna en las iglesias particulares constituidas de tal o cual porción de humanidad concreta».

La profunda idea de iglesia particular florece, se espejea o se proyecta en la de universidad particular, donde brilla la chispa del saber con igual dignidad que en la iglesia particular brilla el espíritu de Cristo. Tal vez, a la luz de esa conexión entre iglesia particular y universidad particular se podría ahondar en el significado del concepto de *alma mater* para una universidad católica. De ahí la casi súplica del obispo de Temuco en su discurso fundacional: «Con este decreto, la Iglesia deja en manos de la ciudad este instrumento tan valioso, pero tan delicado». Por eso el obispo no podía conformarse con fundar, desde la iglesia particular de San José de Temuco, unos cursos, una simple «escuela» o «instituto»; debía ser universidad o no ser.

Sin embargo, todavía tenía mucho que bregar monseñor Menchaca Lira en lo que podríamos denominar la «batalla de Santiago», antecedente de la segunda batalla de Santiago que le tocaría librar treinta años después a monseñor Sergio Contreras y a don Óscar Cartagena por la autonomía definitiva de la Universidad Católica de Temuco.

Transcurren los meses y continúan sucediéndose los debates. Por fin, en la sesión del 25 de abril de 1960, el consejo «aprueba los convenios celebrados con el Oficio Educacional y con el obispado de Temuco para establecer escuelas normales en Santiago y en Temuco, conforme se habían anunciado en sesiones anteriores». La siguiente mención al caso de la Universidad de La Frontera la encontramos en la sesión del 8 de agosto de 1960, donde el rector da cuenta «de haber asistido a la inauguración oficial de estos cursos que se hallan bajo la plena dependencia de la Universidad Católica en virtud de un convenio especial celebrado con el obispo». En la sesión del 5 de diciembre, a raíz de un intenso e interesante debate sobre la función de las escuelas normales, «el señor rector dice que la [Escuela Normal] de Temuco se creó, principalmente, para respaldar al obispo, que se vio en el problema de haber creado una universidad que el Estatuto Universitario dejaría sometida a la Universidad de Chile».

¿Fue eso entonces lo que obtuvo monseñor Alejandro Menchaca Lira en la batalla de Santiago: el apoyo de la Universidad Católica para la creación de una escuela normal? Sí y no. Por un lado, en una fecha tan avanzada como el 25 de septiembre de 1961, durante una visita del director de los Cursos de La Frontera, don Jaime Arellano, al Honorable Consejo, el señor rector deja muy en claro que «los Cursos de La Frontera son cursos de la Universidad Católica en Temuco y que jurídicamente la Universidad de La Frontera no puede existir como universidad». Por otro lado, tenemos que fue fundada como universidad y funcionaba como tal. Salta aquí la frase de Tertuliano que sirve de exergo a este apartado: «Es cierto porque es imposible».

Con el estudio de estas actas se revela que monseñor Menchaca Lira no solo salió a buscar lo imposible, sino que lo convirtió en certeza, en fuente de esperanza viva y en motor de acción creadora. Era imposible fundar una universidad con solo un decreto diocesano y lo era aún más que esta fuera reconocida como tal por la legislación vigente y el

mundo universitario; era imposible, pero él lo hizo. No se conformó con unos «cursos», con unas «escuelas universitarias». Y si durante un tiempo a la Universidad de La Frontera se le llamó justamente así —Escuelas Universitarias de La Frontera (incluso Cursos Universitarios de La Frontera), con estatus de escuela normal—, lo cierto es que la idea de universidad se fue imponiendo a la realidad, paso a paso, en el alma, la intención y el lenguaje de quienes se vincularon a este proyecto, a partir de ese «creo porque es absurdo» enarbolado por Menchaca Lira, para llegar luego a decir «es cierto porque es imposible».

El obispo de Temuco fue, habló, convenció, repitió una y mil veces su deseo, a veces como un niño encaprichado, otras como un guerrero que sabe defender lo que cree justo. Para unos, la Universidad de La Frontera era solo un pedagógico; para otros, una escuela normal. Ciertamente era eso en la práctica, pero también un proyecto universitario anclado en el sueño irrenunciable de una ciudad que cantaba a coro, a veces en susurro, a veces a plena voz: «¡Universidad! ¡Universidad!». ¡Una palabra capaz de mover montañas! «En el principio fue el verbo», diría San Juan de Patmos, y así, con toda una legión de ciudadanos apoyándolo, monseñor Menchaca comenzó por llamar «universidad» a algo que no podía llamarse «universidad» y de este modo la hizo existir.

Mientras monseñor Alejandro Menchaca Lira daba la batalla de Santiago, la naciente institución se convertía en un hervidero de creatividad desde la extensión universitaria, como si en el alma de muchos de sus hijos se hubiera estado incubando el deseo de manifestar, al mismo tiempo, un movimiento de celebración y realización. El arte se diseminó por todos los rincones de la región. Como uno de los hitos importantes podemos mencionar la creación del Coro Universitario. Su director, Sergio Acuña, fue un actor central de aquella epopeya, según lo recuerda don Alfonso Zúñiga:

Sergio Acuña, el director del coro, un hombre extraordinario, un hombre divertido, muy extrovertido, muy alegre, yo creo que nos contagiaba a todos y parecía que la universidad ya era grande y tenía plata, porque era tan feliz en su tarea que eso irradiaba, le salía por todos los poros, entonces yo creo que era un personaje muy importante [...]. Además se vinculaba con otros

establecimientos educacionales, con grupos de profesores. Era un embajador además muy bueno de la universidad en otros ambientes.

Las carreras fundacionales de la Universidad de La Frontera fueron tres pedagogías: Básica (1960), Inglés (1961) y Castellano (1962). Estas carreras funcionaban a partir del convenio con la Casa Central de la Pontificia Universidad Católica de Chile mientras en lo específico la supervisión curricular estaba a cargo de la Facultad de Filosofía y Educación, que otorgaba apoyo docente y académico y se responsabilizaba del otorgamiento de títulos.

Aquella supervisión curricular ha generado más de algún malentendido o equívoco, llegando algunos investigadores a opinar que la creación de la Universidad de La Frontera fue una iniciativa de la Facultad de Filosofía y Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En ocasiones, cuando los hechos locales se describen desde un lejano centro de influencia y resonancia, pierden los contornos y pasan a ser devorados por la masa ciega de hechos relativos al interés de quien escribe. Por esa grieta puede colarse algún eventual malentendido, alguna pequeña injusticia. Se corre el peligro contrario al desatado por la miopía intelectual: mirar las cosas desde demasiado cerca y magnificar lo propio.

Así, en el cuarto tomo de *La historia de la Iglesia* de Sánchez Gaete se nos cuenta que la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la Universidad Católica de Chile, a través de su Sección de Escuelas Normales (creada en 1949), anexó una serie de escuelas normales en Santiago y también en el sur (incluidas la Escuela Normal Experimental Rural de Talca, que dio origen a la Universidad Católica del Maule, la Escuela Normal Santa Cruz de Villarrica y la Escuela Normal de Loncoche, entre otras). A continuación, leemos que «en 1960 esa facultad creó en Temuco (Curso Normal Universitario y Escuela de Pedagogía) las Escuelas Universitarias de La Frontera, con financiamiento de la Fundación La Frontera del obispado de Temuco».⁶

⁶ Estos datos, como indica la misma obra, los habría extraído el autor del libro *Facultad de Educación: Su historia*, publicado por la Universidad Católica de Chile en 2005.

A partir de los antecedentes recogidos, nos parece más apegada a la realidad la reseña de Ricardo Krebs en *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile*:

En la década del cincuenta, la Universidad de Chile comenzó a desarrollar una política de extensión en Temuco a través de las escuelas de temporada. Las actividades desplegadas por la Universidad de Chile despertaron la inquietud local y surgió el interés por contar con una sede universitaria propia.

El obispo de Temuco, monseñor Alejandro Menchaca Lira, acogió este interés y dictó con fecha 8 de septiembre de 1959 un decreto arzobispal erigiendo las Escuelas Universitarias de La Frontera. Al mismo tiempo creó la Fundación La Frontera, que se debía preocupar del financiamiento de las Escuelas. El Consejo de la Fundación, que era al mismo tiempo el Consejo Universitario, reunió fondos mediante colectas dominicales, rifas, campañas de ayuda y donaciones. La donación de Pedro Adán permitió adquirir una casa en Vicuña Mackenna 466.

Monseñor Menchaca solicitó el respaldo académico de la Universidad Católica. El rector Alfredo Silva, quien había sido obispo de Temuco entre 1935 y 1939, miró con gran simpatía el proyecto y le otorgó su apoyo. La Facultad de Filosofía y Educación asumió la tuición académica de la nueva institución.

Estaremos de acuerdo, sin duda, en que es muy distinto decir que «la Facultad creó las Escuelas Universitarias», a decir que «la Facultad asumió su tuición académica». Consideramos pertinente despejar estos malentendidos y restituir la visión original allí donde ello sea posible.

Jaime Arellano Galdames: Primer director

Nos gustaría detenernos un momento en otra personalidad fundacional de nuestra institución. Me refiero a Jaime Arellano Galdames, primer director de la Universidad de La Frontera. Aún el cargo de rector no existía, por la dificultad legal que ya hemos examinado en el anterior apartado, pero su importancia fue tal que el padre Anselmo Leonelli lo llamó «el primer constructor de la universidad, un hombre de ideas que

arrastraba gente, que soñaba junto con todos nosotros, nos transmitía sus sueños y poco a poco hubo gente que empezó a agarrar la pala para construir esta universidad y sacarla adelante».

Es difícil valorar en su justa dimensión a un hombre tan versátil y de tantos registros. Filósofo de formación —especialista en axiología o filosofía de los valores—, hombre de teatro, cuyas puestas en escena —de gran convocatoria en el Temuco de la época— eran verdaderos gestos pedagógicos, educador de alto vuelo, autor de ensayos que destilan el aroma de los grandes clásicos —como *Los valores de la vida* (1957)—; su pensamiento, elegante y profundo a la vez, recuerda la agudeza plena de humanidad de una Gabriela Mistral o un José Martí. Al igual que a Mistral y a Martí, le interesaba todo lo que tuviera relación con el ser humano. Podría haber hecho suya la sentencia latina «Soy un hombre, nada de lo humano me es ajeno». Además de sus ensayos y obras de teatro, Arellano escribía con frecuencia breves textos que se publicaban en el diario y en los cuales cristalizaba, como pequeñas joyas de lenguaje y saber, su amplia vocación de educador.

Cuenta el padre Anselmo Leonelli que, al principio, cuando se enteró del nombramiento del primer director de la recién nacida universidad, sintió curiosidad por conocer al hombre que monseñor Menchaca Lira había elegido para dirigir el desafiante proyecto. «Nada más verlo —dijo— sentí que estaba ante un Menchaca Lira joven».

Al comenzar el año académico en 1964, eligió como tema inaugural la relación entre hombre y funcionario. Sus precisas palabras, reproducidas en *El Diario Austral* el 19 de abril de 1964, guardan una efectiva vigencia, a más de cincuenta años de ser pronunciadas. Al comparar al mal funcionario con el buen funcionario, dice que el primero, «so pretexto de escapar a la tiranía del rodaje civilizado, sencillamente no cumple con sus funciones, creyendo salvar así sus derechos de hombre espontáneo, natural y libre». También habla del mal llamado buen funcionario: «Mal llamado —dice— si por tal se entiende al hombre y a la mujer que solo saben ver papeles y no son capaces de ver personas detrás de esos papeles». Concluye dibujando la esencia de su mensaje con una frase de oro: «No permitir jamás que el funcionario nos impida ver al hombre».

En 1961, dicta una conferencia a padres de familia, titulada «Para que el hogar sea hogar». Una evidencia palpable de la huella que dejó Jaime Arellano en las primeras generaciones de estudiantes de la Universidad de La Frontera es el breve texto que el por entonces recién creado centro de exalumnos publicó en *El Diario Austral* el 1 de enero de 1961:

A nuestro director:

Los alumnos egresados del Curso Normal de la Universidad de La Frontera, por medio de este prestigioso diario, se unen para rendir públicamente un homenaje de gratitud y cariño a su director y profesor señor Jaime Arellano Galdames, que cumplió dos años sirviendo a Temuco y la zona en la noble tarea de formar maestros que luego serán portadores de una vida mejor.

No podemos dejar de expresar nuestro profundo reconocimiento al maestro con espíritu de juventud y entrega generosa, al pedagogo convencido de que para ser educador es necesario ser un ejemplo, para hacer de la escuela el *alma mater*, al infatigable propulsor de una vida universitaria basada en el calor de hogar, al maestro seguro de que solo el amor es la base para construir mentes nuevas para un mundo nuevo...

Al terminar nuestra jornada, queremos decirle una vez más gracias. Gracias porque nos enseñó a amar a Dios, nuestra patria y nuestra querida universidad. Convencidos de que la mejor pedagogía de vida es la surgida de Galilea, volvemos nuestros ojos a Él para pedir eficiencia para nuestro director y profesorado en su tarea de formación de generaciones futuras.

Si recordamos que en Galilea no solo estaba la casa de Jesús, sino que allí también se cumplieron muchos de sus milagros públicos y se gestó el enigma de la resurrección, se puede entender mejor el sentido de esa frase profunda, en esos tempranos tiempos de actividad universitaria.

Primeras cosechas

La sociedad necesitaba ideas claras para avanzar y la universidad se encargó de buscar y promover esas ideas. Entre las muchas iniciativas desarrolladas, encontramos en *El Diario Austral* que el Departamento de Extensión Cultural organiza en abril de 1961 una charla sobre auto-

construcción dictada por Guillermo Loveluck, asesor técnico del Instituto de Viviendas de la Universidad Católica de Chile, que evidencia el interés de las autoridades universitarias por mejorar la calidad de vida de los ciudadanos. Otros temas que se solían tratar frecuentemente eran la importancia de la formación sindical, la situación del campesinado, asuntos contingentes y urgentes que en esos años eran preocupación de la avanzada intelectual y académica. Del 2 al 9 de abril de 1961 se realizó el «Curso para trabajadores sobre materias sindicales y laborales».

Lo que ocurría al interior de la universidad, su papel como impulsora del desarrollo y creadora de oportunidades para los más necesitados, también interesaba a la clase política. Comentando la entrega de los primeros títulos de la Universidad de La Frontera, el diputado Gustavo Loyola Vásquez escribe en *El Diario Austral* del 6 de julio:

La Universidad de La Frontera acortó los larguísimos caminos geográficos y de dificultades que antes separaban a la juventud de la meta de sus esperanzas. La apertura de sus aulas enriqueció a la cultura regional. Se proporcionó a los jóvenes la perspectiva de estudio que antes estaba en la lejanía. El porvenir inseguro, concretado aun en medio de limitaciones, ha desaparecido para la juventud de pocos recursos. Ahora la luz de esta universidad los guía hacia un destino cierto, tangible, como el faro guía a los navegantes en la oscuridad de la noche.

La diócesis también contribuyó activamente al intercambio fructífero de ideas en esos tiempos donde no solo se necesitaban acciones firmes, sino también pensamientos agudos. Un ejemplo de ello es el discurso «Mi concepto de universidad» que monseñor Bernardino Piñera pronuncia a fines de abril de 1961 y que propone una precisa definición de la inteligencia humana, amén de una defensa de la ciencia y del espíritu indagador. Así lo registra la edición del 28 de abril de *El Diario Austral*: «Para mí, la universidad es el lugar del pleno ejercicio de la inteligencia», dice. Concuera con esta definición el exalumno Fernando Chuecas cuando, en una entrevista, observa que «siempre la Universidad Católica [Universidad de La Frontera] se vio a sí misma como un lugar donde se cultivaba la razón».

El 27 de febrero de 1962 un aviso publicitario en *El Diario Austral* da cuenta de la oferta académica. Leemos que los Cursos Universitarios de La Frontera, «dependientes de la Universidad Católica de Chile», imparten las carreras de Pedagogía en Castellano y Pedagogía en Inglés, con duración de cinco años, y otorgan el título de profesor de Estado. Además, se ofrece el Curso Normal Universitario, con duración de dos años, que otorga el título de profesor de educación primaria y bachiller en Educación.

Alicia Candia fue una de las primeras alumnas de la carrera de Pedagogía en Inglés de la Universidad de La Frontera. Conocía desde antes a Alejandro Menchaca Lira, pues fue este quien, en el Colegio Santa Cruz, le suministró la primera comunión y la confirmación.

En esa época era tan distinto todo —nos cuenta—. Yo recuerdo que quería estudiar y pasé por Vicuña Mackenna a preguntar si podía hablar con el director. «Sí, con todo gusto», me dijeron. Y pasé. Así conocí a Jaime Arellano. Fue muy amable, le conversé de mis intenciones, de mi preparación (yo tenía un muy buen puntaje en el bachillerato de Letras) y al final me pidió que trajera mi certificación y dos cartas de recomendación, pues tal era el procedimiento en la época. Yo, por supuesto, fui donde don Guido Rodríguez, a quien conocía de antes porque había sido profesor mío en el colegio Santa Cruz; él me hizo una carta muy linda.

Empecé a estudiar el 2 de abril de 1962. Venían llegando los profesores nuevos, el profesor Juan Mizunuma y su esposa, María Angélica Gálvez. Lo recuerdo como si fuera hoy cuando nos recibieron y los recibimos, y la universidad los recibió, a su vez, porque venían recién casados a hacer su vida acá, tanto profesional como familiar. No éramos tantos matriculados en la carrera, seríamos unas veinte personas. En el 1967 nos recibimos siete estudiantes. Aunque yo era buena alumna de Inglés en el colegio, me dio un poco de miedo cuando, al comenzar la carrera, vi que los profesores hablaban todo en inglés. De la historia de Inglaterra lo único que yo entendía era de un tal Beowulf, pero nada más. ¡Qué terrible! Así que a la segunda semana fui a hablar con don Jaime Arellano. Le pregunté si podía cambiarme a Castellano, porque no entendía nada en Inglés. Y él me alentó: «No, tenga calma, le va a ir bien». Gracias a él no me cambié, aunque también estaba la posibilidad de cambiarme. Lo permitían, digamos. «No, no, tenga calma, hablemos en un mes y ahí vemos cómo le va». Esa es otra cosa importante,

uno podía ir a hablar con el director y contarle del miedo que uno tenía. Por lo demás, tuve excelentes profesores: el mismo Jaime Arellano, Daniel Rodríguez, que nos hacía Didáctica, y don Guido Rodríguez Letelier, profesor de Cultura Religiosa.

Fue 1962 un año de plena actividad para el obispo de Temuco. El 3 de mayo ofrece, en la Casa Central de la Universidad de La Frontera, una charla titulada «El próximo concilio ecuménico» sobre el contexto en el que se realizaría el Concilio Vaticano II. Refiriéndose al pensamiento de Juan XXIII en torno al concilio, como consigna *El Diario Austral* del 4 de mayo, dijo que «se trata de “remozar la casa”; de este modo sus hijos se sentirán mejor en ella». El 3 de julio diserta nuevamente, esta vez su ponencia «Visión del mundo actual», auspiciada por el Departamento de Extensión de los Cursos Universitarios de La Frontera. A principios de septiembre, monseñor Piñera parte a Roma para participar en el Concilio Vaticano II. Su regreso de la magna reunión conciliar es documentado por *El Diario Austral* en «La silueta del día: A través de un Concilio».

El 25 de septiembre de 1962 se crea la Fundación Instituto Indígena, iniciativa materializada por el mismo monseñor Bernardino Piñera junto a monseñor Guillermo Hart, obispo del vicariato de La Araucanía. Su estatuto jurídico, recogido por Juan Leonelli y Luzio Uriarte en *La acción social en la diócesis de Temuco: El periodo pastoral de Monseñor Sergio Contreras Navia*, resume de este modo el objetivo fundamental que se plantea la nueva fundación: «Promover la investigación, educación y asistencia social de las comunidades indígenas mapuche, en beneficio de su progreso humano integral y de su desarrollo socioeconómico».

Otro hito de extensión cultural en esa primera época fue la creación de las Semanas Indigenistas, cuya primera versión se inauguró el 6 mayo de 1963 bajo la guía de Alfonso Zúñiga Fontecilla, jefe del Departamento de Extensión Cultural, y el profesor Eduardo Pino Zapata, autor de la *Historia de Temuco: Biografía de la capital de La Frontera*, que se desempeñaba como conservador del Museo Regional. Como señala don Víctor Raviola en sus *Antecedentes para una historia*, las Semanas Indigenistas constituyeron, desde su primera versión en 1963, «la primera muestra concreta de esa toma de conciencia de la dimensión regional que las Escuelas plantearon desde muy temprano».

Wilfredo de Pasavia, misionero capuchino, ofrece allí la conferencia «El problema indígena como problema humano», que vuelve a resaltar el profundo humanismo activista de los pensadores convocados por la Universidad de La Frontera en esa época. Wilfredo de Pasavia, según recuerda el padre Anselmo Leonelli, «hablaba el mapudungun perfectamente bien; entonces se abrió la Universidad de La Frontera a la cultura mapuche, al pueblo mapuche, a los estudiantes mapuche».

En el libro *Y así nació La Frontera*, el profesor Ricardo Ferrando Keun recuerda las circunstancias en que se desarrolló la Universidad de La Frontera durante esos primeros años:

Hemos visto nacer sedes universitarias en Temuco. La sede de la Universidad Católica, que se llamó primeramente Universidad de La Frontera, pudo vivir durante por lo menos tres años, los tres primeros de su vida, por la voluntad y aportes de los vecinos. Para memoria de la posteridad, se ha visto a don Pedro Adán Caro aportar el dinero para la compra del local en que se inició este esfuerzo cultural de Cautín. Una sede universitaria que se financió ¡durante tres años! con colectas públicas y colectas en las iglesias de la diócesis, con rifas anuales y solicitando la ayuda económica a instituciones y personas. Esto ocurría en 1959 a 1963.

El camino de construcción de la universidad sufrió no pocas vicisitudes en esos primeros tiempos y el espíritu de los profesores y autoridades fue puesto a prueba más de una vez, así como su creatividad. Hoy puede aparecer como muy lejano y casi anacrónico el lanzamiento de la rifa La Frontera, que entregaba varios premios, incluidos una Citroneta. En la rifa del año 1963, el máximo premio recae en una vecina de Traiguén, Elvira Sandoval, quien aparece en una foto de *El Diario Austral* junto al director de la Universidad de La Frontera, Jaime Arellano, encargado de entregar el vehículo a la feliz ganadora.

Otro de los fundadores destacados de la Universidad de La Frontera fue el doctor Luis Rivas del Canto, presidente del Honorable Consejo Universitario. Era médico cirujano, dotado de una invencible vocación de servicio. Cuenta su hijo Sergio Rivas que don Luis «tenía un teléfono al lado de la cama, para poder ir al hospital a atender alguna urgencia que requiriese cirugía»:

Yo tuve más de alguna vez —recuerda don Sergio— la audacia de mandarle alguna tarjetita que decía «Papá, atiende a fulano de tal, pues necesita que tú le eches una mirada». O sea, con esa tarjeta se presentaba y él lo atendía. Era una audacia muy grande y una inconsciencia por otro lado, pero yo creo que mucha gente pudo a lo mejor recibir un auxilio médico que no hubiera tenido de no ser por esa imprudencia mía.

Mi padre, pese a ser una persona tan ocupada, el corazón y el anhelo de servir como que se le salía, y por eso la admiración que sentía por monseñor Alejandro Menchaca Lira y su causa. A mí me llamó mucho la atención un lema que él solía repetir: «El médico rara vez sana, a menudo mejora, pero siempre alivia». Él no aceptaba que un paciente saliera de su oficina sin al menos sentirse aliviado; quizás no sanado, pero al menos aliviado de la carga que lo trajo a la consulta; que no se fuera con esa carga al salir.

En diciembre de 1963, durante la ceremonia de licenciatura, el doctor Rivas del Canto recapitula con emotivas palabras la senda recorrida. *El Diario Austral* recopila sus palabras el 21 de ese mes:

Cuando en septiembre de 1959 se fundó en Temuco la Universidad de La Frontera, fueron muchos los que dudaron de la posibilidad de llevar a cabo los laudables fines que motivaron su fundación, muchos fueron los que pensaron más en un fracaso que en el éxito, creyendo que Temuco no estaba aún maduro para mantener en forma permanente un establecimiento de educación superior. El tiempo le ha dado la razón a los que pensaron que ya era hora de entregarle a nuestra juventud la herramienta indispensable para que ella se labrara su propia perfección.

Cuatro años de vida afanosa y fructífera, cuatro años de existencia que nos han permitido entregarle a La Frontera un contingente valioso de maestros que ya están laborando en la formación del niño y del adolescente, nos vienen a decir que no era errónea nuestra apreciación [...].

Ved en cada niño al futuro ciudadano que llevará siempre en su corazón la amargura o la esperanza que en él hayáis podido dejar, el rencor o la bondad que en él hayáis podido imprimir, el derrotismo o el afán de triunfo que en él hayáis sembrado en vuestra faena educadora. Si guardáis un recuerdo amable de las horas vividas en la Casa Universitaria, no olvidéis que ese recuerdo tiene su base en el afecto cordial de las relaciones humanas que siempre existieron entre vosotros, alumnos, y los que fueron vuestros maestros [...].

Recordad que con la juventud no podéis permitir os ni el equívoco ni la mediocridad. Que debéis ser incansables para exigir os el máximo en vuestras posibilidades y estar en condiciones de entregarle siempre lo mejor de vuestra capacidad y de vuestro saber.

Este mensaje de profundo y claro humanismo, en complemento con los otros que ya hemos tenido ocasión de justipreciar, nos llevan a la convicción de que en aquella época había en la Universidad de La Frontera, junto a la diversidad de caracteres, posiciones políticas e ideológicas, una sensación de unidad, de que las cosas comunes a los seres humanos son más importantes que aquellas que los separan. Se fue forjando, casi de modo natural, una mente maestra, integrada por todos aquellos que, a partir de sus diferencias, tuvieron el coraje de perseguir y encontrar un anhelo común: el de alcanzar el otrora impensable sueño de estudiar una carrera universitaria en La Araucanía.

Sorprende que en la década de 1960, cuando Temuco recién iniciaba su vida universitaria, pudiera organizarse un encuentro de escritores como el de 1964, congregando a poetas fundamentales de la generación del 38 como Gonzalo Rojas y Braulio Arenas, junto al más joven Enrique Lihn y los hoy injustamente olvidados Alfredo Lefebvre y Venancio Lisboa. El autor intelectual de la gran reunión literaria fue el profesor Víctor Raviola, director del Departamento de Castellano de la Universidad de La Frontera.

Jaime Arellano, en la inauguración de dicho encuentro, se refirió con su habitual agudeza a la doble misión del escritor, que podría ser también la del educador: «Fidelidad a la propia idea creadora» y «fidelidad para con los destinatarios del mensaje». «Es preciso elevar al público todo lo necesario para captar el mensaje auténtico, puro», manifestó en esa ocasión, como deja ver *El Diario Austral* el 20 de octubre de 1964.

El 14 de septiembre de ese mismo año se inaugura la tercera sesión del Concilio Vaticano II de un modo sorprendente: el papa Pablo VI invita a todos los obispos a concelebrar junto a él la misa solemne de iniciación. Como lo describe monseñor Raúl Silva Henríquez en sus memorias: «La concelebración, una de las grandes innovaciones de la reforma litúrgica conciliar y uno de los actos más significativos en mate-

ria de la unidad de la Iglesia, pasaba así a ser refrendada por el jefe de la Iglesia universal». En esa concelebración, gesto de hermandad del sumo pontífice ante sus pares, vemos un signo de los tiempos en esos años, donde la necesidad de comunión profunda buscaba prevalecer sobre la mera diferencia.

Polémicas literarias de altura se escenificaban en *El Diario Austral* entre el poeta Jorge Teillier y el crítico y profesor de la Universidad de La Frontera Víctor Raviola. Más allá de cualquier juicio o preferencia, lo admirable es el rigor y la precisión con que ambos hombres de letras defienden sus ideas y someten a exhaustivo análisis los argumentos de su interlocutor.

El 28 de abril del 1965, la sección «La silueta del día» de *El Diario Austral* destaca la figura del monseñor Menchaca Lira y anuncia alegremente que en Temuco ya existe un ambiente universitario:

En suma, ya podemos decir que Temuco posee ambiente universitario. Ese es un cambio trascendental. Hasta hace algunos años, pensar en tener universidad en provincias equivalía a pretender tomar una estrella con la mano. Las dificultades surgían por todas partes y los planes, indefectiblemente, terminaban en desoladores naufragios. ¿Qué operó el cambio, puesto que hoy tenemos un ambiente universitario propio, vigoroso, lanzado por propios y modernos derroteros, en pleno servicio para bien de las nuevas generaciones sureñas? Vale la pena hacerse la pregunta cada cierto tiempo para no echar en el olvido a un valor que hizo mucho bien al auge cultural de Temuco. Lo que aceleró las plasmaciones universitarias de Temuco fue la actitud certera del exobispo de Temuco, monseñor Alejandro Menchaca Lira.

Bajo el alero del Departamento de Castellano se crea en abril de 1965 el grupo literario Espiga, que desarrolló numerosas actividades en Temuco y que, al constituirse en editorial, dio a luz un poemario sutil y enigmático: *Los 44*, editado como los textos japoneses para leerse desde la última página, con la portada al final. Su autor, Yosuke Kuramochi, quien además de poeta era pintor de exquisita sensibilidad, pensador y académico, ocuparía más tarde el cargo de director de la universidad en su etapa como Sede Regional de la Universidad Católica de Chile.

La labor editorial cobra especial auge a partir de ese mismo año con la creación del sello Ediciones Universitarias de La Frontera, que inició el ciclo de publicaciones de la universidad. A fines de ese año salió a la luz pública el primer número de la revista *Stylo*, primera publicación universitaria de La Araucanía, que fue impresa en los talleres de la Imprenta y Editorial Alianza de Temuco.

El profesor Raúl Caamaño tuvo la gentileza de mostrarnos los primeros números de esta visionaria revista, que él ha ido guardando con celo irreductible. Mecanografiados y duplicados, algunos de ellos, mediante la engorrosa técnica del estencil, engalanados con las sutiles portadas dibujadas por Yosuke Kuramochi, los diecisiete números de la revista *Stylo* nos hablan de un tiempo de pasión y libertad, pero también de rigor académico y de esfuerzo sincero. Sin duda, se erigen como un documento valiosísimo para entender la verdadera dimensión del hacer universitario, tal como lo sería la revista *CUHSO* años después.

En el segundo número de *Stylo* se publica «El dinamismo de la esperanza», texto leído por el director Jaime Arellano en el solemne acto de inauguración del año académico de 1966. Ese maravilloso discurso comienza comentando la frase pronunciada por el Premio Nobel francés André Gide en una estación ferroviaria del Marruecos español: «¡Qué idioma tan hermoso este, que confunde la espera y la esperanza!». A partir de allí explora, en un lenguaje llano e incisivo a la vez, la historia de la esperanza, desde la esperanza mesiánica de los antiguos judíos hasta la Elpis escondida por Zeus en el fondo de la caja de Pandora. Luego recorre los entresijos del activismo, el contrapunto entre actividad y esperanza, para concluir que «el hombre pretende ciertos fines, se interesa en ellos; y porque se interesa en ellos y tiene esperanza, por eso y solo por eso su actividad tiene sentido y vale la pena de que sea realizada».

Es decir, el activismo por el activismo es un callejón sin salida; la actividad, para que tenga sentido, debe arraigarse en la esperanza, en un sueño, en una imagen del futuro que se desea arduosamente alcanzar. Es hermoso que estas reflexiones se hayan dado en el naciente contexto universitario de Temuco, «la ciudad menos ciudad de Chile», como escribe José Bengoa en su prólogo a *Fuerte Temuco y otras cróni-*

cas mapuche. Un año antes de la Reforma Universitaria, el director de la Universidad de La Frontera hilaba hebras de una punzante filosofía humanista para la ciudad, el país y la universidad, tal como un cuarto de siglo atrás lo hacía Alberto Hurtado en su libro *¿Es Chile un país católico?* Ambos textos buscaban sacudir la mente amodorrada y estimular el pensamiento vivo y la acción firme y responsable.

En octubre de 1966, monseñor Alejandro Menchaca Lira, respondiendo al cariño de la comunidad temuquense, volvió a la ciudad para recibir un homenaje con motivo de sus bodas de plata episcopales. En el auténtico espíritu del Concilio Vaticano II, el obispo emérito de Temuco concelebró una misa en la capilla del Colegio Santa Cruz junto a un grupo de sacerdotes que recibieron de él su ordenación sacerdotal. También visitó las dependencias de la Universidad de La Frontera y la Escuela de Aplicación Alejandro Menchaca Lira de Pueblo Nuevo. La visita de monseñor Menchaca Lira es consignada por *El Diario Austral* el 13 de octubre de 1966.

En 1967, a las pedagogías existentes se suma el programa de Pedagogía Media en Matemáticas, carrera que trajo un incremento del alumnado en la institución. En una entrevista publicada en *El Diario Austral* el 8 de mayo, la jefa del Departamento de Matemáticas, profesora María Villanueva López, señala:

La creación de la carrera era absolutamente necesaria, por cuanto se advierte en estos instantes una escasez notable de profesores de Física y Matemáticas en los establecimientos educacionales de la zona, problema que podrá ser superado gracias a los profesionales que egresarán de la Universidad de La Frontera en los años venideros.

El 5 de junio de ese año, además, tiene lugar un hito importante para la Universidad de La Frontera: la inauguración de la Cátedra Juan XXIII de Estudios Sociales. Esta cátedra, como dice Raviola Molina en su historia de la universidad, «fue creada para difundir el pensamiento social de la Iglesia católica. Su clase inaugural fue dictada por el obispo monseñor Bernardino Piñera Carvallo, mientras que el profesor estable de la cátedra fue Maurice Hébert».

Tiempos de reforma

El año 1967 aportaría páginas brillantes a la historia de la educación chilena, con la histórica Reforma Universitaria que se extendería hasta 1973. Dicha reforma ofreció a la Universidad de La Frontera la posibilidad de evidenciar de manera mucho más clara y efectiva aquellos valores que constituían su ser mismo desde el principio: el activismo en favor de los más necesitados, activismo del que fue un ejemplo su fundador, Alejandro Menchaca Lira, quien impregnó a la diócesis de Temuco de un espíritu de acción directa tendiente a unir los distintos estratos de la sociedad en La Araucanía.

Paralelamente, en la Iglesia católica también soplaban aires de reforma. En plena maduración del ideario del Concilio Vaticano II, coincidió con la Reforma Universitaria una comisión que el Celam encargó a su Departamento de Educación a fin de estudiar el sistema universitario, especialmente la llamada «crisis de las universidades católicas». Como describe Silva Henríquez en sus memorias, la reunión, celebrada en Buga, Colombia:

Arrojó un diagnóstico penetrante sobre la situación de las universidades católicas. Planteó, por ejemplo, que la falta de acción de estas universidades en el campo social podía ser un grave síntoma de enajenación, que en ellas debía ejercerse una crítica activa contra la falsedad social, política e histórica, y que debían constituir un aporte al desarrollo.

La Pontificia Universidad Católica de Chile también experimenta cambios importantes, con la elección del rector Fernando Castillo Velasco en 1967, quien permanecería al frente de esa casa de estudios hasta el advenimiento del golpe militar. Por primera vez en su historia, la misma comunidad universitaria elegía a su rector y por primera vez la designación recaería sobre un seglar. Según el reglamento de elecciones, se debían realizar tres vueltas. Quienes obtenían la mayoría en las tres elecciones constituirían la terna que sería presentada a la Santa Sede. En la primera vuelta obtuvo Fernando Castillo la mayoría de votos. En las dos elecciones siguientes, los votos favorecieron a Ricardo Krebs y William Thayer. La terna fue presentada en el mismo orden a la Congregación

de Universidades en Roma. Esta designó rector a don Fernando Castillo el 14 de diciembre y encomendó al cardenal Raúl Silva Henríquez, el nuevo gran canciller, extender el decreto de nombramiento.

El sistema de elección del rector mediante Comité de Búsqueda sería adoptado en la Universidad Católica de Temuco a principios del siguiente siglo por iniciativa de monseñor Manuel Camilo Vial. Mientras que la Pontificia Universidad Católica de Chile, como pontificia, debía presentar la terna a la Santa Sede, la Universidad Católica de Temuco, como diocesana, debía presentarla al gran canciller y obispo de la diócesis local.

La histórica Conferencia Episcopal de Medellín, celebrada en 1968, contó con la presencia del papa Pablo VI, quien por primera vez visitó el continente. Impulsada por los aires de renovación que se respiraban, la Cátedra Juan XXIII despliega ese año una enérgica actividad intelectual y social. El 25 de septiembre ofrece la mesa redonda «La mujer y el trabajo», mientras que el 9 de octubre se invita al psicólogo de la Universidad Austral de Valdivia Ricardo Küpfer, quien dictó la clase «Enfoque psicológico de la Declaración Universal de los Derechos Humanos». En la misma línea anterior, el director de la Universidad de La Frontera, Jaime Arellano, desarrolló el tema «Los derechos humanos desde un punto de vista filosófico». Por último, el sacerdote y sociólogo Mauricie Hébert cerró el semestre de la cátedra con el tema «La sociedad humana». Como escribe el profesor Raviola en su ya mencionado libro, en 1968:

Se crea el primer grupo de estudios indígenas conformado por Maurice Hébert, Víctor Raviola, Adalberto Salas, Alejandro Ruiz, Margarita Peredo, Nepomuceno Paillalef, Eugenio Theissen, que desembocó después en el Cerer (Centro de Estudios de la Realidad Regional), creado en 1970, y en el CER, que surge en 1973.⁷

Tal como se destacó en el número 10 de la revista *Stylo*, el papel del Cerer responde a los desafíos planteados por la Reforma Universitaria, «ya sea en cuanto a intensificar las relaciones y los servicios recíprocos

⁷ Según el número 8 de la revista *Stylo*, también figura Omar Castro, del área de Investigaciones Folkloricas.

entre la universidad y la comunidad, como en lo que se refiere a la universidad como promotora del desarrollo».

Hemos mencionado, al pasar, un gran nombre que merece inscribirse con letras de oro en la historia de nuestra institución: me refiero al doctor Adalberto Salas. El actual vicerrector de Extensión y Relaciones Internacionales, Arturo Hernández Sallés, quien fue primero su alumno y después su colega, nos regala una emotiva semblanza del maestro:

Era profesor de Castellano. Había estudiado en la Universidad de Chile. Su maestro fue uno de los principales lingüistas del país, el doctor Ambrosio Rabanales. A poco de llegar a la zona se dio cuenta de la vitalidad del pueblo mapuche y de su lengua, el mapudungun, en ese momento bastante activa. Aprovechó sus conocimientos de filología latina y clásica, junto a los conceptos de la lingüística descriptiva, más moderna, para comenzar una serie de estudios sobre las características gramaticales de la lengua mapuche, particularmente sobre el verbo, que fue lo que más le llamó la atención, porque esta es una lengua que es polisintética, aglutinante e incorporativa. A la raíz verbal se le pueden ir agregando morfemas que incorporan más significados y es más complejo que el verbo en castellano. Es decir, es una lengua con una morfología compleja. Eso apasionó a don Adalberto Salas y empezó a trabajar en la descripción del verbo, de cómo funcionaba el modo verbal, la persona, el número verbal, el tiempo, incluso el modo, en la lengua mapuche. Años más tarde, viajó a Estados Unidos a cursar su doctorado y ahí se transformó en un lingüista descriptivo, aumentando sus trabajos sobre la estructura de la lengua mapuche.

Tuvimos la fortuna de tener a uno de los principales etnolingüistas del país como profesor durante un buen tiempo en nuestra universidad y formándonos a nosotros. Finalmente sus estudios avanzaron tanto que concluyó con un libro denominado *El mapuche o araucano*, un voluminoso texto en el que describe la lengua desde su fonología, su morfología, su sintaxis, y que además trae un conjunto de narraciones, *epew* y cuentos en mapudungun traducidos. Una obra magistral que se publicó en 1992 para la celebración del descubrimiento de América.⁸

⁸ Se refiere a *El mapuche o araucano: Fonología, gramática y antología de cuentos* de Adalberto Salas.

La Universidad gozó en ese momento de un gran desarrollo de la lingüística y después de la sociolingüística. De hecho, los primeros trabajos en Chile respecto del contacto español-mapudungun y de las interferencias entre ambas lenguas en escolares rurales los hicimos en nuestra universidad, junto a la antropóloga Nelly Ramos en conjunto con otra unidad más dedicada a la investigación, que era el Cerer, después CER, después Cisre, hoy CES, que ha ido cambiando de nombre, pero que existía en la universidad desde sus inicios, con mayor apoyo del área de Antropología del momento.

Con la primera generación posterior a los fundadores, gran parte de la universidad se nutrió de sus propios egresados. Estos fueron tomados por los mentores de la época y empezaron a trabajar y se formaron bajo su alero. Eso trajo como consecuencia el que uno tuviera una relación mucho más cercana con su profesor, porque como éramos menos compartíamos cenas, visitábamos las casas de los profesores, etcétera. El hecho de que la Universidad de La Frontera fuese más pequeña en cantidad de funcionarios y de personas en general hacía mucho más fácil relacionarse, tener cercanía y conocer bien al otro.

En 1969, el sello Ediciones Universitarias de La Frontera inicia la colección «Documentos de La Frontera», que se mantuvo vigente hasta 1976 y se enfocó en la divulgación de los resultados de investigaciones y eventos académicos realizados en la universidad. Fue en esta colección donde se publicó en 1969 el excelente libro *Historia de Temuco: Biografía de la capital de La Frontera* de Eduardo Pino Zapata.

Durante los primeros meses de ese año, el profesor Jaime Arellano obtuvo una beca para realizar estudios de posgrado en el extranjero, asumiendo el profesor Raviola como director subrogante. A fines de 1969, Arellano envió una carta de renuncia a su cargo, «al comprobar que su permanencia en el extranjero se prolongaría más allá de lo prudente como para una dirección subrogante». La Secretaría General de la Sede Regional convocó a elecciones, pero solo se presentó don Víctor Raviola, quien resultó electo para un periodo de tres años a contar del primero de marzo de 1970.

En septiembre triunfa la Unidad Popular, y, aún frescos los aires de la reforma de 1967, la Universidad de La Frontera se prepara para convertirse en la Sede Regional de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Pronto, no solo en el área académica, sino también en lo administrativo, la Universidad de La Frontera pasaría a ser supervisada por la Casa Central de esa universidad.

Para comprender la idea de «sede regional», nos remitiremos al con-sabido texto de Víctor Raviola, quien estudió acuciosamente ese periodo, además de ser uno de los gestores de dicha idea, según él mismo reconoce:

El término «sede regional» fue acuñado y adquirió vigencia a partir de las inquietudes de quien realiza esta reseña. Sucedió hacia 1969-1970 y se relaciona íntimamente con el movimiento de reforma universitaria en la Universidad Católica santiaguina. Nunca antes circuló este concepto ni este término. Obedeció al convencimiento personal de que la institución temu-quense había sobrepasado o estaba sobrepasando con su acción lo mera-mente local y ciudadano y estaba proyectándose más allá de la ciudad de Temuco, de que su trabajo académico merecía un lugar y un estatus más destacado en el organigrama de la Universidad Católica, de que sus proble-mas y necesidades institucionales requerían otras atenciones y, en fin, de que era urgentemente necesario definir unas relaciones institucionales algo tibias, ambiguas y muy restringidas.

Entre tanto, se siguen sumando importantes programas, unidades y carreras. En 1970 se crea la Unidad de Arte y comienza a impartirse Pedagogía en Artes Plásticas. Entre 1971 y 1973 se desarrolla el primer programa de especialización en Antropología, destinado a profesionales del área social e impulsado por el Cerer. Este programa, dirigido por el Dr. Milan Stuchlik, antropólogo checoslovaco residente en el país, tuvo como finalidad realizar una serie de investigaciones sobre la sociedad y la cultura mapuche. A partir de septiembre de 1973, el programa modi-fica su definición transformándose en la carrera de Licenciatura en An-tropología con mención en Etnolingüística, inicialmente dirigida por el doctor Adalberto Salas.

Al Cerer, primera unidad institucionalizada de investigación en la historia de la Universidad Católica en Temuco, comienzan a vincularse, además del Dr. Stuchlik, otros investigadores extranjeros. En mayo de 1971, como se señala nuevamente en la obra de Raviola Molina:

La dirección de la sede obtiene el apoyo de la Fundación Ford y la Comisión Fullbright para traer especialistas internacionales sin cargo presu-puestario para la sede. Así es como llegan a Temuco dos antropólogos, Tom Dillehay en octubre de 1972 y Thomas Melville en marzo de 1973.

El primero de ellos, Tom Dillehay, recibiría en 2015 el doctorado *honoris causa* por la Universidad Católica de Temuco.

La amplia vocación de servicio social de la universidad se ve reflejada en una cantidad de acciones concretas con impacto a corto y mediano plazo. Podemos mencionar, entre otras, la firma de un convenio en mayo de 1970 con la Dirección Provincial de Educación Primaria Particular e Indígena de Cautín para ofrecer cursos de regularización de estudios y obtención del título profesional de profesor primario a profesores que ejercían sin títulos o con estudios incompletos. El primer curso (en 1971) tuvo una matrícula de 197 profesores primarios rurales sin título profesional habilitante. Otra acción destacable es la realización de la Universidad Popular de verano, como respuesta al convenio celebrado con la Central Única de Trabajadores (CUT).

El centro neurálgico de la vida universitaria a principios de la década de 1970 era la Casa Malmus —hoy campus Monseñor Alejandro Menchaca Lira—, donde se realizaban prácticamente todas las actividades académicas. Adquirida en 1963, al año siguiente comenzaron a funcionar en ella las Escuelas Universitarias de La Frontera —como también se llamó a la Universidad de La Frontera—. Ubicada en avenida Alemania 0422, esquina 18 de Septiembre, una construcción que daba hacia esta calle albergó los talleres artesanales y también un espacio grande que se usaba como una suerte de salón de actos. Se trataba de tres salas de clases en realidad —las llamadas A1, A2 y A3— que se juntaban y separaban con unos paneles divisorios, transformándose en un aula mayor para los encendidos discursos de la época.

Eran tiempos de efervescencia. Había asumido el gobierno de Salvador Allende y en 1971 y 1972 reinaba una convulsión muy potente al interior de las universidades, con mucha actividad estudiantil, con liderazgo muy fuerte de los dos o tres principales sectores políticos, y, por lo tanto, la vida universitaria era muy plena. En la Universidad de

La Frontera el punto principal de encuentros estudiantiles era el subterráneo de la Casa Malmus, donde funcionaba el casino. Allí los alumnos almorzaban además de disponer de un espacio para compartir, para conversar distendidamente, un espacio en el que también se presentaban los músicos locales que estaban emergiendo. Estaba la Nueva Trova, la Nueva Canción Chilena, estaba toda esa ebullición cultural que vivía el país en la época.

Un discurso pronunciado en marzo de 1972 por el director Víctor Raviola, con ocasión de la entrega de certificados a alumnos del curso de regularización antes mencionado, nos permite situar en aquella temprana época los orígenes de lo que luego se llamaría *life long learning* —aprendizaje a lo largo de la vida, principio desarrollado con éxito por la Dirección de Educación Continua de la Universidad Católica de Temuco. Dice el director Raviola en el número 12 de la revista *Stylo*:

La solicitud y la iniciativa fueron aceptadas con interés y prontitud, confectionándose un programa [...] que se relaciona directamente con el tema de la educación permanente, inspirado en novedosas concepciones de lo que debe ser la formación profesional que compete a las universidades. Conviene recordar que el fundamental principio del nuevo sistema, cronológicamente impulsado a partir de 1945, es reconocer que el adulto instruido ha de perfeccionarse continuamente o ha de readaptar su instrucción a las exigencias del momento en que vive; como programa adoptado por la Unesco a partir de 1967, entiende a la educación dentro de una concepción global que comprende todos los sectores sociales y todas las edades de la vida y en que la educación escolar y la extraescolar forman un solo todo.

Poco después, en la sesión del Consejo Superior de la Universidad Católica de Chile del 21 de abril de 1972, se aprueba el Proyecto de Acuerdo sobre Relaciones de las Sedes de Provincia con el Gobierno Central, más conocido como «Política de Sedes Regionales».

En noviembre de 1972, don Víctor Raviola es reelecto como director de la ahora llamada Sede Regional de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Como hecho curioso, cabe advertir que esta elección de 1972 fue la última ocasión en la historia de la Universidad de La Frontera del periodo aquí reseñado en que la comunidad universitaria acudió demo-

cráticamente a las urnas para elegir a su autoridad máxima. A partir de julio de 1976, el procedimiento cambió a la designación por parte de los rectores-delegados o de las autoridades que les sucedieron.

Una de las fortalezas de la universidad ha sido el alto nivel de su profesorado. En los tiempos de la Universidad de La Frontera hubo muchos profesores destacados, por lo que se haría imposible mencionarlos a todos en el presente trabajo. La profesora Gloria Inostroza de Celis, quien llegó a estudiar a la universidad en 1969, recuerda a algunos:

El nivel de profesores era muy alto. Estaba don Helio Gallardo, profesor de Filosofía, quien ahora es una autoridad en una Universidad de San José, Costa Rica, donde pasó a residir luego del golpe militar de 1973. Era un profesor fantástico y yo te diría que, en comprensión de texto, de lectura, los marcos, las bases, el metalenguaje, si se podría decir, para la formación de un profesor, yo todavía lo que uso es lo que él me enseñó, más que lo que me enseñaron después en el doctorado. Don Pablo Berchenko, lo mismo, piensa tú que era uno de los que trabajaban en todo lo que fue el diseño de la ENU [Escuela Nacional Unificada]. Y era profesor nuestro. Bueno, hoy sigue siendo profesor emérito en París. Entonces, yo te quiero decir que siempre esta universidad se ha destacado por tener un núcleo duro de profesores que están posicionados en un buen nivel académico.

Víctor Raviola, por ejemplo, una figura en literatura, o la señora Rosaura Mendoza, a la que me gustaría dedicar una mención especial. Imagínate que en esa época –éramos como seis o siete de Pedagogía en Castellano que tomábamos su curso–, llegaba a hacerte clases con su equipo de tocadiscos chiquitito, portátil, con su maquinita proyectora de diapositivas, porque la universidad no tenía. Ella venía de la Universidad de Concepción, armaba su escenario y nos empezaba a hablar de la literatura, del Barroco en la arquitectura, en la pintura, nos hacía escuchar la música, nos mostraba imágenes y nos hablaba de los escritores, contrastando a Quevedo y Góngora, explicándonos cómo, siendo clásicos los dos, había diferencias en las maneras de ver el mundo. O sea, una formación que tuvimos, realmente, yo te digo, privilegiada para esos años.

Al revisar la prensa de la época, también nos encontramos con una cantidad de reseñas y noticias relativas a un hito universitario poco estudiado. Nos referimos al gran trabajo realizado por del Departamento

de Medios Audiovisuales, dirigido por Luis Vergara Castillo, y la Cine-teca, que desde el año 1972 dirigió el crítico y profesor de Estética Enrique Eilers, labor que se extendió durante más de treinta años.

Fernando Díaz es un privilegiado testigo de esos tiempos. Formado al principio como técnico proyccionista al interior del mismo departamento, le tocó salir a terreno para proyectar documentales sobre primeros auxilios y otros temas de interés ciudadano. Más tarde tuvo la experiencia que cambió su vida: su encuentro con Enrique Eilers, el padre del cine arte en Temuco. Siendo profesor e inspector del Liceo 1 de Temuco, Eilers llegó a conversar a la Sede Regional con don Fernando Chuecas Muñoz, y se creó así el cine arte de la universidad. Cuenta don Fernando Díaz:

Empezamos proyectando películas con veinte o treinta personas y a veces terminábamos viéndolas los dos solos en Vicuña Mackenna 466, con una proyectora de dieciséis milímetros. Pero fue tanta la porfía de don Enrique de continuar con el cine arte que la experiencia se extendió, con creciente éxito, por más de treinta años. Hicimos cine arte en la Sala Bulnes, en la Biblioteca Municipal de Temuco y al menos una vez al mes en la Cárcel de Temuco. Allí surgió gente que sigue trabajando el cine arte en la UFRO, en la Mayor. Había muchos estudiantes que iban a ver el cine y se fueron encariñando con don Enrique. Después llegó un tiempo donde las salas estaban siempre llenas, pero gracias a la porfía de él, al cariño que él le tenía al cine.

Fue el psicólogo y esteta Theodor Lipps uno de los primeros en sostener que el espacio tiene alma. Sin embargo, el *stimmung*, ese sustrato anímico del espacio, es inseparable de los seres que lo habitan y lo transitan, pues son estos quienes lo moldean y le otorgan vida. Así, llega a decir Lipps que «el alma del espacio y el alma humana están emparentadas». Con excepción de la casa de Vicuña Mackenna 466, destruida por un incendio en enero de 1979, los espacios de los otros recintos que fueron adquiridos en esa época guardan aún un halo de misterio y pueden ser considerados hoy como símbolos vivos de la etapa de la construcción de la Universidad Católica de Temuco.

El mejor ejemplo de ello es la casona de la avenida Alemania 0422. Basta recorrer este recinto para sentir que allí el espacio tiene alma,

alma forjada por quienes en esas salas y pasillos expresaron —y expresan— sus anhelos y sueños de una universidad cada vez más inclusiva y humana. Innumerables relatos universitarios se han fraguado en la antigua Casa Malmus, algunos con un peso simbólico que rebasa la mera anécdota. Contaremos aquí uno que nos compartió don Arturo Hernández Sallés:

En el tercer piso de la casona, habilitado como el resto con oficinas, se hallaba una gran sala que había sido construida saliéndose del marco de la casa para ocupar mejor el espacio (después volvería a su estructura original). Allí se ubicaban las oficinas de los profesores, que en general eran compartidas por tres y hasta por cuatro académicos.

Durante un buen tiempo, Arturo Hernández Sallés compartió oficina con Raúl Caamaño, Nelly Ramos y con el maestro Adalberto Salas.

En el lugar donde está la ventana como un ojo de buey —nos cuenta don Arturo— se ubicaba la oficina nuestra. Y recuerdo que un día, al entrar, vi al doctor Adalberto Salas, mi maestro, paralizado en medio de la oficina. No entendía bien qué le pasaba, hasta que miro y me doy cuenta que tenía prendido en su pecho un murciélago. Se había quedado trabajando hasta muy tarde y en algún momento un murciélago salió, cayó en su camisa blanca y se quedó pegado e inmóvil, como una escarapela en el pecho. Así es que ahí, entre todos, estuvimos tratando de tomar el murciélago para meterlo en un cartucho y sacarlo, liberarlo. Han pasado los años y todavía recuerdo el estupor con que el doctor Salas permanecía de pie con el bicho prendido en su ropa. Tal vez, pienso, la Casa Malmus decidió condecorar al gran etnolingüista con esa insignia tan singular, en premio por sus innumerables desvelos académicos.

Los cambios fundamentales que desde 1973 afectarían la estructura de la universidad coincidieron con los cambios fundamentales que alteraron el rostro de la nación chilena. Vendrían desafíos impensados y, sin embargo, los cimientos de aquel proyecto que con mano resuelta y sensible a la vez inauguró monseñor Menchaca Lira, el alma de Temuco, ya estaban anclados en suelo firme. Sus pilares no eran solo de roca, pues en ellos habitaba la savia intelectual y espiritual de aquellos que

hicieron posible que el sueño se volviera carne. De cada uno de ellos se podría decir lo que en la sección «La silueta del día» se escribió en *El Diario Austral* al conmemorarse los treinta años de docencia de ese gran propiciador que fue el profesor Ricardo Ferrando: «La celebración se justifica porque en algunas ocasiones los sucesos personales dejan de serlo, dada la proyección honda que ellos alcanzan sobre el pensamiento de la ciudadanía». El alma de la Universidad Católica de Temuco estaba forjada y muy pronto sería puesta a prueba.

CAPÍTULO II

Bajo el alero de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1973-1989)

(*Andante con moto*)

La universidad vigilada

El profesor Víctor Raviola Molina, quien cifraba grandes esperanzas en el cambio de estatus de Universidad de La Frontera a sede regional de la Pontificia Universidad Católica de Chile, vio mermado su optimismo luego del 11 de septiembre de 1973. Dice en sus *Antecedentes para una historia*:

Lamentablemente, las consecuencias positivas de esta larga batalla no pudieron ejercitarse largo tiempo. Los acontecimientos nacionales derivados del pronunciamiento militar de septiembre de 1973 impidieron perfeccionar lo logrado y continuar aplicando las políticas acordadas y aprobadas. La designación de un rector delegado del Gobierno militar en la dirección superior de la Universidad Católica (vicealmirante en retiro Jorge Swett Madge) reorientó el timón de la embarcación a nivel nacional y también regional. Al margen de acuerdos convenidos, las sedes regionales debieron adecuarse a los nuevos postulados y orientaciones administrativas académico-económicas autoritariamente procedentes de Santiago.

Pronto vino a imponerse en la educación superior chilena el estado de la «universidad vigilada», término atribuido al filósofo Jorge Millas de la Universidad Austral de Chile y que, como propone Luis Scherz García en *Reforma y contrarreforma en la Universidad Católica de Chile*

(1967-1980), responde directamente a los lineamientos de la por entonces recién impuesta Doctrina de Seguridad Nacional. Como uno de los efectos directos del golpe militar sobre el sistema educativo universitario, ha de mencionarse aquí el «fin abrupto y dramático» de la reforma de 1967. Como relata monseñor Raúl Silva Henríquez en sus memorias:

Poco después de asumir, en octubre de 1973, el rector Swett había reestructurado el Consejo Superior, eliminando a todos los representantes docentes, administrativos y estudiantiles, lo cual significaba eliminar también la estructura democrática instaurada seis años antes. [...] El rector y sus acompañantes en los cargos superiores estaban empeñados en revertir la reforma universitaria. Eran los ejecutores de una vasta «contrarreforma» que se originaba en los mismos que se habían opuesto a los cambios en 1967, pero que no habían podido constituir mayoría para evitarlos en la década anterior.

La Universidad de La Frontera —ahora Sede Regional Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile— estuvo severamente constreñida durante esta etapa, en más de un sentido: por un lado, la realidad del país, que golpeaba fuerte a partir de un gobierno centrado en políticas de «depuración» y «despolitización» a diversa escala; por otro, dependía de la Pontificia Universidad Católica de Chile en lo administrativo y académico. En lo económico, sin embargo, la sede regional no dependía de la Casa Central. El mismo director, Víctor Raviola, expone en su relato histórico:

Es bueno advertir y consignar históricamente la inmejorable situación de [la sede regional de] Temuco, que no solo se autofinanciaba con honestidad, sino que además nunca recibió de la Casa Central aporte económico alguno durante su historia, por lo menos desde su fundación y hasta 1976.

La profesora Nelly Ramos, una de las más destacadas investigadoras del área de Ciencias Sociales de la universidad, nos relata cómo vivió ese tiempo:

Tras el golpe militar, todos los profesionales de las ciencias sociales se volvieron sospechosos. Entonces, para poder seguir con la carrera de An-

tropología, yo creo que fue una estrategia cambiar el foco de lo social o sociocultural a lo lingüístico, pues lo lingüístico es algo más neutral. Ahí se hizo cargo de la carrera Adalberto Salas, lingüista, especialista en lingüística general, quien empezó a estudiar el mapudungun y después derivó hacia la etnolingüística. Uno de sus aportes es el famoso alfabeto unificado.

Con ese equipo [Milan Stuchlik y Adalberto Salas] empezaron aquí las Semanas Indigenistas. Entonces, para nosotros como alumnos había un campo muy motivante, muy vivo, era mucho lo que había que estudiar, investigar. Fue una época muy viva. Otro detalle es que, cuando yo entré, en la misma generación teníamos gente recién salida del colegio junto a otros que éramos profesores, y convivíamos sin problemas. Después fue difícil, fue traumático ver cómo de la noche a la mañana los profesores se nos fueron y hubo que reinventarse y tratar de permanecer, hasta que cerraron la carrera.

Entre las consecuencias que el golpe de Estado de 1973 tuvo para las universidades chilenas hay una en especial que repugna por su esencial brutalidad. Como retrata Luis Cifuentes en el libro *Intelectuales y educación superior en Chile*:

Numerosos académicos, estudiantes y funcionarios fueron asesinados, aprisionados, torturados, despedidos, expulsados o exiliados. A modo de ejemplo, en la UTE [Universidad Técnica del Estado] hubo sesenta y dos víctimas fatales comprobadas; más de mil profesores, estudiantes y funcionarios fueron aprisionados el 12 de septiembre de 1973 para luego ser conducidos a campos de concentración; en los meses siguientes, las autoridades impuestas por la dictadura decretaron el despido del cincuenta por ciento de los académicos y funcionarios.

La Sede Regional de Temuco no estuvo a salvo de estas insanas operaciones. En el Informe Rettig se consigna la desaparición del profesor del Departamento de Educación Omar Venturelli Leonelli:

El 4 de octubre de 1973, desde la cárcel de Temuco se pierde toda noticia acerca del paradero de Omar Roberto Venturelli Leonelli, treinta y un años, exsacerdote, profesor del Departamento de Educación de la Universidad Católica, sede Temuco, miembro del grupo Cristianos por el Socialismo.

Se presentó voluntariamente el 25 de septiembre al Regimiento Tucapel, en virtud de un llamado por radio. Desde allí, fue trasladado a la cárcel de Temuco, recinto desde el cual estableció comunicación escrita con su familia. Esta señala que el día 4 de octubre fue informada que había sido dejado en libertad. Desde esa fecha lo buscaron sin resultado alguno. [...] Las autoridades del recinto penal respondieron a la consulta de esta comisión diciendo que Venturelli «egresó el día 04.10.73. Orden Fiscalía Ejército Cautín, Orden de Libertad 52» [...]. Omar Venturelli permanece hasta la fecha desaparecido.

En el mismo informe se dice que este escalofriante *modus operandi* de la notificación por medios de comunicación (Radio Cautín, entre otros) era particularmente usado en Temuco. Más adelante leemos: «En cambio, los antecedentes allegados a esta comisión permiten afirmar que Omar Venturelli y Gastón Lobos salieron del recinto custodiados por efectivos militares, quienes les hicieron desaparecer». Como en el caso de Omar Venturelli, a Gastón Lobos, profesor, militante del Partido Radical, exintendente y diputado por la provincia de Cautín, «lo dejaron en libertad», incluso «otorgándosele un salvoconducto para regresar a su hogar». Basta hojear el Informe Rettig para entender que, en numerosas ocasiones, la frase «dejar en libertad» no era más que un monstruoso eufemismo.

Víctor Oliva Troncoso, dirigente estudiantil y militante del MIR, tenía veinticuatro años cuando fue detenido y asesinado en Bahía Blanca, Argentina. Según cuenta su hermana Sonia en el blog *Las historias que podemos contar*:

[Víctor] entró a estudiar Pedagogía en Castellano en la Universidad Católica, sede Temuco, donde su compromiso en el MIR se hizo mayor y su condición de dirigente no cambió tampoco. Así, se podía leer entonces en las murallas del campus Menchaca Lira: «Víctor Oliva a la Reforma».

En Bahía Blanca, Víctor permanecía como exiliado bajo la protección del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados. El 2 de julio de 1975 fue secuestrado y asesinado por un grupo de civiles

siguiendo instrucciones de la DINA, como se lee en el Informe Rettig.¹ En el campus Menchaca Lira de la Universidad Católica de Temuco se erige un memorial en homenaje a Omar Venturelli y Víctor Oliva que fue inaugurado en diciembre de 2015.

Monseñor Bernardino Piñera, obispo de Temuco durante esos años, pasó por momentos difíciles. A la pregunta «¿Cómo fueron los primeros tiempos bajo el gobierno militar?», responde en *Un obispo en tiempos de cambio*:

En Temuco, yo asumí todo porque gran parte del clero en Temuco era extranjero. Me quedé solo en la Casa de Ejercicios. Ahí me preocupé, por ejemplo, de Mariano Puga. Él fue a Temuco a rescatar a su hermano que era hombre de izquierda, a quien yo nunca conocí. Entonces tomaron preso a Mariano Puga, lo acusaron de que venía disfrazado, que se había pintado las canas. Le arrancaron un mechón de pelo y le decían que tenía el pelo pintado. Tuve que ayudarlo. Pasé mil peripecias. Iba a ver a los presos a la cárcel. Pedí permiso al alcaide para entrar y ver a todos los miristas detrás de las rejas. Una vez un gendarme me tomó de la manga y me sacó. Al día siguiente vino a verme a mi oficina. Me dice: «Obispo, perdóneme, pero me dio la orden el señor alcaide de que yo lo sacara a usted a la fuerza. Entonces por eso yo le tomé la manga».

En 1974, la Sede Regional debió lamentar el fallecimiento en Santiago de su fundador, monseñor Alejandro Menchaca Lira, que coincide con el cierre de la admisión a la carrera de Antropología por decisión de Casa Central (la carrera cerraría definitivamente en 1978). 1974 marca también el fin de las escuelas normales, con el Decreto Ley 353, que estableció la formación universitaria de los profesores de educación primaria.

Según Gabriel Salazar y Julio Pinto, autores de la *Historia contemporánea de Chile*, en 1975:

1 Dicho informe señala: «Ponderando los antecedentes específicos de este caso, y considerando el contexto de las acciones que se ha comprobado la DINA realizaba en la Argentina en ese periodo, la comisión llegó a la convicción de que en la muerte violenta de Víctor Oliva le cupo responsabilidad a la DINA, aunque sus agentes no hayan sido los autores materiales del asesinato».

Acaece la reposición en plenitud de la vocación exportadora y la apertura «hacia afuera», [...] una vez que el régimen militar se decidió a implementar una fórmula neoliberal cuya lógica sigue rigiéndonos, para bien o para mal, hasta el día de hoy.

Con la fórmula de «desarrollo hacia afuera», Aníbal Pinto Santa Cruz —quien acuñó la frase en su libro de 1958, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*— describe cómo la economía chilena se insertó en «los mercados capitalistas mundiales durante el siglo XIX, conformando un esquema primario exportador». Este esquema, según Salazar y Pinto, fue restaurado —y reforzado— a mediados de la década de 1970 por el gobierno militar.

Pese a las difíciles condiciones, la labor docente en la Sede Regional no se detenía. Un hito universitario de 1975 fue la creación de la carrera de Pedagogía Media en Artes Plásticas, que comenzó funcionando, en forma de talleres, en lo que hoy es el campus Luis Rivas del Canto. En ella se impartían talleres de dibujo, pintura, escultura y artesanía, que ya por entonces contaba con un programa especial destinado al rescate y exhibición de las prácticas artesanales regionales.

Hamilton Lagos, quien entró a estudiar la carrera de Pedagogía Media en Artes Plásticas en 1977 y hoy se desempeña como profesor del Departamento de Arte, comparte algunos recuerdos de su trayectoria estudiantil:

Puedo mencionar a los profesores que instalaron la carrera, entre ellos Héctor Mora, que fue un puntal en ese sentido. Omar Castro, a quien tuvimos poco tiempo, pues después se va fuera del país. Hay otros profesores como José Troncoso, Miriam Massa, María Teresa Ortiz y Augusto Cabezas. Ese es el grupo al que le toca instalar y desarrollar la carrera propiamente tal. Héctor Mora, profesor de Artes Plásticas, fue muy importante en esa época, sobre todo a partir de su mirada de lo local. Él promueve esta vinculación que motiva a los estudiantes a mirar no solo a partir de las grandes corrientes o de la academia o de la cosa museográfica, sino también la mirada a lo local. Había una línea directa con la Muestra Internacional de Artesanía que se hacía desde esa época en el parque Bustamante en Santiago, donde nos tocó participar algunas veces. Yo diría que ese fue un sello interesante.

Luego se incorpora Guillermo Meriño, que también fue importante como profesor en el área de Escultura, junto a José Troncoso; ambos son los creadores del monumento que se encuentra en la Plaza de Armas en Temuco.

Importante también es lo que se hace después con el Programa Artesanía, apoyando a miniempresarios para que puedan desarrollarse en el área de la artesanía y de la platería, en particular. Ahí se hace un rescate y una proyección de ese trabajo. No hay que olvidar que la platería durante un tiempo estuvo en manos de coleccionistas y después lo que se hace es un rescate de las formas, se trabaja en pequeño formato y se hace un rescate también de las técnicas. Bueno, la platería es algo más tardío en el desarrollo de la artesanía, porque tiene que ver con el uso de los metales.

El año 1976 marca un nuevo acento en el carácter regional de la Sede Temuco de la Universidad Católica. En su discurso inaugural de ese año, el director Víctor Raviola indica que «un tercio del alumnado es de Cautín y que la mayoría de ellos proviene del segmento socioeconómico medio y bajo».

La colección «Documentos de La Frontera» se enriquece ese año con dos nuevas publicaciones: *Notas sobre la educación mapuche en Cautín*, con ponencias de varios autores, y *Estudios antropológicos sobre los mapuches de Chile sur-central*, recopilación a cargo de Tom Dillehay y con trabajos de Thomas Melville, Adalberto Salas, René San Martín, Gastón Sepúlveda y Milan Stuchlik.

En 1977, cuando Víctor Raviola se encontraba siguiendo un programa de magíster en Estados Unidos, el rector delegado, Jorge Swett, designa como nuevo director de la Sede Regional a un hombre de su confianza, Juan Baldeig Zunzunegui. Como recuerda el profesor Rolando Vega:

Juan Baldeig era profesor de Fisiología Animal. Fue profesor mío en la Universidad de Concepción. Por eso yo lo conocía. Yo postulé a un concurso que había acá en las disciplinas de Ecología y Zoología en Invertebrados, que era en lo que me había especializado, y quedé como profesor instructor. Y Juan Baldeig, siendo director de la sede, también hacía clases en el departamento nuestro, que era el de Ciencias Naturales. Como estábamos en dictadura militar, hubo muchas tensiones, pero no personalmente con Juan Baldeig, sino con lo que él representaba. Él había sido designado por un rector delegado a cargo de la Pontificia Universidad Católica de Chile,

que representaba a su vez a la dictadura militar. Entonces se sucedían los despidos por motivos políticos, cualquier ruido político repercutía en que las personas se iban despedidas en forma sumaria.

Entre los aportes de Juan Baldeig se encuentran algunas iniciativas para impulsar proyectos en infraestructura y recaudación de fondos para la sede. Aurora Zúñiga, quien fue secretaria de Juan Baldeig desde 1977, nos cuenta:

Recuerdo una de las intuiciones de Juan Baldeig para reunir fondos. Había un programa en TVN, el Dingolondango, y la universidad participó activamente. Toda la sede partió para allá y así se obtuvieron varios millones de pesos para construir el gimnasio. Allí estuvieron profesoras de arte, profesoras de idioma, hubo una señora alemana que hizo una torta enorme, fue famoso ese asunto del Dingolondango. Y gracias a eso se construyó el gimnasio. Baldeig también comenzó la construcción del campus San Francisco y construyó el gimnasio del campus Norte [hoy campus San Juan Pablo II]. O sea, fue uno de los directores que, en el poco tiempo que estuvo, y con poco apoyo, logró concretar muchas ideas.

En octubre de 1978, con el Decreto Ley 2.339, se otorgó denominación a la región Metropolitana y a las demás regiones del país. Temuco pasó a ser entonces capital de la región de La Araucanía.

Introspección y camaradería

Retomando nuestra analogía musical, huelga decir que, en una sinfonía, el movimiento lento no expresa únicamente emociones de nostalgia o melancolía. Allí se incuban, como en un huevo o semilla, las ideas y sueños que habrán de germinar en el futuro. Hay un combate de principios e ideas que buscan imponerse en el tejido musical, como ocurre en el *Andante con moto* de la *Quinta sinfonía* de Beethoven. Es así como, durante su etapa de sede regional, la universidad vio florecer, en medio del áspero terreno de una sociedad reprimida en su ser esencial, una actividad académica de primer orden, junto a un espíritu de camaradería entre profesores y estudiantes del que hemos podido recabar numerosos

testimonios. Es quizás una ley de la historia. Cuando las condiciones externas se hacen difíciles, la conciencia mira hacia adentro y allí busca renovarse, purificarse y encontrar claridad para encarar los desafíos venideros. Gabriel Salazar y Julio Pinto describen de manera muy gráfica esa circunstancia en el volumen quinto de su *Historia contemporánea de Chile*:

El golpe militar de 1973 desencadenó un primer movimiento de repliegue a posiciones de «refugio», que se extendió, aproximadamente, entre 1974 y 1980. [...] El repliegue adoptó la forma de «integración adolescente» en ciertos espacios íntimos de refugio, reagrupación y resistencia. La generación de los 80 vivió, en su primera fase (1974-1980), integrándose en un proceso histórico que tenía más de introversión y clandestinidad que de extravertida politización.

Esta mirada hacia adentro también beneficiaba los nichos académicos en los que convivían generaciones distintas. El profesor Ciro González, que llegó a la universidad en 1980 como profesor de Matemáticas, nos cuenta:

Quienes partieron con el Departamento de Matemáticas fueron María Villanueva y Óscar Cartagena, y la profesora Villanueva fue quien armó el departamento. Ambos comenzaron a hacer clases en Pedagogía en Matemáticas y con las primeras generaciones se dieron cuenta de que había alumnos buenos. Entonces, cuando se titulaban, los contrataban y pasaban a formar parte del *staff* de profesores del departamento. De este modo, el Departamento de Matemáticas estaba conformado por distintas capas. Estaba la generación original, que armó el departamento, luego la primera capa de graduados, la segunda, etcétera. Entonces, era una gran familia, donde todos se trataban de usted.

Vicente Sandoval, quien se ha desempeñado como profesor de la universidad de manera ininterrumpida desde 1977, cuando llegó al Departamento de Ciencias Naturales como profesor de Física, se refiere al clima de trabajo que se vivía por esos años. En aquel tiempo, cuenta don Vicente, la Sede Regional de Temuco era «una universidad pedagógica, una sede pedagógica»:

Llegué a ese departamento y habíamos nueve profesores que compartíamos una mesa y dos oficinitas que se crearon después, pero al principio llegábamos, dejábamos nuestros bolsos a un lado, nos reuníamos en la mesa y luego íbamos a hacer nuestras clases. Más tarde tuvimos oficina de a dos y por último oficina de a uno.

El profesor Rolando Vega también comparte con nosotros parte de su larga historia en la institución:

Soy de Coronel, de la zona del carbón. A Temuco llegué a trabajar en 1977. Esta era una sede pequeña, pero por ser pequeña era bastante familiar. Nosotros estuvimos los primeros años agrupados en lo que actualmente es el campus Menchaca Lira. Ahí estaba toda la universidad. Cuando yo llegué estaba también la casona de Vicuña Mackenna, pero luego de un par de años se quemó y, por lo tanto, todo lo que estaba ahí se trasladó a Menchaca Lira. Cuesta imaginar ahora que en Menchaca Lira haya funcionado todo lo que era prácticamente la Sede Temuco, aunque también nosotros teníamos un campus en Victoria. Es decir, la Sede Temuco era un pedagógico con la mayor parte acá en Temuco, pero con un campus de profesores básicos en Victoria.

También había una tensión instalada, porque estábamos en el gobierno militar, eran los tiempos de la universidad bien vigilada. El director era nombrado por Santiago. En ese momento, el rector era el vicealmirante Swett, rector delegado. Ahora, lo que sí uno notaba es que los procedimientos no eran tan *manu militari* como en las universidades que tenían rectores militares, pero había un control y también está el recuerdo de los despidos por razones políticas. Por otro lado, destaco el espíritu de los profesores de trabajar por la institución, aunque de pronto a fin de año llegaban los despidos, que muchas veces no eran por causales académicas, sino por temas de control. Recuerdo que nosotros, como no podíamos formar sindicato, teníamos la Asociación Gremial de Académicos. Los auxiliares tenían su Sindicato 1, pero los académicos —al estar dentro del marco de la universidad— no podíamos formar un sindicato. Así que despedían a las directivas de las asociaciones gremiales y el último presidente en ser despedido, según recuerdo, fue el doctor Carlos Calvo, de Educación. Entonces, cuando nos hicimos autónomos, una de las primeras acciones de la Asociación Gremial fue constituir el Sindicato de Profesionales.

El 15 de enero de 1978 asume como obispo de Temuco monseñor Sergio Contreras Navia, hombre de profunda vocación social y con una visión certera del papel que debía cumplir la universidad regional y católica (era ingeniero de formación, al igual que monseñor Menchaca Lira).² Como obispo de Temuco le correspondía ejercer oficialmente como gran canciller de la universidad. Sin embargo, como se deriva del Decreto Ley del 2 de octubre de 1973, que dispuso la designación de rectores delegados en todas las universidades y cuyas atribuciones fueron fijadas por el Decreto Ley 112 del 29 de octubre del mismo año, monseñor Sergio Contreras quedó marginado de esa función.

A pesar de tener las manos atadas desde una perspectiva formal, supo desempeñar el rol histórico para el que se sentía llamado, pues, además de contribuir de manera decisiva a dar vida al accionar de la Vicaría de la Solidaridad en Temuco, fue uno de los timoneles —junto a Óscar Cartagena Polanco— que condujeron a la universidad hacia la tercera y decisiva etapa, la de recuperación de su plena autonomía, como veremos más adelante. Su lema episcopal —«No he venido a ser servido, sino a servir»— lo retrata de cuerpo entero.

El incendio de la casona de Vicuña Mackenna 466 un año después, en enero de 1979, fue un drama para la joven universidad, pues además de la destrucción del recinto se perdieron veinte años de documentación universitaria. El chofer Sergio Salazar, quien no cumplía los dieciocho años cuando entró a trabajar a la Universidad de La Frontera como auxiliar, contratado por el entonces director Juan Baldeig, recuerda ese incendio como uno de los hechos que quedaron grabados en su mente, pues marcó su primera época de trabajador en la universidad:

Dicen que fue cortocircuito o que se dejó algo enchufado y agarró fuego en la noche. Y se quemó temprano, porque yo como auxiliar entraba a las seis y me estaba por dormir cuando mi mamá me avisó que se estaba quemando la universidad. Cuando llegué ya estaba abrasada en fuego. Nosotros lo único que pudimos rescatar fue la caja de fondos, porque ahí estaban los sueldos, que nos pagaban el día tres o cuatro. Entre cuatro personas la tiramos por la ventana. Fue lo único que se pudo rescatar. Me acuerdo que don

2 Antes había sido obispo de la diócesis de San Carlos de Ancud, entre 1966 y 1974.

Juan Baldeig miraba el fuego y se desmayaba. Luego volvía en sí, miraba y se desmayaba de nuevo. Se desmayó como seis veces. Fue difícil empezar de nuevo, porque se quemó mucha documentación. A los días después empezamos a limpiar, se buscó una casa para que las oficinas principales, la tesorería y el personal tuvieran un espacio, y nos fuimos a Aldunate, al frente del Colegio La Salle, donde se arrendó una casa allí por dos o tres meses, y después, como ese espacio se hizo chico también, nos fuimos a Menchaca Lira.

Los esfuerzos docentes de la Sede Temuco no solo iban dirigidos al alumnado, sino también a elevar el nivel de los profesores de la región. Una de las grandes campañas pedagógicas de aquel tiempo fue el PAE (Programa Académico Extraordinario), dirigido a regular la titulación de profesores. Adicionalmente a su función pedagógica central, dicho programa permitió que, mediante los ingresos percibidos, se pudiera financiar en parte la construcción de los edificios A y B (hoy edificios Clotario Blest y Padre Pablo Arnaudon, respectivamente) del campus San Francisco. Para el Departamento de Matemáticas, como nos cuenta el profesor Ciro González, también hubo beneficios:

Quando yo llegué, una de las cosas que me contaron era que se había iniciado este proceso de perfeccionamiento para profesores que hacían clases en básica, pero que no tenían título. Y aquí en esta universidad se formó un movimiento cuya sigla era el PAE, Programa Académico Extraordinario. El Departamento de Matemáticas había llegado a un acuerdo con la dirección de la sede de manera que los profesores del Departamento trabajasen en el PAE, pero los honorarios por trabajar en el PAE no se le pagaban al profesor, sino que iban a un fondo común. ¿Y qué se hacía con ese fondo común, con esas platas? Bueno, la idea era que con lo que se reunía —y si faltaba algo, la dirección de la sede ponía la diferencia— se comprara el primer computador que se iba a usar para hacer clases. A fines del 82 o comienzos del 83 se hizo la compra.

Vale detenernos a imaginar el impacto de tal adquisición, si tomamos en cuenta que en la carrera de Pedagogía Media en Matemáticas la asignatura de Computación tenía que impartirse «con tiza y pizarra» y los alumnos no tenían la suerte de conocer efectivamente un computador (aparatos muy escasos por esos días).

La revista *Stylo*, por su parte, continuaba con su gran labor difusora. Hasta el primer semestre de 1976 se habían publicado quince números, sin interrupción y con una periodicidad casi semestral. En 1977 se publicó aisladamente el número 16 y más tarde, en 1980, el último número, el 17. En contraste con los incesantes esfuerzos de académicos, alumnos e investigadores por elevar el nivel crítico y creativo de la labor universitaria, se sucedían las acciones del gobierno militar por desmontar los logros de las pasadas generaciones. Así lo expresan Salazar y Pinto en *Historia contemporánea de Chile*:

Con todo, el decreto dictatorial que impuso la Nueva Ley General de Universidades de 1981, que destituyó la estructura académica tradicional y dio paso a la «universidad-empresa», desarticuló los departamentos, deprimió a muchos profesores y tornó imposible que las nuevas promociones de estudiantes pudieran mantener la intensa actividad cultural desarrollada a fines de la década de 1970.

Fue una «nueva legislación escrita entre cuatro paredes, basada en las líneas del modelo económico que se imponía en las diversas facetas de la sociedad», explica María Olivia Mönckeberg en su abarcador estudio *El negocio de las universidades en Chile*. La legislación trae aparejados cambios en el sistema de financiamiento, al instaurarse «el aporte fiscal directo, el aporte fiscal indirecto y el crédito fiscal para canalizar los recursos del Estado». Poco después se agrega «la fórmula de los proyectos Fondecyt (Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico), tendientes a canalizar los recursos para la investigación, pero con criterios de apoyo al investigador en forma individual».

Como bien recoge Luis Rubilar Solís en el libro *Intelectuales y educación superior en Chile*, en medio del silencio temeroso de la opinión pública frente a la publicitada «reestructuración de la educación superior», emergieron durante 1981 dos voces testimoniales para la memoria y conciencia autocrítica nacional. La primera fue la del primer Premio Nacional de Educación (1979) Roberto Munizaga Aguirre: «Esto convierte a la institución universitaria en nuevas financieras buscando captar nuevos clientes». La segunda, la del connotado opositor de aquel entonces, Ricardo Lagos: «Esta mal llamada Ley de Universidades ha

trasladado al campo de la educación superior dos conceptos que hasta la fecha le eran extraños: el de mercado y el de seguridad nacional».

¿Cómo afectó este estado de cosas a la Sede Regional Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile? En lo principal, los criterios de calidad y excelencia defendidos por las universidades tradicionales debían competir con instituciones de educación superior que aprovechaban la nueva ley para buscar principalmente el beneficio económico. Entre otras diferencias sustanciales, mientras las universidades tradicionales estructuraban su equipo docente con profesores contratados, las nuevas instituciones apelaban mayoritariamente a profesores a medio tiempo. La devaluación del rol del profesor fue, así, una de las consecuencias directas de la nueva legislación, que se irían profundizando y agravando a lo largo de toda la década de 1980 y que casi acarrearán la desaparición de la Sede Regional Temuco, centrada, justamente, en el desarrollo de las carreras pedagógicas.

Pero hubo una buena noticia para Temuco ese 1981: monseñor Sergio Contreras Navia, que se había propuesto reconstruir la iglesia catedral, destruida por el terremoto de mayo de 1960, puso la primera piedra el 19 de marzo —día de San José—. En el proyecto de reconstrucción, monseñor contó con la colaboración de numerosos fieles que esperaban tener el templo terminado para la visita de Juan Pablo II.

Mientras monseñor Bernardino Piñera fue obispo de Temuco, siempre le preguntaban cuándo reconstruiría la catedral. Y él decía, como recuerda en *Un obispo en tiempos de cambio*: «Estoy empeñado en construir una catedral de piedras vivas, cuando tengamos en Temuco una Iglesia de gentes; ellas construirán la catedral, yo no la voy a construir». Luego reconoció con admiración la labor de monseñor Contreras:

Vino después de mí un obispo fuera de serie, monseñor Sergio Contreras [...]. Ese hombre trabajaba dieciséis horas diarias, era infatigable, de trato a veces un poco seco con la gente, pero logró desarrollar la diócesis de manera extraordinaria y en la misma línea mía, así que hubo cuarenta años de continuidad, una diócesis que está en las bases, en las capillas, ahí está su fuerza. Al final, Sergio Contreras se movió y logró levantar esa catedral que en realidad es muy bonita.

Otra buena noticia para Temuco ese mismo año fue la creación de la UFRO —Universidad de La Frontera—, que adoptó el primer nombre que tuvo nuestra universidad. En *Historia de la Universidad de La Frontera*, el profesor Jorge Pinto informa los orígenes de dicha universidad:

Están asociados a dos sedes de las principales universidades del país: la Universidad Técnica del Estado y la Universidad de Chile. La primera se hizo cargo en 1948 de aquella Escuela Industrial fundada en 1916 y la segunda se establece en Temuco en 1960, a través de un Colegio Universitario Regional, que más tarde, en 1981, al fundirse con la anterior, dará origen a la Universidad de La Frontera.

Proyecto y realidad del campus San Francisco

En la Sede Regional Temuco se dieron algunos pasos clave para expandir la infraestructura. El destacado arquitecto Carlos Oyarzún Polanco fue convocado por el director Juan Baldeig para iniciar el proyecto del campus San Francisco. Tiempo después, recordaría Oyarzún: «Febrero 1982, inicio de la obra y solo la certeza de un comienzo. No se sabía adónde llegaba el camino, el camino de un encargo plagado de incertidumbres».

En 1983 asume un nuevo director, el español José Sánchez García, a la sazón jefe del Departamento de Educación, quien había sido contactado por el director saliente Juan Baldeig. El investigador Mario Samaniego, su compatriota, lo describe en una conversación como «un español clásico, o sea, estereotipado. Muy enérgico, activo, muy hablador, con una oratoria fluida».

El miércoles 27 de abril de 1983 se inaugura el campus San Francisco. En la ceremonia, refiriéndose a la construcción del edificio A (en la actualidad edificio Clotario Blest), el director José Sánchez García señaló: «Hoy podemos contemplar con satisfacción una madura realidad, que es síntesis de un apretado abrazo de iniciativas, tenacidad y esfuerzos con un propósito claro: ir haciendo de a poco y cada día la universidad por dentro».

En 1984, en el marco de la celebración de los veinticinco años de la universidad y con motivo de la inauguración del edificio B (hoy edifi-

cio Padre Andrés Arnaudon), «aún a medio terminar», el director de la Sede Regional vuelve a hacer uso de la palabra:

Este nuevo edificio [...] es mucho más que ladrillos y espacios, aulas o laboratorios, oficinas, escaleras o ventanas [...]; es un esfuerzo más, un intento más por consolidar ese pilar fundamental de la paz y el progreso de los pueblos: la cultura [...], de la mano del propósito que define a toda la Universidad Católica: servir, servir más y mejor; servir al hombre para posibilitar ese asombroso encuentro de la fe con la razón o ese otro amoroso del hombre con Dios.

Previamente, en un número del boletín *Acontecer* correspondiente al otoño de 1984, se reconoce el aporte de los académicos y funcionarios a la construcción de este segundo edificio en el nuevo campus. Dice la noticia:

El arquitecto Carlos Oyarzún entregó algunos antecedentes sobre la nueva construcción dentro del campus San Francisco que espera concluir para celebrar las bodas de plata que se cumplen en septiembre. «Este edificio estará destinado a las actividades de ciencias naturales, [...] contempla siete aulas de uso común, seis laboratorios de docencia con capacidad para cuarenta y ocho alumnos, nueve laboratorios menores y oficinas para los docentes». La inversión para esta etapa se calcula en treinta y cinco millones de pesos. El financiamiento se logra con el aporte que hacen los académicos cediendo parte de los sueldos que les corresponden por dictación de cursos extraordinarios.

Los edificios del campus San Francisco, que comenzaron a inaugurarse en 1983, tuvieron un concepto arquitectónico subyacente que venía de mucho antes. El arquitecto Carlos Oyarzún tuvo la gentileza de contarnos ampliamente acerca de la génesis de este conjunto de obras en cuyo surgimiento le cupo un decidido protagonismo:

Recuerdo que en cierta ocasión —estamos hablando de fines de los setenta— el director Juan Baldeig me dijo: «La tragedia nuestra es que estamos solo en el campus Menchaca Lira, deberíamos pensar en salir de aquí». Por ese entonces había un proyecto para hacer el campus Norte, pues la Ca-

tólica era dueña de un predio de dieciséis hectáreas en el lado oeste, ahí donde estaba asentado el Departamento de Artes y donde está actualmente Veterinaria. La cosa es que no se quería hacer algo allá por la dificultad de movilización, ya que en ese tiempo se consideraban esos predios como campo, estamos hablando de antes de 1980. Entonces, yo le dije a Baldeig: «Mira, estoy totalmente de acuerdo en que puedan expandirse, porque las universidades dinamizan las ciudades, traen alegría, siempre ha sido así; la universidad medieval era como el foco de vitalidad de las ciudades, piensa en los tunos, toda la gente que había alrededor, los sabios». A mí me tocó vivir toda mi infancia en Viña del Mar, donde se producía un encuentro ciudadano muy especial con las universidades y Temuco no tenía eso.

Poco después fui a Santiago para hablar con el rector delegado Swett y la verdad es que le pude vender todas las ideas. A él le gustaba el hecho de que la universidad estuviera en el centro de la ciudad. Por ese tiempo había una especie de *pax romana*, forzada por los militares y por la metrallera, y la verdad es que no volaba ni una mosca.

Postulamos a dos lugares para construir: uno donde actualmente está el Jumbo y toda esa zona que era antes de la SOFO [Sociedad de Fomento Agrícola], allí se estaban sacando a remate unos predios. Y mientras esperábamos el resultado de la postulación, se presenta la oportunidad del terreno donde ahora está el campus San Francisco. Ahora, antes de comprarlo, me entrevisté con Germán Becker, el alcalde, que era amigo mío, y le dije: «Queremos tener la universidad acá, pero el plano regulador actual nos prohibiría hacerlo sobre ese terreno, porque ahí está la continuación de Prieto para llegar a la avenida Caupolicán» —aunque no se hubieran unido nunca ambas avenidas, porque el Colegio Bautista negaba toda posibilidad—. Entonces Becker me respondió que si le llevaba una carta del secretario ministerial de Vivienda, él nos concedía el permiso. Bueno, le llevamos la carta y nos dio el permiso por escrito.

Lamentablemente se perdieron las copias de esos documentos. Resumiendo, el permiso lo dio el alcalde contrariando un poco el plano regulador que es ley de la República, pero nadie objetó porque en realidad nunca iba a poder juntarse Prieto norte con Caupolicán. Y fue fantástico para nosotros porque Prieto, que es una calle magnífica, remataba justo en la Católica, con lo que la Católica se convertía en un nodo importante de la ciudad. Fue una bendición pienso yo, y bueno ahí empiezo a trabajar el proyecto definitivo, todavía con Juan Baldeig a cargo.

Recuerdo haber subido a la torre de la iglesia San Francisco por unas escaleras y a través de unas ventanucas ver todo el campo virgen allí, mientras trataba de imaginarme el futuro campus universitario. Cuando me subí a la torre pensé: «Esta es la torre San Francisco, y el nuevo campus debería llamarse “campus San Francisco”». Se lo dije a Juan Baldeig, quien respondió: «No, no te apresures, eso tiene que ser establecido por el Consejo Superior de la Universidad, no por ti». Entonces yo le digo: «Mira, cuando uno le pone un nombre a algo, incluso un sobrenombre, no se lo quita nadie, así que se llamará campus San Francisco».

Luego viene el capítulo de los diseños de los edificios. Como anécdota, hubo un momento en que me pidieron una biblioteca y yo dije: «Aquí está la oportunidad de tener aula magna, así que, si me autorizan, levanto medio piso del edificio, luego bajo medio piso y hago el aula magna». A Jorge Swett, rector delegado, le encantaban los planos, entonces yo le llevaba planos hechos y él se entusiasmaba, pero después me decía: «¿Esto no saldrá muy caro?». «No», le explicaba yo, «lo ponemos sobre pilotes, unos muros estructurales y dejamos eso para la futura aula magna; lo dejamos como obra gruesa y colocamos la biblioteca arriba». Finalmente dio el permiso y ese fue un primer paso para avanzar hacia la construcción del aula magna, junto a un importante aporte del Banco Concepción. Siempre creí en la importancia de tener un aula magna. Yo había trabajado en México, donde el corazón de las universidades son las aulas magnas, porque acogen lo múltiple de la universidad junto con público que viene de afuera, entonces produce esa simbiosis tan provechosa entre la comunidad y el estamento universitario.

La inspiración arquitectónica para el campus San Francisco vino de pensar en trabajar con el lugar mismo, con esta especie de selva que allí había. Se conservaron todos los árboles salvo una palmera. Todavía el lugar conserva algo de la naturaleza, la idea original era tener dentro de la ciudad una especie de oasis. Yo me acordaba del Colegio Alemán, que tenía incluso un bosque adentro, aunque lo han ido cortando.

Yo siempre trabajé —concluye— como arquitecto *ad honorem*, no cobré nunca nada porque era uno de los directivos de la universidad.³

3 Carlos Oyarzún ejercía como secretario de Extensión y Comunicaciones de la Sede Regional.

Nos gustaría destacar acá que es justamente San Francisco de Asís el patrono de la Universidad Católica de Temuco. Como escribe el primer rector de la universidad, monseñor Jorge Hourton, en sus *Memorias de un obispo sobreviviente*: «La sede no tenía patrón celestial y, como estaba al frente de la parroquia franciscana, cuya iglesia ocupábamos para nuestras celebraciones mayores, decidí poner toda la universidad bajo el patrocinio de San Francisco». Vale la pena citar unas palabras del Padre de Asís que le escuché en cierta ocasión al filósofo Mario Samaniego: «Necesito pocas cosas. Y esas pocas cosas que necesito las necesito poco».

Más allá de su compromiso profesional con la universidad, don Carlos Oyarzún tenía una visión personal bastante lúcida para la ciudad de Temuco. En un extenso reportaje publicado en *El Diario Austral* el 22 de febrero de 1983, se expresa en sus ideas arquitectónicas y urbanísticas de avanzada para el año 2000, que incluían convertir la calle Prat en un paseo peatonal que uniese los cerros Ñielol y Conun Huenu; «Sueña, además, con una avenida del río, que bordee el río Cautín». Ya en ese tiempo, Temuco comenzaba a sufrir algunos problemas serios de planificación urbanística, para los cuales el arquitecto entregaba algunas soluciones interesantes, basadas en la dignificación del peatón, separando racionalmente los dos tipos de circulación (la peatonal y la automovilística) e integrando lo natural en lo urbano. Respecto del sueño de la avenida Prat como paseo peatonal, explica el arquitecto:

Esto permitiría unir el acceso al cerro Ñielol con las tres plazas importantes de la ciudad. Y también prolongarlo hasta lo que fue el primer asentamiento de Temuco, el actual Regimiento Tucapel. Este paseo tendría como referencias visuales el cerro Ñielol por el norte y el Conun Huenu por el sur. No hay que olvidar que en esta arteria existen, además, importantes instituciones, como el Palacio Consistorial, y un comercio floreciente: convertida en calle peatonal tendría un gran éxito urbano.

A ello agregó que, al planificarse la ciudad, Teodoro Schmidt debe haber tenido presente Prat como una calle muy importante, porque la dotó de un ancho mayor que al resto de las arterias centrales, en comparación con Bulnes y Aldunate. Sobre esta dice que «es la calle de mayor

significado urbanístico en relación a las demás». Otro hecho importante es que vinculara la situación natural del cerro Ñielol, el cerro Conun Huenu y sus alrededores, además del río Cautín.

Escaños, jardineras, arboledas, lugares de reunión, marquesinas para protegerse de las lluvias que integren los espacios abiertos y cerrados serían elementos importantes en el futuro paseo peatonal que propone Carlos Oyarzún Polanco: «Me gustaría que fuese un paseo peatonal de extremo a extremo de la calle, allí se harían los actos cívicos más importantes, desfiles y celebraciones de carnavales, conjugando la actividad normal comercial con los actos recreativos».

A casi cuarenta años de la utopía arquitectónica de Oyarzún, la ciudad de Temuco, con su centro urbano invadido por edificios sin una clara planificación e impronta de su desarrollo, va camino de convertirse en lo opuesto al sueño generoso de una ciudad al servicio del ser humano defendido por el destacado arquitecto. Sin embargo, un eco de esas visionarias ideas del arquitecto Oyarzún aflora en la creación por parte de la universidad de un espacio público que cuenta con un importante conjunto escultórico en el frontis del campus San Francisco, dotando a Temuco de un punto de integración entre la ciudad y la universidad, en un emplazamiento de la importancia de Manuel Montt con Prieto norte y avenida Alemania.

Quinta Semana Indigenista

Uno de los hitos de la etapa como sede regional que sobrepasó largamente las expectativas de sus organizadores —un brillante equipo de investigadores y académicos encabezados por la profesora Teresa Durán— fue la Quinta Semana Indigenista, celebrada en 1983. El profesor Raúl Caamaño la describe como una ocasión monumental, una «semana de mañanas y de tardes y noches, con notables invitados como Sergio Villalobos, el doctor Adalberto Salas —que por entonces se encontraba trabajando en Concepción— y Joaquín Luco, Premio Nacional de Ciencias», a quien don Raúl describe como «un loo por las ciencias sociales» y que causó un gran impacto en los investigadores jóvenes y en los no tan jóvenes. Las ponencias más significativas de esa Quinta

Semana Indigenista, realizada al amparo del Centro de Investigaciones Sociales Regionales (Cisre), fueron recogidas en los primeros números de la revista *CUHSO*.⁴

Desde sus inicios, *CUHSO*, surgida al alero del Cisre, fue pensada como una revista especializada en ciencias sociales y humanas. La edición se mantuvo activa, aunque con interrupciones, hasta 1992, cuando la universidad inicia su vida como institución independiente. Hoy la revista continúa editándose como una publicación semestral de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Católica de Temuco. En septiembre de 1984 la revista inauguró su camino editorial con su primer número, dedicado íntegramente a los trabajos de la Quinta Semana Indigenista. En este se incluían ponencias de Teresa Durán, Adalberto Salas, José Bengoa, Gastón Sepúlveda y René Ríos Fernández, entre otros.

Observada la densidad, seriedad y actualidad de las ponencias presentadas en las Semanas Indigenistas, especialmente en la quinta, felizmente recogidas en el primer número de la revista *CUHSO*, juzgamos necesario citar y comentar, a propósito, un fragmento del libro *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1888-1988)*, del eminente historiador Ricardo Krebs:

La política de reforma del rector Fernando Castillo repercutió también en Temuco. La universidad se constituyó como sede regional. Se introdujo la estructura departamentalizada. Se creó un Departamento de Antropología que ofrecía la carrera de Licenciatura en Antropología Sociocultural. Anexo al departamento se estableció el Centro de Estudios Regionales, Cerer, dedicado al estudio de los mapuches. El Cerer se especializó en antropología lingüística, realizó estudios sobre las estructuras agrarias y patrocinó semanas indigenistas. En estas participaron antropólogos, sociólogos, arquitectos y otros profesionales con el fin de aproximarse a la cultura mapuche con un planteamiento interdisciplinario. El intento fue interesante, pero infructuoso por la falta de experiencia de quienes dirigían el centro.

4 En la Quinta Semana Indigenista se le rindió homenaje a Milan Stuchlik, académico checoslovaco pionero en la formación de investigadores del área de Ciencias Sociales de nuestra universidad.

Sorprendido por lo expresado en esta última frase, el profesor Marcelo Berho, antropólogo de la Universidad Católica de Temuco, señala lo siguiente:

Me parece que el profesor Krebs fue muy injusto en su juicio, pues el Cerer fue desarticulado al poco andar y porque la gente que estaba a cargo no eran aficionados o profesionales con poca experiencia. Estamos hablando de Milan Stuchlik, Adalberto Salas y otros académicos reconocidos y de gran calibre para los tiempos y el contexto regional y nacional. Asimismo, las Semanas Indigenistas eran la única instancia en que los interesados en la cuestión indígena se daban cita en Chile. Además, para gente como Stuchlik, no se trataba solo de la cuestión indígena, cuyo corolario era el indigenismo, sino más bien concernía a una preocupación más amplia y compleja para entonces (y aún para el presente), a saber: la problemática de las relaciones entre sociedades en contacto, una colonizadora y otra sujeta o integrada forzosamente a la vida estatal-nacional. Quizás para alguien de la historiografía oficial conservadora y metropolitana estos asuntos ni siquiera eran perceptibles [...]. El Cerer marcó una época relevante para los primeros antropólogos sociales y etnolingüistas formados acá en la Universidad Católica de Temuco. En los ochenta se volcó en la creación del Cisre y en los noventa del CES (existente hasta el día de hoy).

Ahora bien, algo cierto es que, para entender por qué dejaron de hacerse esas Semanas Indigenistas, hay que entrar a reconocer los cambios paradigmáticos y los procesos que fueron instalando los pueblos indígenas. Si tú veías los programas de las Semanas Indigenistas, quiénes participaban, a quiénes estaba dirigido, era todo el mundo académico que estaba hablando por los indígenas. Frente a eso, la profesora Teresa Durán dice: «Esto no da para más, ya no podemos seguir sosteniendo la representación de quienes pueden representarse mejor a sí mismos». Hoy día en Chile todavía siguen habiendo antropólogos o antropólogas que buscan un poco actuar como los adalides de los indígenas y resulta que los propios indígenas no quieren eso, ellos están tanto o más capacitados en muchos casos que los mismos antropólogos para hablar de su propio mundo y entonces uno ahí tiene que tener mucho cuidado también, y ubicarse no solo respecto de lo que es el vínculo social con los indígenas, sino también respecto de lo que son las apuestas teóricas, epistemológicas y ético políticas que hoy día trasuntan ese quehacer.

El 11 de septiembre de 1983 aparecía en la publicación *24 Horas* un panel periodístico que daba cuenta de los primeros veinticuatro años de la universidad. Dividido en tres partes —«Ayer», «Hoy» y «Mañana»—, resume la historia de la institución de esta manera:

La Sede Regional Temuco nace en 1959 como «Cursos Universitarios de La Frontera» mediante decreto del obispo, monseñor Alejandro Menchaca Lira. Comienza sus actividades académicas en 1960 con las carreras de Pedagogía en Educación Primaria e Inglés. La Fundación La Frontera, entidad patrocinadora de la sede en sus comienzos, firma un convenio académico con la Pontificia Universidad Católica de Chile a objeto de respaldar esta naciente casa de estudios superiores.

En 1969, estos «Cursos Universitarios de La Frontera» se convierten en una sede de la Pontificia Universidad Católica de Chile y así comienza la vida universitaria en esta región.

Llaman la atención dos detalles en el anterior escrito. Primero, que se omita que el decreto del obispo Menchaca Lira crea una universidad —la Universidad de La Frontera— y no solo unos «Cursos Universitarios». De este modo, para la Pontificia Universidad Católica de Chile, como dice el texto, la vida universitaria en La Araucanía comenzó con el surgimiento de la sede regional y no, como en verdad ocurrió, más de diez años antes.

En el apartado «Hoy, 1983», el inserto incluye, tras el encabezado, algunos números que permiten apreciar el camino recorrido:

Una sede universitaria pujante:

Más de 2.500 alumnos

Más de 140 profesores y 130 no académicos

Ocho carreras de Pedagogía

Seis campus en Temuco

Un campus en Victoria

Cerca de 300 egresados anualmente

Yosuke Kuramochi: Director, pintor y poeta

Don José Sánchez termina en 1985 su breve periodo a cargo de la dirección de la sede para seguir estudios de posgrado en su tierra, España, y la rectoría de la Pontificia Universidad Católica de Chile designa como director a Yosuke Kuramochi Obreque.

La vinculación de Yosuke Kuramochi con la universidad —relata el profesor Raúl Caamaño— tiene una larga data, pues aparece ya firmando, junto a su madre, Dominga Obreque de Kuramochi, su adhesión como propiciador de la Fundación La Frontera en una de las primeras listas de propiciadores publicadas en *El Diario Austral*, el 20 octubre de 1959. Yosuke en ese tiempo era muy joven, primero estudió Medicina Veterinaria en la Universidad Austral, después hizo otros estudios en la Universidad de Concepción y finalmente llega a estas Escuelas Universitarias a estudiar Pedagogía en Castellano. Él, ya a la par, era un creador, un poeta, un artista, y fue fácil que también adhiriera a este grupo de poesía, de creación poética, llamado grupo Espiga, que publicó su libro *Los 44*.

Su libro de *Poesías religiosas* oscila entre lo religioso y lo ideológico. También en esos textos de Yosuke hay luces acerca de la academia y la sociedad. No solo lo de una vereda. Cada uno se apea como puede, pero él se apeaba así, desde la iluminación, desde el diálogo de fe y razón, y de un modo poético. Esta antología poética de Yosuke, que parte con trabajos del 62 o 63, es motivada por la muerte de su hermano, pero si uno hurga, si uno espiga, en toda su creación poética habría de leerse el relato de la sociedad también, de los 60, de los 70, de los 80 y parte de los 90.

En la obra de Yosuke Kuramochi uno se da cuenta de que la sociedad, como la universidad, es un entramado de fuerzas, un organismo vivo, que responde a interacciones, a accidentes, presiones, iluminaciones, depresiones, y que está todo cifrado. Puede estar cifrado en un verso, en un gesto. Puede juzgarse como una feliz circunstancia el que, en medio de la menos poética de las dictaduras, en la Sede Regional Temuco asumiera un director poeta.

Anita Vargas, quien fue secretaria de los dos últimos directores de la Sede Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile —Yosuke Kuramochi y René Ríos— y de los tres primeros rectores de la Univer-

sidad Católica de Temuco —Jorge Hourton, Óscar Cartagena y Mónica Jiménez—, recuerda al profesor Kuramochi:

Era una persona muy reservada, que llegaba a la oficina lentamente y observaba todo. No era de muchas palabras, no interactuaba mucho con nosotros. En esa época éramos dos personas en la dirección: el auxiliar, que también hacía de chofer, y yo. Él nos saludaba con su venia e ingresaba a su oficina. Cuando pasaba por el jardín lo observaba todo, yo creo que eso venía de su veta poética. Él creó los primeros talleres literarios de la universidad, abriendo un nuevo campo para la comunidad. Yo trabajé con él como secretaria de 1984 hasta 1986 más o menos. Así lo recuerdo: como un observador de todo el entorno. Yo creo que él entraba y «nos sacaba la foto», como se dice. Le hacía una radiografía a las personas, con su capacidad para analizarlo todo.

Llega 1985 y la palabra *reconciliación* comienza a tomar cuerpo en vastos sectores de la sociedad. El 16 de octubre, en el campus San Francisco de la Sede Temuco, tiene lugar una emotiva jornada por la reconciliación que describe el boletín *Acontecer*:

En el campus San Francisco, al aire libre, fue oficializada una ceremonia religiosa organizada por el Departamento de Pastoral, la cual fue presidida por el obispo diocesano, monseñor Sergio Contreras, acompañado por los diáconos Ricardo Ferrando y Alfonso Zúñiga del Centro de Estudios Teológicos de la Universidad Católica. En la ceremonia el obispo señaló: «La universidad la hace la nación y es la nación la que está en un conflicto muy profundo y ese conflicto también se refleja en la casa universitaria. Una universidad es como un espejo donde se refleja el acontecer de la vida nacional y es también germen de lo que anheló ser la futura nación».

La revista *CUHSO* sigue creciendo y madurando. En 1985 se publica el número 2, que incluye los trabajos «La influencia política de los (las) chamanes mapuches», de Tom Dillehay, y «Las políticas indígenas en Chile y la imagen de los mapuches», de Milan Stuchlik (ambos en la sección Antropología), un ensayo de Adalberto Salas sobre el aporte de Fray Félix José de Augusta a los estudios de la lengua y la cultura de los mapuches y araucanos (sección Lingüística), y el ensayo psiquiátri-

co «Lo personal humano como modalidad de símbolo», de Fernando Oyarzún P.

Dos libros importantes se publican en 1986: *Y así nació La Frontera: Conquista, guerra, ocupación, pacificación. 1550-1900*, del profesor Ricardo Ferrando Keun y *Urgencias*, de Yosuke Kuramochi. Es interesante como, al contrastar el voluminoso texto de Ferrando con el mínimo volumen de Kuramochi, podemos encontrar dos imágenes del Temuco profundo: la imagen heroica, con tono de epopeya, enfrentada a la imagen interna, delicada y casi evanescente. El cronista y el poeta, dos arquetipos del investigador y del creador, vinculados en cuerpo y alma a la historia de la Universidad Católica de Temuco.

Un momento importante para el pueblo chileno fue la visita del papa Juan Pablo II. El 5 de abril de 1987 el pontífice habló para La Araucanía en Pampa Ganaderos. Así lo recuerda monseñor Guido Rodríguez en sus crónicas, registradas en el sitio web de la Conferencia Episcopal de Chile:

El 5 de abril de 1987 es fecha señera para Temuco. Ese día el papa pasó un par de horas inolvidables entre nosotros. Una multitud que no se volverá a repetir lo aclamó en el camino desde el aeropuerto de Maquehue hasta la Pampa Ganaderos, convertida en lugar de encuentro de los cristianos con el vicario de Cristo. El pueblo mapuche se hizo presente en grandísimo número y contestó jubiloso con sus gritos y el estruendo de cultrunes y trutruucas al saludo del papa: «¡Mari, mari, peñi!».

De ese encuentro del papa con Temuco quedan numerosas y hermosas fotos, las más originales son aquellas en que aparece Juan Pablo recibiendo el saludo de mujeres mapuches. Es curioso, pero las fotos más difundidas y que fueron escogidas para las portadas de los diversos álbumes publicadas de su visita son fotos tomadas en Temuco: el papa bajo una sombrilla que lo defiende del sol, el papa luciendo una estola mapuche.

La visita del papa a La Araucanía ha sido estudiada por diversos investigadores. Uno de los ensayos más agudos lo escribió Augusto Samaniego-Mesías y se titula «Hace 30 años: ¿Por qué Juan Pablo II en La Araucanía?».

René Ríos Fernández y las carreras técnicas

A causa de su estado de salud, Yosuke Kuramochi debe dejar pronto sus funciones de responsabilidad directiva. Lo releva el sociólogo René Ríos Fernández quien, comenzando como interino, llegó a ser el último director de sede regional, asumiendo oficialmente en 1990. Anita Vargas lo recuerda de la siguiente manera:

Una persona muy cordial, muy afable, muy amable, siempre contento, muy respetuoso con nosotros. Yo hablo de nosotros porque siempre fuimos dos ahí en la dirección. Como sociólogo, también él siempre me preguntaba por mis cosas, mis problemas. Yo tengo buenos recuerdos de él como jefe.

René Ríos llegó en un momento delicado de la sede, un momento que Sergio Salazar, chofer con larga trayectoria en la universidad, describe de manera ilustrativa:

A fines de los ochenta, la universidad, que estaba con el avión así un poquito estable, empezó a irse en picada. Luego se abrieron las carreras técnicas y ahí, de a poquitito, el avión empezó a levantar la trompa y se estabilizó de nuevo.

Gabriela Soruco, quien se define a sí misma como «una simple asistente social», llegó por esos años a la sede regional. Estas son sus palabras:

—Me contrataron el 15 de agosto de 1987, día de la Virgen. Yo soy católica, así que fue como una buena señal. Y bueno, partí trabajando aquí. El jefe de personal era Roberto Pera, que me llevó a conocer el Menchaca Lira y a presentarme a la Unidad de Salud que estaba ahí y a la gente que trabajaba con mi jefe. Recuerdo que cuando entrábamos vi un letrero que decía «¿Qué pasó con la asistente social?». Luego supe que a mi antecesora no le habían renovado contrato. Pero como los chiquillos igual en seis meses habían establecido lazos con ella, al principio fue difícil para mí, los estudiantes me miraban con recelo y tuve que ganarme poco a poco su confianza. Usábamos por ese tiempo un cuaderno, el Cuaderno de Trabajo Diario, donde yo tenía todo ordenado por fechas. Por ejemplo, venías tú y yo anotaba: «A las

9 a. m., Carlos Lloró solicita posibilidad de beca». Había pocos beneficios por entonces, lo único que había era el Fondo Solidario y las becas Indígena y Presidente.

—¿Cuáles eran los principales requerimientos de los estudiantes en esa época? —pregunto.

—Las becas. Todos pagaban en cuotas y, cuando yo llegué, empezamos a ver las cuotas y nos dimos cuenta que desde hacía tiempo no se hacía una revisión de los antecedentes socioeconómicos. Como dependíamos de la Pontificia Universidad Católica de Chile, me fui a Santiago y allá vi que las colegas pedían documentos, actualizaban los antecedentes y de acuerdo a eso asignaban los beneficios, y acá eso no se había hecho en mucho tiempo. Yo tenía mi cuaderno, donde anotaba el número de alumnos por año, por ejemplo, «año 1987: 686 alumnos; año 1988: 790 alumnos», para ver cómo había ido aumentando la matrícula. Recuerdo que también teníamos un cuaderno para que los estudiantes que necesitaban trabajar se anotaran. Por ejemplo, poníamos tu nombre y al lado «clases de matemáticas y física» y el número de teléfono de la casa donde estabas viviendo. Y después nos llamaban por teléfono, porque se corría la voz de que se hacían clases de matemáticas o que se cuidaban niños, etcétera. Para trabajar en restaurantes también nos llamaban. En ese entonces recién estaban apareciendo los *pubs* y el estudiante, entre ir a cortar el pasto, hacer clases o estar en el *pub* de garzón, muchas veces elegía esto último, porque en el *pub* pagaban mejor. Ahora, yo le tenía un poco de resquemor a los *pubs*, porque equivalía a traspasar la noche y eso afectaba el rendimiento académico de los estudiantes.

Le cupo a René Ríos Fernández, director de la Sede Regional en la época más oscura (fines de la década de 1980), cumplir un papel central en la misión de rescatar la universidad. Fue la suya una jugada maestra: la creación de cuatro carreras técnicas que contrabalancaran la caída de las pedagogías, una empresa en la que contaría con la asesoría experta del profesor Rolando Vega, entre otros académicos.

El episodio relativo a la creación de las carreras técnicas merece un análisis especial, pues allí se coloca, podríamos decir, el primer ladrillo del área científica en la universidad:

Ya por ahí por el 84 —relata el profesor Rolando Vega—, los sueldos de los profesores eran como los de un obrero calificado, entonces no había

postulantes para estudiar acá en la sede, que era un pedagógico. Se empezó a despedir personal, lo que en el corto plazo iba a significar un cierre por falta de alumnos. Esto me tocó a mí vivirlo personalmente, porque yo era director del Departamento de Ciencias Naturales.

Y ocurrió una innovación, que la aceptó la Rectoría y la aceptó el Consejo Superior en Santiago a petición de la Rectoría, y fue que, para salvar la sede, por este mandato superior se aprobaba la creación de las carreras técnicas. Y a René Ríos, como director, le traspasaron el mandato. Sorteadas todas las dificultades, finalmente se crearon las cuatro carreras técnicas.

Aurora Zúñiga, quien había comenzado su trabajo en la universidad el año 1977 como secretaria del director de sede de entonces, Juan Baldeig, nos cuenta una anécdota acerca de la gesta de las carreras técnicas:

En Santiago se había creado una Federación de Sindicatos de las Universidades Católicas de Chile y el presidente vino acá a invitarme a participar de la Federación. Justo en ese momento don Rolando Vega me conversó sobre el asunto de las carreras técnicas y llegamos a la conclusión de que realmente el documento presentado a la Casa Central requeriría una mejor redacción para expresar a cabalidad la idea principal. Poco después me llamó el presidente de la Federación para decirme que nos había conseguido una entrevista con el rector Juan de Dios Vial Larraín. Yo empecé a averiguar quién era este hombre, para llegar bien preparada a la entrevista. Y en un diario que nos había llegado vi una frase de él resaltada: «Si Dios está con nosotros, qué podrán hacernos los hombres». Tomé nota de esa frase. Así que fuimos Silvia Ocares y yo a la reunión con él. Antes de viajar le pedí a don Rolando que me pasara el proyecto de las carreras técnicas para conversarlo con el rector. Así que llegamos allá para hablar con el rector, estas dos mujeres sindicalistas de Temuco. Y lo primero que le digo es esto: «¿Sabe una cosa, señor rector? Yo no tenía muy buenas referencias tuyas, pero usted en un momento determinado dijo una frase tan hermosa que yo la puse en un cuadrito y la tengo en la oficina. Y esa frase me hizo pensar que valía la pena hablar con usted». Ahí sentí que el hombre descendía del pedestal donde estaba, incluso su actitud corporal cambió. A partir de ese minuto, pudimos plantear con total libertad nuestro proyecto de carreras técnicas e incluso obtuvimos que se aprobara la Pedagogía en Educación Diferencial.

Según el profesor Caamaño, la caída de las pedagogías responde a un momento de profunda depresión del país:

Sí, efectivamente en los años 80 había una crisis del magisterio en general. El sistema de gobierno también tenía bastante oprimido o deprimido el ejercicio pedagógico. Las políticas educacionales eran bastante opresoras. El sistema económico también era bastante duro para toda la sociedad, lo que desincentivaba el que un estudiante que optaba a la educación superior se interesara por algo incierto. Entonces muchas carreras o todas, unas de manera drástica y otras en un grado menor, experimentaron un descenso bastante significativo en las inscripciones y las matrículas. Las cohortes de académicos en distintas unidades también sufrieron bastante depresión. Allí hubo algunas cuantas exoneraciones de académicos, de las cuales una muy significativa fue en el año 1989.

Resulta iluminador, a este respecto, un fragmento del libro *Urgencias* de Yosuke Kuramochi que sin duda responde en el tono justo al momento en que fue escrito:

Cómo lucha un profesor que apenas puede ocultar su preocupación por el presente y el futuro personal de él y de sus alumnos contra el mundo que contraeduca haciendo que todos apetezcan las mismas cosas, que todos reproduzcan el mismo patrón de conducta en un consumo, que de ningún modo atiende a lo más específico y trascendente del hombre original.

Se terminaba la década de 1980 y la historia de Chile parecía acercarse a un abismo sin fondo. Sin embargo, la Sede Regional Temuco de la Universidad Católica de Chile y también el país pronto podrían disfrutar de esos momentos de esplendor que pocos años antes se veían tan lejanos. Como uno de los actos casi premonitorios para la historia de la universidad en su transición hacia la autonomía y la ganancia definitiva de su actual nombre, mencionaremos precisamente la inauguración de la Aula Magna, el 15 de diciembre de 1990, paralela a esa otra gran inauguración: el retorno a la democracia.

Ya se hallaba a la vista el «destete» como una posibilidad real de madurez, de independencia en todos los ámbitos. Al interior de la univer-

sidad surgió una cohesión muy grande, se generó una suerte de hermandad en defensa de lo propio en un intento de impedir el cierre de esta institución que tenía una misión, características propias y gozaba ya de una cierta resonancia. Hubo diversos actos y manifestaciones en las cuales se planteaba la obligación de mantener la institución viva, había que buscar una solución desde la Iglesia para que no fuera subsumida por la regionalización planteada por el Estado chileno de la época y que proponía la creación de universidades regionales a partir de las sedes existentes. Según esta lógica, la sede de la Universidad de Chile, la sede de la Universidad Técnica —ambas en Temuco— y la sede de la Universidad Católica deberían haber formado una sola universidad, por decreto. En ese momento, monseñor Contreras jugó un papel importante en defender la autonomía de la sede regional de la Universidad Católica. Finalmente, la fusión de la sede de la Universidad de Chile con la sede de la Universidad Técnica fue la base para conformar la Universidad de La Frontera de hoy, mientras que sobre la sede regional de la Universidad Católica siguió pesando por un tiempo el fantasma del cierre (incluso, dado que ya se había creado una universidad regional, existía la posibilidad de ser absorbida por ella, con lo cual se perdería toda posibilidad de desarrollo).

Los últimos acordes del segundo movimiento de esta *Sinfonía para una historia* comienzan a desvanecerse mientras, a lo lejos, ya se dejan oír en forma de tímidas ráfagas de violín y trompeta los primeros sonidos del movimiento número tres, *Scherzo. Allegro*. Corresponde aventurarnos ahora en esta importante etapa de nuestra sinfonía que equivale aquí a negociación, equivale a inteligencia, equivale a visión, equivale a coraje. El proceso de búsqueda de la autonomía, en muchos aspectos, fue una página hermana de aquella escrita el 8 de septiembre de 1959: allá era monseñor Alejandro Menchaca Lira y toda una ciudad vibrando en un unísono pleno; acá, monseñor Sergio Contreras Navia y toda una comunidad universitaria resonando también en la misma cuerda. Ya lo hemos sugerido en estas páginas: a la historia, como a la música, le gustan las simetrías, la reexposición de temas y motivos, el traer desde el fondo del pasado una escena, un gesto decisivo, actualizándolo según otras claves, quizás para ayudarnos a nosotros, animales de mala me-

moria, a entender que una obra de largo aliento no nace de la nada, sino que es el resultado de una dilatada serie de esfuerzos, no todos visibles.

Las dos vías

La pregunta de si estaban dadas las condiciones para que la Sede Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile se transformara en Universidad Católica de Temuco se puede responder al examinar la secuencia de los hechos.

Por una parte, ante la dificultad que existía para mantener las carreras de pedagogía a fines de la década de 1980 se crean las cuatro carreras técnicas. Por otra, comienzan los primeros ejercicios de evaluación de productividad de las sedes universitarias. Dadas las características de los profesionales que trabajaban acá, que hacían clases e investigación la mayoría sin tener un grado académico —difícil de obtener en Chile en ese momento—, la sede regional (las sedes regionales, más bien) no contribuía a mantener los buenos niveles de producción académica de la Pontificia, que se había desarrollado con largueza gracias al perfeccionamiento de sus académicos. Junto con ello, don Arturo Hernández Sallés nos cuenta:

Paralelamente, nosotros queríamos tener más autonomía y poder tomar decisiones de crear carreras —ya que mientras fuimos sede de la Pontificia no podíamos crear ninguna carrera que no fuera pedagogía, excepto estas últimas de nivel técnico—. Entonces, aquí se da el curioso caso de dos intereses distintos que confluyen en un mismo objetivo.

Pero el interés de las autoridades y académicos no estaba centrado solo en la autonomía, sino en las condiciones según las cuales dicha autonomía se produciría. El profesor Caamaño nos regala un relato preciso de ese momento:

Desde 1978 tuvimos en monseñor Contreras nuestro escudo, nuestro respaldo, nuestro piso, nuestro marco, nuestro referente. Yo trabajé varios años con él y sí, tuve interesantes conversaciones a propósito del proceso de autonomía. Él designó a don Óscar Cartagena como su representante en

la comisión negociadora y don Óscar por casi dos años emprendió viajes periódicos a Santiago para distintas deliberaciones. Y monseñor me dijo: «Raúl, es increíble, a veces todo se reduce a números. Y en esto de los números, a veces con varios ceros, pareciera ser un diálogo de paganos». Porque incluso en tiempos de democracia, ya en 1991, también estas negociaciones fueron al Ministerio de Hacienda, con Alejandro Foxley, que fue ministro de Hacienda en el tiempo de Patricio Aylwin. Allí había que negociar en qué se traducía finalmente para la Universidad Católica de Temuco el aporte fiscal directo. Es decir, que a eso que recibía la Pontificia, que era una torta grande, había que sacarle unas lonjitas, unos filetitos. Y ese aporte fiscal directo era el aporte fiscal del erario nacional fijo para cada año de nuestro ejercicio. Entonces esa negociación fue de muchos gallitos. Una operación delicada.

Este periodo de transición se vivió intensamente en la comunidad universitaria, con paneles, seminarios e incluso una representación teatral de defensa de la universidad, a imitación de la monumental obra *La Pérgola de las Flores*. Allí, en esa obra escrita y actuada por los mismos profesores, lo que se defendía era la permanencia de la institución y la valorización de su aporte a la sociedad. Esa representación teatral contó con nutrida asistencia de los académicos, administrativos y estudiantes y fue muy emotiva porque buscó mostrar, utilizando herramientas estéticas y simbólicas, la posición de los distintos estamentos universitarios. Por allí desfilaron en distintas escenas, representadas por diversas personas, el director de la sede, el académico, el auxiliar, cada uno manifestando desde su posición personal que esta sede no podía morir, que no podía desaparecer, que tenía que mantenerse. Fue un momento cúlmine, reflejo del sentimiento profundo que ya la institución había logrado arraigar en las personas que trabajaban en ella.

En 1989 se crea la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE) —«dictada por Pinochet como acto de despedida un día antes de dejar La Moneda», como afirma María Olivia Mönckeberg en *El negocio de las universidades en Chile*— y comienza a hablarse de «libertad de enseñanza», que en la práctica puede leerse como «libertad de mercado en la enseñanza». Según dicho concepto, la universidad es una empresa, y por tanto no solo tiene el deber de autofinanciarse, sino también el derecho

de lucrar con los servicios que ofrece. Como por un canal de riego, se filtraron en el mundo de la educación superior las aguas semánticas de la economía de mercado. «Universidad» equivale a empresa, por lo que hay que hablar de competencia, oferta y demanda, mercado laboral; así, los estudiantes son clientes (más adelante se harían usuales las compras de «cartera de estudiantes» de universidades privadas chilenas por grupos de inversionistas internacionales).

No es difícil percibir el riesgo que entrañaba para la Sede Regional Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile el salto a la autonomía en esas condiciones. El mismo 1989 se celebran las Primeras Jornadas de Educación Indígena (del 10 a 14 de julio), organizadas por la Fundación Instituto Indígena y el obispado de Temuco. Allí, monseñor Sergio Contreras pronuncia un extenso e intenso discurso acerca de los fundamentos doctrinales de la Iglesia para la educación del pueblo mapuche (que luego sería recogido por la revista CUHSO en 1991), mencionando como una de las tareas fundamentales de la Iglesia «la promoción integral del hombre». El obispo alude al Concilio Vaticano II, que en su constitución pastoral *Gaudium et spes* «se plantea el tema de la perspectiva de la nueva cultura universal que se está generando y se interroga acerca del diálogo de esta cultura con la cultura de los pueblos»; un diálogo que el obispo de Temuco buscaba resguardar y activar, ofreciendo un contrapeso, una reserva de «sentido» a la avalancha de conceptos y procedimientos del ámbito empresarial que la LOCE había autorizado y que comenzaban a instaurarse en el mundo de la educación chilena, como un *modus operandi* cuyas consecuencias todavía no podían avizorarse, pero que suponía un cambio en la nomenclatura y en las reglas del actuar universitario.

«¿De qué manera hay que favorecer el dinamismo y la expansión de la nueva cultura sin que perezca la fidelidad viva a la herencia de las tradiciones?». Esta pregunta, citada y comentada por monseñor Contreras en su discurso, podría darnos también la pista de algunas de las decisiones importantes que se tomarían más tarde, recién lograda la autonomía, como la creación de la Pedagogía en Educación Intercultural y la reposición de la carrera de Antropología. La nueva universidad no sería tal en el sentido sancionado por la LOCE —una universidad abierta

a todos los requerimientos del moderno capitalismo—,⁵ sino que se preocuparía, en primer término, de que el dinamismo propio de la cultura universal, impulsado por la velocidad y la tecnología, no lesionara la fidelidad a la herencia cultural de los pueblos originarios y al magisterio social de la Iglesia.

En el mismo discurso, monseñor Contreras cita y comenta un largo párrafo del *Documento de Puebla* —donde se recogen las conclusiones de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (enero de 1979)—, advirtiendo de los peligros de una educación desconectada de la realidad humana viva. Aquí dicho párrafo:

Situación problemática en algunas naciones es la presencia de grupos aborígenes que, no obstante sus valores culturales (formas de organización social, sistemas simbólicos, costumbres y celebraciones comunitarias, artes y habilidades manuales), carecen de formas estructuradas de educación, de escritura y de ciertas destrezas y hábitos mentales, circunstancias que los marginan y mantienen en situación de desventaja. Las instituciones educativas convencionales resultan para ellos no solo ajenas, sino poco funcionales, pues suelen operar como mecanismos de desarraigo y evasión de la comunidad.

La preocupación por la configuración de una universidad distinta, que diera cuenta de la necesidad de integrarse en el dinamismo cada vez mayor de las transacciones socioeconómicas, pero cuidando el valor de base de la cultura originaria, ya estaba en el corazón y la mente del obispo de Temuco en ese año crucial.

Tras examinar el contexto, podemos concluir que el proceso de la autonomía se instalaba en una real encrucijada. Por un lado, podía continuar con el modelo de la Pontificia Universidad Católica de Chile y, o bien mantenerse como una sede pedagógica, o bien convertirse en un instituto tecnológico. Es útil observar que esto último se desviaba completamente del propósito fundacional de monseñor Alejandro Menchaca

5 En palabras de Cristian Aedo y Luis Eduardo González, de su artículo «La educación superior en Chile» para la revista *Calidad en la Educación*: «Se inició así otra etapa que podría denominarse de “la nueva Universidad”, ratificada legalmente en marzo de 1989 mediante una Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE)».

Lira y solo buscaba conservar un modelo sin mayores sobresaltos para la Pontificia Universidad Católica de Chile. Por otro lado, podía asumir el anhelo de monseñor Sergio Contreras de recuperar el sentido inicial de este proyecto diocesano, actualizándolo de acuerdo a los nuevos tiempos, uniendo la vocación educativa original a la ciencia y las humanidades y proyectando hacia el futuro una universidad madura y responsable, autónoma en todos los órdenes. Solo por inercia era más sencillo el camino de continuar al abrigo de la Pontificia Universidad Católica de Chile. En cambio, materializar la idea de monseñor Contreras requería visión y coraje.

El obispo de Temuco ya había previsto que el único camino que hacía justicia al proyecto original era la autonomía y en ese tenor se había dirigido a Roma para solicitar consejo acerca de un posible proceso de negociación de la autonomía jurídica. Ante sus requerimientos, la Congregación para la Educación Católica responde a monseñor Contreras de manera muy explícita:

Excelencia reverendísima,

Nos referimos a la documentación gentilmente enviada por usted el día 27 de marzo, que tenía por objeto la situación de la sede regional de Temuco de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Hemos analizado en extenso y con interés todo el contenido de la documentación enviada y deseamos informar a usted que este dicasterio ya ha comunicado su postura sobre la anhelada autonomía de las sedes regionales en una carta al eminentísimo cardenal Fresno con fecha 16 de noviembre de 1989.

Mediante la presente nos permitimos expresar a su excelencia el punto de vista de esta congregación, expuesto en la mencionada carta. En ella se expresan claramente las siguientes consideraciones:

Por parte de esta congregación no existen dificultades específicas para que las sedes regionales obtengan plena autonomía administrativa y académica; esto en conformidad también con la política de regionalización existente en Chile.

Este dicasterio considera además necesario que la sede central ayude adecuadamente a las sedes regionales en su paso a la plena autonomía, asegurándoles los recursos económicos y el nivel académico.

Los excelentísimos obispos interesados, por lo mismo, podrán proceder a las disposiciones canónicas para constituir las sedes correspondientes, estableciendo los estatutos de las nuevas universidades católicas e informando oportunamente a esta congregación.

Se ponía en marcha, de esta manera, el plan de rescate de la universidad diocesana.

El combate por la autonomía

En una conversación con el redactor de estas páginas, don Óscar Cartagena se refiere a la llamada telefónica que comenzó a cambiar el destino de la sede regional:

El año 89 la sede estaba sufriendo mucho, había muchos problemas. Un día, estando en mi casa, suena el teléfono. Era don Sergio Contreras: «Don Óscar, ¿usted cree que podamos recuperar el control de nuestra universidad?» «Por supuesto», le respondo. «Ya», me dice él, «yo lo voy a nombrar a usted como mi representante ante la Universidad Católica de Chile para que empecemos a discutir este tema, porque he hablado con Roma y están de acuerdo».

Provisto de la autorización eclesial, el 2 de diciembre de 1989 monseñor Contreras expide una delegación, en la que designa a don Óscar Cartagena «para estudiar con la Universidad Católica de Chile el proceso referido al protocolo 1548/89/4 del 16 de noviembre de 1989 de la Sagrada Congregación para la Educación Católica».

Imagínese —continúa don Óscar—, yo soy profesor de Matemáticas, han despedido a la mayor parte de los académicos, pero a mí no me despiden, y aunque en ese momento me salvó el nombramiento, quedo en una situación complicada. Toda la gente me miraba de reojo. En lo práctico, no tenía presupuesto para irme a Santiago y tampoco me gustaba pedirle plata a monseñor Contreras ni a la Iglesia. Creo que solo me pagaban los pasajes. Además, yo tenía que pedir permiso acá al director de departamento y decir «voy a viajar a Santiago, tengo que ir a la Católica enviado por el obispo». Entonces me autorizaban, por supuesto, pero como representante del obis-

po, no como representante de la sede. Y yo llegaba a la Universidad Católica a hablar a una oficina como el representante del obispo de Temuco. Fue un comienzo difícil.

No sería esa la única dificultad en el inicio. Tras nombrar a Cartagena como su delegado ante las autoridades de la Pontificia Universidad Católica de Chile, don Sergio Contreras propuso como estrategia organizar un frente común con las sedes de Talca y Talcahuano, dando por sentado que ambas directivas estarían felices de subirse al barco de la autonomía. No fue así. Tanto la sede de Talca como la de Talcahuano no querían en ese momento dar el salto a la autonomía, pues preferían seguir siendo sedes de la Universidad Católica de Chile.

O sea —dice Cartagena—, nos quedamos solos. Durante un año esta pelea de ser universidad autónoma la dio solamente el obispado de Temuco. Las otras dos sedes entran recién al proceso de autonomía, forzadas por la misma Pontificia, en el año 1991.

Cabría preguntarse ahora, ¿cómo hizo el matemático Cartagena para encontrar la ecuación del éxito al asumir el rol de negociador en circunstancias tan tremendamente adversas? Veamos. Las negociaciones, iniciadas el 18 de diciembre de 1989, discurren por carriles asimétricos. Don Óscar Cartagena debe entrevistarse con dos representantes del rector: el vicerrector académico, Rafael Vicuña, una persona muy grata, y Pedro Morandé, un sociólogo muy importante en esa época con el cual se produjeron repetidas confrontaciones. Al consultar sobre el tema al Gobierno militar, este responde que hay que remitirse a la ley de 1980, de modo que la nueva universidad tiene que crearse mediante una ley. Incluso el Ministerio de Educación envía un modelo de ley, pero advierte que en ningún caso esta universidad derivada iba a tener los mismos beneficios que la Universidad Católica de Chile. La propuesta de Pedro Morandé de que la Sede Temuco se acogiera a la Ley de Universidades Privadas dictada por el Gobierno militar, y que por supuesto no contemplaba aporte fiscal de ninguna especie, fue rechazada rotundamente.

El 17 de enero de 1990 Carlos Cáceres, ministro del Interior, envió al rector Juan de Dios Vial Correa un estudio sobre la posibilidad de sepa-

ración de las sedes, donde señala, en la parte pertinente a la demanda de autonomía jurídica de la Sede Temuco, lo siguiente:

Para los efectos que las universidades existentes al 31 de diciembre de 1980 puedan dividirse en otras casas de estudio, debe procederse de la siguiente forma:

Las universidades privadas, aun cuando deben hacerlo de acuerdo a sus estatutos y les es una facultad privativa, deben registrarse para la creación de nuevos establecimientos en la legislación actual, o sea, por el Decreto Fuerza de Ley 1 de 1980.

Para que las universidades derivadas de las universidades privadas pudieran tener derecho a los privilegios que la ley les otorgó a estas últimas, debería dictarse una ley que así lo disponga.

Por lo tanto, no sería conveniente para las varias universidades que se dividiera una universidad privada de las anteriores al año 1981, porque perderían los beneficios que obtienen como sedes respecto de esta.

Al respecto, Cartagena cuenta: «Ante la dificultad para avanzar, decidimos ralentizar un poco la cosa, porque ya se avizoraba la llegada del gobierno democrático y sentíamos que este favorecería nuestras aspiraciones».

En un ilustrativo escrito, *Antecedentes previos a la fundación de la Universidad Católica de Temuco (años 1989 a 1991)*, escribe don Óscar Cartagena:

1989 y 1990 fueron años muy críticos para la actividad académica y administrativa de la institución. El 23 de enero de 1990 la dirección de la sede procedió a exonerar a treinta y un académicos (dieciocho de jornada completa y trece de jornada parcial), con una antigüedad promedio superior a diez años y con altas calificaciones académicas (tres doctorados y once máster). Este proceso se realizó sin consulta a los organismos colegiados de la sede ni a las comisiones de evaluación académica. La mayoría de los académicos afectados correspondía a áreas de gran interés (educación, ciencias sociales y ciencias básicas) para el proyecto universitario que la Iglesia de Temuco deseaba establecer. Esta exoneración se sumaba a una anterior efectuada en 1986 en los mismos términos y que alcanzó a los miembros de la di-

rectiva de la Asociación de Académicos y a todos los integrantes del Centro de Investigaciones Sociales Regionales, clausurándose esta línea de estudios.

El profesor Ciro González, uno de los afectados por la masiva exoneración del año 1990, recuerda que al momento del cierre «el Técnico Universitario en Programación Computacional llevaba por lo menos dos años como carrera, con buenos ingresos, por sobre setenta alumnos». El miércoles 24 de enero, el titular de *El Diario Austral* se hace eco de la bullada exoneración (tengo a mi lado el recorte, que me regaló el propio don Óscar Cartagena): «Drásticas medidas en sede local. Exonerados 31 profesores UC. Decisión afecta al 60% del personal académico».

El 25 de enero, el director René Ríos da a conocer la decisión de convertir la Sede Temuco en un instituto tecnológico, un poco en sintonía con la idea del rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Juan de Dios Vial Correa. Esto, según don Óscar Cartagena:

Iba absolutamente a contrapelo de lo que el año 59 había planteado monseñor Alejandro Menchaca y lo que quería don Sergio Contreras, pues dejaba fuera todo lo que más le interesaba a la Iglesia, como el área educacional y las ciencias sociales. El proyecto que estaba planeando la Universidad Católica de Chile con las autoridades de la sede no tenía nada que ver con el proyecto que quería desarrollar don Sergio, quien resonaba en el mismo espíritu de Menchaca Lira: crear una institución fuerte de la Iglesia al servicio de la región.

Monseñor Sergio Contreras, en una declaración pública dada a conocer el 30 de enero por *El Diario Austral*, expresa su pesar ante el rumbo que tomaban los asuntos de la sede:

Ausente de Temuco la semana pasada, a mi regreso me he enterado de la magnitud que ha tenido el tercer proceso de exoneraciones que ha sufrido la sede de la Universidad Católica de nuestra ciudad.

Lamento esta situación, no solo por la forma en que se realizó, sino porque se ha reducido casi a la mitad la planta de profesores. Académicos de excelente calificación para dar a la sede un adecuado nivel universitario y asegurar su catolicidad han debido interrumpir una labor para la que sentían especial vocación.

Me parece conveniente aclarar que la dirección de la sede no es de la confianza del obispo de Temuco, sino del rector de la Universidad.

El tono de esta última frase expresa una situación de quiebre inminente que explica, en gran medida, la decisión de monseñor Contreras de pasar decididamente a la acción a fin de evitar que la sede cerrara o, peor aún, que se convirtiera en algo totalmente distinto al propósito fundamental con el que fue concebida.

En el decurso de la sinfonía histórica, había llegado el momento de acelerar el tempo de la orquesta.

CAPÍTULO III

Nueva autonomía (1990-1999)

(*Scherzo. Allegro*)

El destete

El 11 de marzo de 1990, la historia da un giro. Patricio Aylwin se convierte en el primer presidente democrático tras diecisiete años de gobierno militar. El obispo Jorge Hourton, quien un año después asumiría como el primer rector de la refundada Universidad Católica de Temuco, relata el momento en su fascinante autobiografía —*Memorias de un obispo sobreviviente*—, con su muy particular estilo:

Gran fiesta en el país cuando don Patricio, en el nuevo Congreso de Valparaíso, se ciñe la banda presidencial, que le entrega de malas ganas un Pinochet que apenas puede creerlo. Pero el ladino se sonríe de todos modos, porque le quedan muchas cuotas de poder en la manga.

Tal como anticipaba don Óscar Cartagena, con la llegada del gobierno democrático cambia el ritmo y también el tono de los diálogos en pos de la autonomía. Hay un cambio de actitud en el rector de la Pontificia, quien incorpora en la discusión a las sedes de Talca y de Talcahuano, mientras que el Ministerio de Educación asume la responsabilidad de coordinar esta tarea. Ahora las reuniones no son bipersonales con personeros de la Universidad en Santiago, sino que hay que ir al ministerio y tratar el tema delante de una comisión.

El 8 de julio de 1991 se celebró en Santiago una reunión trascendental con la asistencia de los obispos diocesanos de las sedes de Concepción y

Talca, junto a monseñor Sergio Contreras. También participaron el ministro de Educación, Ricardo Lagos Escobar, el ministro de Hacienda, Alejandro Foxley, el subsecretario de Educación, Raúl Allard, el asesor de Educación, Alfonso Muga y el senador Máximo Pacheco.

Una de las situaciones más complicadas que enfrentó la negociación —explica don Óscar Cartagena— tuvo que ver con algo que nos dolió mucho a nosotros, me refiero al traspaso del pasivo. «Ustedes tienen un pasivo grande», me dijo el vicerrector académico. «En 1986 se fueron como treinta académicos y ahora se siguen yendo, y otros se van a ir más adelante. Ese pasivo lo asumen ustedes». O sea, ellos estaban echando profesores nuestros y nos iban a trasladar ese pasivo cuando nos traspasaran la sede. Ocurre entonces que, cuando llega el traslado de los activos, no había ningún activo realmente. Nos traspasan todo el pasivo y, al fijarme bien, veo que ese pasivo eran todas las indemnizaciones que hubo que pagar a los profesores de acá. Nosotros nacimos con un pasivo que tenía que ver con esa situación puntual.

Después de muchas discusiones, el aporte fiscal se calculó a partir de un promedio. Del 100% del aporte que recibía la Pontificia Universidad Católica de Chile, ellos se quedan con el 93%, le dan el 1,5 a Maule y el 2,3 a Concepción. El 2,6 —el mayor— lo conseguimos nosotros. Con ese aporte directo nacimos, porque el Estado no nos dio ningún dinero especial para el aporte directo. Esa tajadita hubo que pelearla. Yo recuerdo haber conseguido una décima más a última hora, porque Fernando Moreno, que era de la antigua administración de René Ríos, me pasó un dato de un aporte especial que había y yo tenía derecho a pedir. Así es que lo pedí y a regañadientes lo concedieron. Era una décima, pero esa décima favoreció a todas las sedes. Yo recuerdo haber hecho esa gestión que sirvió para todos.

Recapitulando, observamos que la recuperación de la autonomía se origina, pues, en aquel gesto solitario de monseñor Sergio Contreras, aquella carta de marzo de 1989 a Roma que recuerda, como un eco, el arrojo y la casi temeridad del gesto fundacional de monseñor Menchaca Lira treinta años antes. Otra vez escuchamos aquí la melodía original, pero declamada en un nuevo tono, con una nueva circunstancia histórica como telón de fondo. Otra vez un obispo de la diócesis de Temuco reúne la energía para torcer el rumbo de los acontecimientos, para saltarse el orden de las cosas y atreverse a dar pasos ahí donde aún no hay cami-

no. Cómo no recordar aquí la Primera Epístola a los Corintios: «Ahora vemos por espejo, oscuramente; más entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido».

Continuemos examinando la secuencia de acontecimientos. 24 de mayo de 1990, monseñor Contreras envía una carta al rector Juan de Dios Vial Correa y en esa carta recoge el espíritu que animaba aquella histórica demanda. Por su importancia, consideramos pertinente citarla en su totalidad:

Señor rector:

El profesor Óscar Cartagena Polanco, a quien he delegado para las tratativas con la universidad acerca del traspaso de la sede de Temuco a la diócesis, me ha solicitado le escriba a usted manifestando oficialmente las intenciones del obispado acerca de este tema. Tanto el señor Vicuña como el señor prorector le manifestaron que la única sede que no habría cumplido con este trámite es Temuco.

Hoy se ha reunido el Consejo de Presbiterio, al cual he informado de esta petición, y acordó el siguiente pronunciamiento:

La diócesis de Temuco desea examinar las condiciones en las que se pueda recuperar la Universidad Católica creada por el obispo Alejandro Menchaca, que fuera confiada en lo académico a la Universidad Católica de Chile y que desde 1974 permanece como sede de dicha universidad.

Se aceptará asumirla con plena autonomía de la Universidad Católica de Chile siempre que una legislación especial permita lograr dos condiciones fundamentales:

Que sea una entidad de estudios superiores propiamente católica, con posibilidades de desarrollar carreras significativas para la Iglesia, como son las del área social, especialmente las pedagogías.

Que las condiciones económicas sean semejantes a las que tenía antes de la anexión de 1974 y la hagan actualmente viable.

Conocidos los resultados entre la universidad y el señor Óscar Cartagena, delegado por el obispo para preparar los antecedentes a la resolución, el Consejo de Presbiterio se reunirá para acordar las gestiones que haya de realizar el ordinario de lugar para perfeccionar el traspaso.

Saludo atentamente a Ud. y hago votos al Señor por la importante labor que le cabe desempeñar.

Sergio Contreras Navia, obispo de Temuco.

Hay varios detalles en esta carta que no pueden pasarse por alto. Primero, se habla no de crear una nueva universidad, no de transformar una sede en una institución autónoma, sino de «recuperar» la Universidad Católica creada por Alejandro Menchaca Lira. El nombre de Universidad Católica aquí no se refiere, por supuesto, al nombre original del decreto; monseñor Contreras está manifestando, con toda la sutileza que las palabras pueden otorgar a un alma sensible y a un intelecto entrenado, que el obispo Menchaca Lira fundó una universidad desde la diócesis de Temuco y, por tanto, esa universidad por principio ya es católica. Pero también se señala que esa universidad católica se perdió debido a circunstancias diversas y que ahora la quieren de vuelta. Luego, se deja en claro que aquella universidad católica original ya era autónoma económicamente, disolviéndose después esa autonomía en la condición de sede. Por tanto, también se quieren recuperar las condiciones económicas que se tenían «antes de la anexión de 1974». *Anexión*, reparemos en ello, no es una palabra inocente.

Luego de algunas vueltas, el 12 de septiembre de 1991, finalmente, aquel gesto señero de monseñor Sergio Contreras da merecido fruto. En una carta a José Pablo Arellano, director de presupuestos del Ministerio de Hacienda, el por entonces rector subrogante de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Pedro Morandé Court, escribe:

Tengo el agrado de informar oficialmente a usted que, en cumplimiento de lo dispuesto por la Santa Sede Apostólica, los respectivos obispos diocesanos de Talca, Concepción y Temuco han erigido canónicamente y con arreglo a la legislación común la Universidad Católica del Maule, la Universidad Católica de la Santísima Concepción y la Universidad Católica de Temuco, a partir de la división de la Pontificia Universidad Católica de Chile respecto de sus sedes en las diócesis referidas.

A continuación, en una tabla adjunta a la carta, se desmenuza la distribución de los presupuestos internos, resultando en un total base de 93,51% para Santiago, 1,51% para el Maule, 2,36% para Concepción y 2,62% para Temuco. Se había producido el destete; la Universidad Católica de Temuco entraba en el futuro con luces propias.

Desde la otra vereda

Hablar con Raúl Allard es asistir a un encuentro con la historia. Sorprende la energía y precisión con la que don Raúl combina estadísticas y cifras, denotando una emoción similar a la de un violinista eximio al hablar de su pieza favorita de Mozart o Paganini. A él, justamente, le cupo un papel decisivo en la gesta de la autonomía de la UCT, desde la otra vereda, como subsecretario de Educación en el gobierno de Patricio Aylwin:

La Universidad Católica de Temuco nació como universidad autónoma en la década en que recuperamos la democracia —nos relata—. Llegamos al gobierno el 11 de marzo de 1990 en medio de una gran expectativa nacional para superar la dictadura (el día anterior, el gobierno militar había publicado la LOCE, Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza, y pocos días antes había aprobado la creación de numerosas universidades privadas). Había muchas deudas pendientes con el mundo universitario, habían bajado los aportes a las universidades del Consejo de Rectores en un ámbito de desregulación y muchos profesores fueron excluidos arbitrariamente. Yo mismo estuve muchos años en esa condición.

Por ese tiempo, se tuvieron que adoptar muchas líneas de redireccionamiento de las políticas heredadas, partiendo por un diálogo y respeto mutuo entre Ministerio de Educación y universidades, una necesaria tarea después del apagón cultural y educacional. A don Raúl le correspondió instalar el Consejo Superior de Educación, creado por la LOCE el 19 de julio de 1990. Por otro lado, el Ministerio asumió el rol supervisor de la educación superior privada en un contexto de diversificación y racionalización. Igualmente, en un primer momento, se facilitó la designación de rectores en las universidades estatales con consulta a las propias universidades, terminando así con el sistema de rectores delegados; más adelante se dictó la Ley 19.305 sobre la elección de rectores en dichas universidades.

Una de las líneas que se impulsaron desde el primer día y durante toda la década fue la regionalización de la educación superior y universitaria. A partir de marzo de 1990, se apoyó el desarrollo de las uni-

versidades en regiones, en especial las nuevas universidades estatales, derivadas de las originales (la Universidad de Chile y la ex Universidad Técnica del Estado).

Estas casas de estudios existían con muchos déficits y estrecheces —continúa relatando don Raúl Allard—. Entonces, y situándonos en 1991, la idea de la creación de la UCT y las otras dos exsedes de la PUC como universidades en regiones, autónomas e independientes, encontró un terreno fértil, pues este proceso pasó a ser parte de una política de regionalización en curso.

En mi caso personal, conocía desde mucho antes las sedes regionales y sentía un profundo respeto por su labor. En 1969, durante el proceso de reforma, me correspondió cofundar como rector de la UCV (actual PUCV), junto al rector Jaime Chiang de la UTFSM y el vicerrector de la sede de la Universidad de Chile en Valparaíso, Juan Araya Villarroel, el Consejo de Rectores de Universidades de Valparaíso (CRUV), que existe hasta hoy. Nos presidía el vicerrector de la Universidad de Chile en Valparaíso (actual Universidad de Valparaíso) y había una auténtica comunidad universitaria en esa sede, como la había en la UCT con anterioridad a la autonomía en 1991. Es bueno señalar, entonces, que no se trataba de un proceso lineal: no todas las sedes están destinadas a ser universidades autónomas.

Respecto del rol específico del Mineduc en el proceso de creación de la UCT en 1991, como adelanté, acogimos con interés el proceso de separación de las sedes de la PUC que se nos planteó, dado que era congruente con los esfuerzos del Gobierno por la regionalización. En primer lugar estaba el tema de si se podían considerar estas tres universidades como derivadas de la PUC legalmente, como lo eran las universidades estatales regionales que ya mencioné. Los estudios del Departamento Jurídico del Ministerio concluyeron de modo positivo: se habían dictado diversos decretos-leyes y reglamentos del régimen militar que se referían a universidades estatales derivadas, pero también había normativas que trataban de universidades derivadas en general, lo que cubría a la PUC como universidad existente al año 1981 y a sus sedes que se derivaron en universidades, como la UCT.

Otro punto de interés era que, al pasar a conformar estas universidades un conjunto con las demás tradicionales, participaran también en el Consejo de Rectores de Universidades Chilenas (Cruch). Esto era complejo, por cuanto, desde su creación en 1954 por la Ley 11.575 —en estricto sentido

es una repartición pública—, la propia ley designaba taxativamente sus miembros. Al comienzo fueron integrantes del Consejo las universidades estatales y particulares de carácter público de la época (ocho universidades en los años que me desempeñé como rector de la PUCV, desde 1968 hasta la intervención en 1973).

Durante el régimen militar, el Cruch, por el Decreto con Fuerza de Ley 2 (Decreto Oficial del 21 de enero de 1986), fue objeto de una reestructuración. El Ministro de Educación pasó a presidir el Consejo en vez del rector de la Universidad de Chile y aumentaron sus miembros con las nuevas universidades estatales derivadas y con institutos profesionales y academias de ciencias pedagógicas que más adelante fueron también universidades. A comienzos de 1991, veinte universidades formaban parte del Cruch, catorce estatales y seis particulares de carácter público, todas mencionadas en las respectivas reformas legales.

En este contexto —concluye don Raúl—, y ante la imposibilidad de una reforma legal rápida (eran numerosos los proyectos en trámite del Mineduc en sus distintos niveles), el Ministerio optó por recomendar al Consejo de Rectores la admisión de los rectores de las tres nuevas universidades —Universidad Católica de Temuco, Universidad Católica del Maule y Universidad Católica de la Santísima Concepción— en la categoría de «invitados permanentes» al Cruch. Me correspondió transmitir esta sugerencia, que fue muy bien recibida y aprobada. Recuerdo el apoyo del rector Jaime Lavados de la Universidad de Chile y también de quienes eran rectores de universidades situadas en las mismas ciudades de los tres nuevos planteles: Heinrich von Baer de la UFRO, Augusto Parra de la Universidad de Concepción, Roberto Goycoolea de la Universidad del Bío-Bío y Álvaro Rojas de la Universidad de Talca.

En busca de un rector

Pero volvamos por un momento, en la máquina del tiempo, a un año atrás. Como un buen ajedrecista, usando su intuición fina mientras avanzaba el proceso de autonomía, monseñor Contreras había estado moviendo algunas piezas para traer a Temuco a uno de los personajes más brillantes de la Iglesia chilena, que durante el gobierno militar se había caracterizado por su estilo confrontacional, desafiante, dueño de

un verbo afilado y preciso, capaz de denunciar cada una de las triquiñuelas de las autoridades de manera directa pero nunca burda. Hablamos de un pensador lúcido y refinado, de un filósofo de múltiples registros: el obispo Jorge Hourton.

En sus *Memorias de un obispo sobreviviente*, el propio Hourton relata el encuentro con monseñor Contreras, en un apartado titulado «Temuco en perspectiva»:

El martes 13 de noviembre, en medio de las charlas y artículos sobre la democratización, el militarismo y la deuda externa, Sergio Contreras, obispo de Temuco, me invita a cenar en Cienfuegos, sede de la Conferencia Episcopal de Chile. Están también Carlos González y Carlos Camus, y el tema es mi «situación». En la conversación y chequeo de soluciones, Sergio dice de pronto: «¿Tú no te irías a provincia, no?». No sé qué contesté, tal vez encontré que no era una oferta formal, pero en la noche me desvelé y pensé: «¿Por qué no? En provincia del sur fui muy feliz, ¿por qué no ahora?». Dejo en suspenso la idea y renuncio a ir a la Asamblea Plenaria de fines de noviembre, con carta de excusa a Carlos González. En cambio, participo en un seminario de tres días (28-30 noviembre) organizado por el Centro Medellín sobre «¿Nueva economía independiente?». De pronto me decidí y llamo a Sergio a Temuco: «Vente», me dice. El lunes 3 de diciembre tomo un pasaje en el bus de JAC para la misma noche. Me toca una vecina de asiento conversadora que va por tres días a Temuco a vender zapatos. «¿Y usted?», me pregunta. Le contesto: «Voy a buscar trabajo». No capta por qué me río. Efectivamente, vamos a un reconocimiento del terreno y de la gente. Sergio me ha propuesto a su clero como vicario de pastoral y le han dicho que bueno.

¿Sospecharía Jorge Hourton durante ese viaje en bus que su llegada a Temuco para asumir el «trabajo» de vicario general de pastoral sería el peldaño previo de otro «trabajo», el de primer rector de la Universidad Católica de Temuco?

Inauguración del Aula Magna

Poco después de la llegada del futuro rector a Temuco (exactamente once días después, el 15 de diciembre de 1990), tiene lugar un aconteci-

miento trascendente para la institución: se inaugura el Aula Magna de la universidad, proyecto revolucionario diseñado, como todo el campus San Francisco, por el arquitecto Carlos Oyarzún. En dicha ocasión, el rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Juan de Dios Vial Correa, pronuncia un largo discurso, algunos de cuyos puntos vale la pena examinar. Comienza diciendo el doctor Vial:

La obra que inauguramos hoy día tiene un sentido muy claro dentro de la noción moderna de universidad. La universidad tiene que estar abierta a la comunidad, de modo que esta participe de las iniciativas culturales que se gestan en aquella. La universidad debe desarrollar una vida intelectual con variados horizontes, debe atraer la venida de iniciativas culturales de muy diversa naturaleza, puede constituirse en sitio de encuentro de la comunidad en determinados campos. Y no hay duda de que eso es lo que reclama una comunidad nacional que está animada en forma creciente por inquietudes culturales y educacionales de variadas formas.

A continuación, expone de manera precisa algunos desafíos para el futuro:

La educación continuada y la extensión universitaria ocupan un sitio de creciente importancia. Pero ello no es solo el fruto de una lenta maduración de un ideal universitario, sino que es una necesidad impuesta por el avance vertiginoso de los conocimientos y por los rápidos cambios que se registran en casi todos los campos. Lo que un profesional aprendió hace solo diez años ya está parcialmente obsoleto. Nada puede sustituir al tiempo de educación y formación de los primeros años universitarios; pero es igualmente cierto que, si el edificio de la formación profesional construido sobre esa base no es constantemente remodelado y actualizado, él se hace rápidamente inservible. La enseñanza universitaria debe acompañar al individuo durante toda la vida.

Es por eso que obras como esta, que sirven a ese ideal de contacto intelectual entre la sociedad y la universidad, tienen un gran valor, y que nos es profundamente grato poner esta al servicio de la ciudad de Temuco.

Por último, el rector toca el punto sensible: explica las políticas generales de la Universidad Católica hacia sus sedes regionales y las difi-

cultades que han debido enfrentar a causa del inevitable «centralismo», para terminar refiriéndose a la autonomía:

La estructura jurídica de la universidad propende al centralismo y, por mucho que no nos guste el centralismo en sí, no podríamos eludirlo en este caso.

Sin embargo, desde el mes de noviembre del año pasado, la perspectiva ha cambiado por causa de la interesante autorización extendida por la Santa Sede por intermedio de la Sagrada Congregación para la Educación Católica para que las sedes regionales alcancen su plena autonomía como instituciones de la Iglesia, dependientes de los señores obispos diocesanos. Este es naturalmente un problema nacional, que involucra a todas las sedes. No se trata por lo tanto de una situación que ataña solamente a Temuco. Pero, por razón de la forma de financiamiento de nuestras sedes, para seguir en este camino, deberían producirse cambios en la legislación. Las conversaciones preliminares con autoridades de gobierno son muy alentadoras.

Con su proverbial agudeza, enumera el rector Vial en la parte final de su discurso las «varias voluntades involucradas» en dicho proceso de autonomía y los beneficios que cada una recibiría:

Primero, la de las propias sedes, de sus comunidades académicas, que al alcanzar su autonomía podrían desarrollar una multiplicidad de proyectos adecuados a las necesidades culturales y educacionales de las respectivas regiones.

Segundo, la de la Iglesia, que podría contar con ese instrumento insustituible de evangelización de la cultura que son las universidades católicas autónomas, adaptadas a las necesidades de las iglesias particulares.

Tercero, la del país representado por su Gobierno, que podría impulsar de modo muy efectivo el proceso de regionalización y dotar así a varias regiones del país de instrumentos de acción cultural de probada efectividad.

Cuarto, la de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que ha sembrado estas semillas a lo largo del territorio y que vería crecer a partir de ellas árboles frondosos para bien de todas las regiones en las cuales ella tiene presencia universitaria.

Al ver que hay tantas razones de bien público que abonan esta idea y al encontrar la buena voluntad y el interés en tantas instancias de decisión importantes, me siento optimista respecto de esta iniciativa.

Valdría precisar que, respecto del cuarto y último punto, la «semilla» de la Universidad Católica de Temuco no fue sembrada por la Pontificia Universidad Católica, sino por el obispo de la diócesis de Temuco y la ciudad entera, envuelta en un júbilo unánime. Las nóminas de propietarios constituyen la primera —y acaso la más brillante y pura— evidencia de esa siembra y también la prueba más hermosa de vinculación con el medio ofrecida por una institución que considera justamente el vínculo como una de sus principales fortalezas.

Un hecho que tendrá repercusiones en la historia posterior de la Universidad Católica de Temuco es la constitución, el 19 de julio de 1990, del Consejo Superior de Educación. Antecesor legal del ahora Consejo Nacional de Educación (CNED), el Consejo Superior de Educación fue creado como un organismo público autónomo encargado de gestionar el proceso de licenciamiento de las nuevas instituciones privadas de educación superior y aprobar el marco curricular de la enseñanza básica y media propuesto por el Ministerio de Educación.

Como siempre, misteriosamente, por esa serie de canales soterrados con los que la historia traza el rumbo de los pueblos y los individuos, los saltos decisivos de la Universidad Católica de Temuco vinieron acompañados por una respuesta del paisaje, tanto del natural como del social: 1959, creación de la Universidad de la Frontera; 1960, terremoto de Valdivia; 1972, creación de la Sede Regional de la Pontificia Universidad Católica de Chile; 1973, golpe de Estado en Chile. Más, en el momento crucial de la autonomía, los papeles se invirtieron y también el signo de los acontecimientos. Primero habló el país, en 1990, con el retorno a la democracia; y respondió en 1991 la universidad, con la operación autonomía. Lo dice la letra de nuestro himno: «Nace católica en Temuco».

El paso de sede regional a universidad autónoma requirió mucho trabajo. Anita Vargas recuerda esa etapa de transición:

Me acuerdo del trabajo colaborativo que hubo en todas las unidades de ese entonces para lograr la autonomía de la universidad. Tanto en la parte académica como en lo administrativo se trabajó fuertemente. A nosotros nos tocó transcribir una y otra vez los informes, revisar si se habían hecho los inventarios; eran mamotretos de documentos que hubo que preparar para llevarlos allá, a Santiago, y que allá los revisaran y los aceptaran. Toda

la parte administrativa y los académicos trabajaron. Me acuerdo que la señora Gloria Inostroza trabajó mucho en todo lo que es la parte curricular, porque era como empezar de cero. Le tocó mucho trabajo a ella, como primera decana de la Facultad de Educación. Fue un trabajo arduo de máxima exigencia y dedicación.

El 10 de julio de 1991 se logró el traspaso.¹ Y ese primer año como Universidad Católica de Temuco tuvo una matrícula excepcional.

El regreso del obispo pródigo

Unos meses después de anunciarse oficialmente la autonomía, la historia volvía a ejecutar uno de sus giros sincrónicos: los restos mortales de monseñor Alejandro Menchaca Lira llegarían a Temuco para su descanso definitivo a principios de noviembre de 1991. *El Diario Austral* da cuenta del suceso en una serie de eventos y publicaciones. El 1 de noviembre señala:

RESTOS MORTALES DE MONSEÑOR MENCHACA LLEGAN HOY A TEMUCO

Temuco recibe hoy los restos mortales de monseñor Alejandro Menchaca Lira, obispo de esta diócesis durante diecinueve años, para ser sepultados en la cripta de la Resurrección, ubicada bajo el altar mayor de la iglesia catedral.

El féretro llegará primero a la Casa de Ejercicios, ubicada en Bilbao 1025, desde donde serán trasladados en procesión solemne, a las veinte horas, hasta la catedral. La Iglesia católica formuló un llamado a toda la comunidad temuquense y a los católicos en particular a participar en esta procesión a fin de rendir un postrer homenaje al prelado, quien realizó una destacada labor en beneficio del progreso de la ciudad y la región.

El velatorio se realizará durante toda la noche en la cripta de la Resurrección, que se inaugura en la práctica con la llegada de los restos de monseñor Menchaca, que hasta la fecha descansaban en la tumba de su familia en el cementerio católico de Santiago.

¹ La autonomía queda sancionada por el Decreto Eclesiástico 479, emitido ese 10 de julio de 1991 por el obispo de la diócesis de San José de Temuco, monseñor Sergio Contreras Navia.

Según una tradición secular de la Iglesia, los obispos son enterrados en la catedral de la última diócesis donde ejercieron su ministerio [...]. La sepultación se efectuará mañana a mediodía tras un solemne responso fúnebre que seguirá a una misa oficiada por el actual obispo de Temuco, monseñor Sergio Contreras.

En 1960, monseñor Menchaca se estableció en Santiago, donde prestó sus servicios al arzobispado como vicario para las religiosas y capellán y rector de la iglesia del Monasterio de la Visitación. La muerte —por ataque cardíaco— le sorprendió el 21 de julio de 1974 en los momentos en que se aprestaba a celebrar la misa.

Al día siguiente, se realizó en la catedral la vigilia de oración, como consigna el periódico de ese día:

Simbólicamente, el féretro de monseñor Menchaca Lira fue puesto frente al altar y a su lado se encendió un cirio, símbolo de la luz de Cristo que brilla en el corazón de los creyentes, como promesa de la vida eterna.

Sobre la urna se depositó la casulla, mitra, báculo y biblia que el obispo usara en el ejercicio de su ministerio y se efectuó una sencilla ceremonia, con oración participativa de los presentes, entre quienes se contaba a las sobrinas del obispo.

Luego de la lectura del Evangelio, monseñor Contreras invitó a los fieles a reflexionar sobre el sentido de la muerte y recordó que este acto se realiza basándose en la seguridad que otorga la fe sobre la resurrección.

«No queremos ser como los necios —dijo el pastor aludiendo al Evangelio leído— y pensar que la vida termina en la tierra. Para nosotros, existe la vida eterna y este acto carecería de absoluto sentido si no creyéramos que monseñor Alejandro Menchaca Lira está efectivamente presente».

El 2 de noviembre de 1991 se realizó el sepelio del obispo, ceremonia que fue registrada en el periódico del día siguiente:

EN SOLEMNE CEREMONIA SEPULTARON A OBISPO MENCHACA LIRA

Solemne y significativa fue la ceremonia con que finalizaron ayer las exequias fúnebres de monseñor Alejandro Menchaca Lira, quien se desempeñara como cuarto obispo de Temuco, entre los años 1941 y 1960.

En el acto religioso, sus restos fueron depositados en la capilla de la Resurrección, ubicada bajo el altar de la catedral [...].

La despedida ritual fue presidida por monseñor Sergio Contreras, acompañado por monseñor Guido Rodríguez, el obispo Jorge Hourton y el padre Marcos Uribe, además de sacerdotes de las parroquias locales, algunos de los cuales recibieron su ordenación de manos del obispo Menchaca Lira. Ellos concelebraron la eucaristía y luego llevaron el féretro hasta la capilla, para dejarlo en el primer nicho de la pared de la pequeña habitación, recubierta con piedra rosada de Pelequén.

En ese momento participaron también los familiares del obispo, quienes vinieron a la ciudad especialmente para esta ceremonia, y después el lugar fue visitado por los numerosos fieles, religiosas y sacerdotes que concurrieron a la catedral.

Al acto también asistieron autoridades de la Universidad Católica y el gobernador de Cautín, Humberto del Pino.

Con este retorno del obispo Menchaca Lira a la diócesis de San José de Temuco, se cumple una sentida aspiración del clero local, que no se había concretado porque no se contaba con una catedral que albergara los restos del obispo. La anterior fue destruida por el terremoto de 1960 y por esto el cuerpo de monseñor Menchaca Lira no pudo traerse inmediatamente después de su muerte, ocurrida en julio de 1974 en Santiago, donde pasó sus últimos años.

En esa ciudad, estaba a cargo del Monasterio de la Visitación y cuando falleció se le enterró en el cementerio católico, desde donde se trasladaron sus restos el jueves pasado. Las gestiones correspondientes las efectuó monseñor Guido Rodríguez, que conoció y trabajó estrechamente junto al obispo Menchaca Lira en los diecinueve años que él residió en Temuco.

Por esta razón, monseñor Rodríguez se encargó ayer de recordar las virtudes del desaparecido pastor, destacado por su bondad y por obras como la creación de la sede local de la Universidad Católica —nacida como Universidad de la Frontera— y la construcción de la Casa de Ejercicios.

Jorge Hourton: Primer rector de la Universidad Católica de Temuco

Cuenta don Óscar Cartagena que, en conversación con monseñor Contreras, surgieron varias alternativas de nombres, como «Universidad Católica del Sur» o «Universidad Católica de la Araucanía», hasta que

se decidió por «Universidad Católica de Temuco». Pero ya era católica antes de ser decretado su nombre, lo hemos visto. Católica desde la partida, en el gesto valeroso de un obispo, monseñor Alejandro Menchaca Lira, y católica ahora en el gesto valeroso de otro obispo, monseñor Sergio Contreras Navia.

El vicario general Jorge Hourton pasaba el tiempo recorriendo la diócesis de un extremo a otro, gozando del buen ecumenismo de Temuco, según sus propias palabras. Hasta que llegó el momento en que su vida daría tal vez el giro más sorprendente. Lo describe él en sus propias memorias, en un capítulo titulado «Propuesta de Sergio»:

De vuelta a Temuco el viernes 16 de agosto, Sergio me pide que asuma la rectoría de la UCT. Los obispos de Talca, Concepción y Temuco han estado negociando la autonomía de las sedes provinciales de la pontificia santiaguina y el mismo Gobierno, mediante la intervención del ministro Ricardo Lagos, está muy de acuerdo y las agregan a las universidades oficiales del Consejo de Rectores. ¡Para qué decir mi alegría! Por cierto, me gusta mucho y acepto sin dudar. ¡Las vueltas de la vida! ¡Qué bueno es Dios, que lo pone a uno donde va a trabajar con gusto y vocación! ¡Qué bueno es que la cercanía, la amistad y la confianza resuelvan mejor los problemas que la alejada y fría burocracia eclesiástica!

Las cosas partieron muy rápido. Don Óscar Cartagena, uno de los héroes de la gesta de la autonomía y primer vicerrector académico de la UCT, cuenta cómo empezó a gestarse la nueva era universitaria:

Todo era bien intuitivo, no teníamos mucho tiempo para hacer encuestas, para hacer estudios. Debo reconocer que fue un poco espontáneo. Había que crear Agronomía y, como acá ya teníamos distintos técnicos universitarios, estos quedan como salida intermedia y entonces creábamos la licenciatura correspondiente. Agronomía tenía el Técnico Agrícola como salida intermedia y creamos Licenciatura en Agronomía, creamos Licenciatura en Acuicultura y el título de Acicultor, también con su salida intermedia. A la par, empezamos a construir en el campus Norte.

Una de las primeras alegrías del nuevo periodo fue la noticia de que el Gobierno, a través de su Ministerio de Educación, encabezado por

Ricardo Lagos, entregaría a la Universidad Católica de Temuco aportes en dinero para recontractar a los profesores que habían sido exonerados. Así, durante uno o dos años, la recién refundada universidad recibió recursos destinados específicamente a contratar a los profesores injustamente despedidos, sin tener que disponer dineros especiales para ese fin. En total, el Estado financió cerca de veinte cupos. Una de las beneficiadas con esta buena nueva fue la profesora Teresa Durán, quien volvió para hacerse cargo del Departamento de Antropología, cerrado en 1978.

Carmen Gloria Garbarini, profesora del Instituto de Letras de la Pontificia Universidad Católica de Chile, que en marzo de 1995 se integró con media jornada a la Universidad Católica de Temuco y dirigió por varios años la recién creada carrera de Traducción, nos cuenta:

El tiempo de Teresa Durán fue un hito importantísimo, que marcó a esta universidad, que marcó a generaciones, que hizo que muchos estudiantes fueran a terreno, que conocieran la realidad mapuche. Creó una nueva antropología. Fue una lástima su muerte repentina, porque ella ahora debería estar escribiendo, investigando y entregando toda su sabiduría y su conocimiento.²

Con Teresa Durán, vuelve la carrera de Antropología a la universidad tras los catorce años transcurridos desde su clausura en 1978. Es interesante notar que la carrera de Antropología no existía en Santiago, era propia de acá. Y en 1992, con la autonomía, Licenciatura en Antropología es la primera carrera que se recupera, como un símbolo de los nuevos tiempos. También se crea, desde el mismo comienzo, la carrera Pedagogía Básica Intercultural, a la que nos referiremos más adelante.

La importancia de la profesora Teresa Durán para el desarrollo de la antropología en la Universidad Católica de Temuco se revela en algunos detallados testimonios de sus alumnos. Por ejemplo, Gabriela Garcés, quien fue varias veces ayudante de la profesora Durán, nos cuenta:

A la profesora Teresa Durán la conocí en mi primer año de estudios, el 2001, ella hacía Teoría Antropológica. Junto con conocerla y darme cuenta

2 Nacida en 1942, Teresa Durán Pérez falleció en 2011.

de que era una mujer muy severa, con una presencia muy imponente, la impresión fue en mi caso de respeto y también de interés. Ella y un par de profesores más nos enseñaron, más que contenidos, a pensar desde una perspectiva antropológica. Yo creo que ella era como el *hardcore* de la escuela, pues tenía la visión de la necesidad de generar una mirada antropológica acorde con el contexto latinoamericano y de esta región multiétnica y multicultural. Eso en esa época nosotros no lo comprendíamos de esta manera.

Claramente que era una persona con una convicción bien clara y muy exigente académicamente. A mí me gustaba participar hartito en la clase, porque ella daba esos espacios para ir reflexionando y como «construyendo» la clase. Yo quería ganarme su aprobación, ese era un objetivo. Que ella viera en mí alguien que la entendía, porque era un desafío entenderla, por este pensamiento multidimensional que tenía. Y su lenguaje era bastante críptico, sobre todo para primer o segundo año era difícil internalizar la conceptualización antropológica. Tener nota cinco con ella era bueno. Yo tenía cinco.

Desde su rol pedagógico, Teresa Durán nos enseñó a configurar el lente antropológico, esa mirada para poder comprender los fenómenos de la realidad en los cuales nosotros mismos como antropólogos estamos inmersos y en los cuales vamos a intervenir desde la posición laboral en la que estamos. Porque ella se define como «experta en antropología aplicada», entonces eso ya te habla de una orientación, de una vocación. Y de su formación, porque ella fue primero asistente social y eso forma parte de su legado, de este *hardcore*, un compromiso profundo con el medio en el cual estamos. Ella clase a clase nos iba enseñando a complejizar nuestra mirada, primero nos hacía ejercicios para poder comprender a los autores, a los antropólogos clásicos, a Frazer, por ejemplo, con *La rama dorada*.

Ella valoraba mucho el sentido común y muchas clases se destinaron al sentido común. En el sentido común estaba la clave, decía que no lo desvalorizáramos. Entonces, había un componente ético muy importante en su enseñanza, por eso es que este *hardcore* estaba compuesto tanto de tradición antropológica teórico-conceptual, pero también de un fuerte componente ético, de compromiso y de respeto por el otro; comprender al otro desde sus propios referentes, identificar las demandas explícitas y transformarlas en problemas antropológicos. A mí me encantaba. De hecho, yo fui ayudante de ella en Antropología Aplicada. Fui dos veces ayudante en Metodologías Cualitativas de Investigación Social y un año en Antropología Aplicada.

En música se le llama *ritornello* o «pequeño retorno» a breves frases melódicas que se repiten a intervalos más o menos regulares y que permiten al oído reconocer pautas en el discurso sonoro. La historia también posee sus pequeños retornos. Así, en los setenta y ochenta, la universidad se benefició con un programa de regularización de profesores. Como un *ritornello* de esa gesta, se reinstala en los noventa el área fundacional de formación de profesores, con total convicción, más allá de los signos de fragilidad que aún presentaba el sistema.

La autonomía plantearía a la Universidad Católica de Temuco, desde el principio, una serie de desafíos. El profesor Rolando Vega, primer decano de la Facultad de Ciencias Agropecuarias y Forestales, comparte con nosotros su testimonio respecto del impulso que ofrecía este nuevo periodo autónomo:

Hay algo que hicimos bien al final de la época de sede y es que, cuando creamos las carreras técnicas, nosotros los profesores contratamos licenciados. Porque sabíamos que el siguiente paso más temprano que tarde era pasar a las licenciaturas, a las carreras de cinco años, teniendo como base las carreras técnicas. Siempre con la idea presente de que estábamos atrasados, que había que tener más cuerpo, que había que crear buena base, porque la base va sosteniendo lo que viene a continuación. Entonces, evidentemente el grado técnico fue el primer giro como sede de la Pontificia, pero el primer giro de la autonomía fue crear las licenciaturas. Entonces, ahí tuvimos ingenieros en acuicultura, ingenieros agrónomos, ingenieros forestales.

Uno de los pasos más importantes de esa primera época fue la creación de la carrera de Medicina Veterinaria. Don Rolando Vega cuenta que, pese a que había molestia en el Colegio Médico Veterinario, era un paso muy necesario:

Además —explica el profesor Vega— faltaban diez años para el siglo XXI y no podíamos entrar en el siglo XXI mirando al siglo XX. Uno se preguntaba, ¿qué podemos construir hacia adelante? ¿Solo carreras de tiza y pizarrón? Si resulta que el fuerte de esta zona, el sur de Chile, son los recursos naturales; y para generar investigación en los recursos naturales o en la medicina se requiere tener profesionales y laboratorios con equipos. El siglo XXI es un siglo biotecnológico.

El primer rector recibe al primer director

Como a Jaime Arellano, a Jorge Hourton —filósofo como aquel— le interesaba la formación integral del ser humano o, como diría en una de sus encíclicas Juan Pablo II, «el desarrollo de todos los hombres y de todo el hombre»; su ser integral, en todas sus dimensiones, y de todos. *Urbi et orbi*. ¿Podría decirse que con monseñor Hourton volvió el filósofo que era Jaime Arellano?

Para don Jorge Hourton —reflexiona don Raúl Caamaño—, Jaime Arellano no era un desconocido. Obviamente que también conoció su obra, la obra intelectual y la obra directiva. Recuerdo que en el 93 hicimos todo el empeño por tener a don Jaime acá para la clase inaugural y, con ocasión de esa visita de don Jaime y su estancia aquí en Temuco, ambos tuvieron diálogos amplios y extendidos, que permitieron a don Jorge en vivo saber de los avatares de la creación, de la fundación, y traerlos en el tiempo.

El Diario Austral recoge la noticia de esa visita de Jaime Arellano el 31 de marzo de 1993, consignando el título de su charla «Universidad, cambio y permanencia». ¿Qué cambiaba y qué permanecía en la ahora Universidad Católica de Temuco? Sin duda el espíritu, el hálito original que volvía renovado, expresado en esas notas articuladas en 1959 que vibraban ahora con otra entonación, otro fraseo. Jorge Hourton, primer rector de la UCT, filósofo, recibía a Jaime Arellano, primer director de la Universidad de la Frontera, filósofo. ¿Qué cambiaba? En el pie de foto, dentro de la misma noticia, se lee: «Jaime Arellano Galdames, fundador de la institución antecesora de la UCT». Pero ¿era en verdad otra institución? Sí, del mismo modo como la crisálida es un ser distinto que la mariposa y, sin embargo, a ella se debe.

Una orquesta bien afiatada

Las apariciones de Jorge Hourton en la prensa durante esos primeros años de su rectorado —o de su ministerio rectoral, como a él le gustaba decir— eran constantes y copiosas. Y en cada entrevista deslizaba frases punzantes que revelaban al teólogo, al hombre íntegro, al filósofo

de pura raza que había en él. Un ejemplo característico lo encontramos en la amplia entrevista que concedió el 8 de noviembre de 1992 a raíz del primer año de existencia de la Universidad Católica de Temuco. Al consultársele por el tipo de formación que ofrece la universidad, el rector explica en *El Diario Austral*: «Los valores no se aprenden como la ortografía, se integran a la vida. Además, son independientes de la religión. Un hombre recto es recto sin importar su credo». También, para nuestro beneplácito, esgrime un símil musical. En su primer año de vida autónoma, la Universidad Católica de Temuco funciona, según su rector, «como una orquesta bien afiatada. Las “desafinaciones” no son notorias»; comentario muy propio de un rector que se declaraba adicto a Mozart, hasta el punto de que acudió con un magnetófono recién comprado a una función de *La flauta mágica* en Burdeos, ¡en 1974!, para poder grabar su música favorita y reproducirla incesantemente en casa.

A propósito de don Jorge Hourton, la música y Mozart, el exdirector del coro universitario y fundador del Conservatorio de Música de la Universidad Católica de Temuco (hoy Academia de Artes Musicales), Ricardo Díaz, nos cuenta varios detalles interesantes:

Durante los años 1995 y 1996 se nos ocurrió en el Centro de Extensión, dirigido por Roberto Obreque, y en el marco de las Jornadas Musicales de Pucón que realizábamos cada año, hacer un perfeccionamiento para directores de coros nacionales y extranjeros. Y trajimos a destacadas figuras internacionales. El primero fue Juliaan Wilmots, un profesor de dirección coral del Real Conservatorio de Música de Bruselas en Bélgica, que hizo un curso de dirección coral referido al Renacimiento, al que asistieron aproximadamente sesenta directores de coro de todo el país y también extranjeros. Fueron dos semanas de estudio donde, además, nuestro coro universitario fue el elenco base para desarrollar el curso. Y todo eso era firmado por el rector Jorge Hourton, porque, aunque en ese tiempo no teníamos escuela de música, a él le interesaba, era un amante de la música y la había estudiado también. Siempre hablábamos de música y él hacía notar el hecho de que Mozart, no siendo católico, haya compuesto las misas católicas más hermosas de su tiempo.

Nos fue tan bien en ese curso que lo repetimos el año 1996, pero esta vez con un director de coro alemán: Hans-Joachim Rotzsch, profesor de

dirección coral del Mozarteum de Salzburgo, que era nada menos que el decimoquinto sucesor de Johann Sebastian Bach como maestro de capilla de Leipzig. Por lo tanto, hablar con él era conocer la historia de la música de primera fuente. También fue un curso casi de dos semanas y el tema era el Barroco, Barroco alemán y Romanticismo posterior. Fue un éxito, al igual que el del año anterior. Y la certificación está firmada por don Jorge Hourton.

Nosotros siempre lo invitábamos a los conciertos del coro de la Universidad Católica de Temuco y él jamás dijo que no. El año 1999, en Santiago, cuando lanzamos el disco del coro *Paisaje musical chileno* en la sala América de la Biblioteca Nacional y en el Instituto de Chile, monseñor Hourton, que estaba en la capital participando de un Consejo de Rectores, se las arregló para estar en el concierto y se llevó varios discos para regalar. Siempre lo invitamos a las jornadas musicales que hicimos por nueve años en Pucón, organizadas por el Centro de Extensión Universidad Católica de Temuco. Duraron hasta 1998.

En una de esas jornadas trajimos al pianista polaco Alexander Luchevski. Llevamos el piano hasta la falda del volcán y la televisión filmó la interpretación. ¿Y sabes quién es el primero que aparece sentado en una roca al lado del pianista? Monseñor Jorge Hourton. No se perdía ocasión alguna relacionada con la música de lo que hacíamos en el Centro de Extensión. Por lo tanto, eso ya era un signo para lo que iba a venir después: materializar mi idea de que lograríamos hacer un conservatorio, lo que finalmente se concretó en el año 2001, durante el rectorado de don Óscar Cartagena. La última oportunidad en que monseñor Hourton estuvo en la universidad, invitado a las actividades de celebración de los cincuenta años —en septiembre de 2009—, me manifestó que permanentemente escuchaba nuestro CD *Paisaje musical chileno* y lo contento que se sentía por saber de nuestro crecimiento musical universitario, en sus palabras, «ahora que ya tienen conservatorio».

Por su parte, la traductora Carmen Gloria Garbarini recuerda así a Jorge Hourton:

Un tipo crítico, socialmente muy crítico, muy interesante, muy humano. Cada vez que alguien se integraba él lo llamaba y tenían una conversación. Y como le interesaba el tema del francés, de las lenguas, me llamaba varias

veces y conversábamos. Incluso un día en que teníamos problemas con una toma estudiantil me llamó, siendo que yo en ese momento no tenía cargo directivo (después fui decana). Años después de que él se había ido, recibo una llamada suya. Y era solamente para saber cómo estábamos acá, qué estaba pasando, cómo iba la carrera de Traducción. Yo creo que es una persona que hizo mucho por esta universidad y también por el mundo mapuche, porque él en sus discursos lo integra.

Valga mencionar, a propósito, unas palabras de monseñor Hourton en la inauguración de la Séptima Semana Indigenista en 1992, recogidas en *El Diario Austral* el 25 de noviembre de ese año. Valiéndose de una expresión del novelista ruso Fedor Dostoievski, comenta:

Los pueblos indígenas, y el nuestro mapuche, están humillados y ofendidos desde la mayor parte de los quinientos años transcurridos [...], sobre todo —dicen ellos— por los mismos chilenos, a partir de la llamada Pacificación de la Araucanía, con la que se inició el despojo de las tierras y el proceso de pauperización que los dejó al margen de la historia [...].

En la IX región, la realidad objetiva del pueblo mapuche no es solo [un problema] científico-ético, sino también político; no en el sentido estrecho que se refiere a los partidos políticos [...], sino a la atingencia al bien común, a las exigencias de la justicia y de la dignidad de los connacionales.

En esta expresión, publicada por *El Diario Austral* en noviembre de 1992, deslizaba monseñor Hourton una distinción del sociólogo Joseph Folliet, citada por él mismo en sus memorias y que nos parece muy pertinente por su actualidad. Se refiere a:

La diferencia entre el partidismo político, que es más bien ideológico y sectario, y el civismo, que es más bien la adhesión ética a los intereses del cuerpo social y a la promoción de su bien común. Ahora que el civismo ha desaparecido del vocabulario común y sociológico, ¿no será porque lo político asumió una ambigüedad [...] que daña a la ética y conduce a la corrupción?

Un mes antes, en su homilía del 12 de octubre de 1992, quinientos años después de la llegada de los españoles a América, monseñor

Hourton se había expresado de manera muy clara y sin ambigüedad de ninguna índole: «Admiremos y respetemos la dignidad humillada del pueblo mapuche, expoliado, marginado y sometido». Comentando la Ley Indígena que se encontraba por entonces en el Parlamento, como reproduce *El Diario Austral* del día siguiente, expresa que la Iglesia ha recomendado la Ley Indígena como «un primer paso de justicia, equidad y saneamiento de profundas heridas del pueblo mapuche».

El profesor Raúl Caamaño, quien fue presidente de la Asociación de Académicos de la Universidad Católica de Temuco en esos primeros tiempos de autonomía, cuenta cómo en una de las asambleas algunos alzaron la voz para protestar porque el primer rector de la refundada institución había sido designado por el obispo y gran canciller. Además, surgía una pregunta: ¿por qué no designó un académico? Caamaño reflexiona sobre esa decisión:

El obispo confió la rectoría de la UCT a un hermano en el episcopado, a un intelectual, a un filósofo y a un hombre de reconocido valor en la defensa de la sociedad y de las personas. Don Jorge sin duda ejerció un rectorado *sui generis*, desde su perspectiva. Pero no cabe duda de que él sí sopesaba, sí meditaba, no se regía por patrones pragmáticos, económicos, de más y de menos, sino que pensaba en la persona y, si había que afectar, buscaba afectar en muy menor grado a la persona. [...] Era un hombre de diálogo, de escucha, que no rehuía el debate, que hacía todo el humano esfuerzo que le daban sus capacidades para escuchar, dialogar, y obviamente también hacía lo posible porque se escuchara su opinión, su pensamiento.

Así como la visión de Alejandro Menchaca Lira adquiría forma en el pensamiento y el accionar de Jaime Arellano, la visión de monseñor Sergio Contreras se entrelazaba con el pensamiento y accionar de Jorge Hourton, respaldado por la silenciosa y eficaz labor de Óscar Cartagena. Al consultarle acerca de la idea de universidad de monseñor Contreras, dice el propio Cartagena:

Era un poco renovar el proyecto de Menchaca Lira. Una institución de Iglesia, en la región, con atención a lo que es la población regional y como una atención al pueblo mapuche, muy centrado en el desarrollo de las cien-

cias sociales, de las humanidades, también otras cosas. Pero el corazón estaba ahí, en la educación, en la formación de personas, y personas integrales.

Me animo a preguntarle:

—Recordando esa época suya como vicerrector académico durante el rectorado de don Jorge Hourton, ¿de qué cosas se enorgullece?

—De que el espíritu de comunidad seguía existiendo y yo sentía mucho el respaldo de la gente de Ciencias Básicas, como Osvaldo Rubilar, como Teresa Durán, toda esa gente que se aglutina en torno a este proyecto y lo respalda. Logramos recuperar una idea que en la sede se había perdido; aquel aliento que existió en las Escuelas Universitarias de la Frontera nuevamente flota acá. Adalberto Salas, un gran académico, me ayudó y me asesoró mucho en algunas de las gestiones. Por ejemplo, de pronto se nos ocurre: hay que crear Traducción. Eso es bastante intuitivo. Y sí, hay que crear Traducción porque viene todo un desarrollo del país en esta área. Entonces, ¿a quién traemos para armar la carrera de Traducción?

Descubrimos que había una profesora de la UC que se vino a vivir a Villarrica y la fuimos a buscar y la trajimos. ¿Su nombre? Carmen Gloria Garbarini. Así logramos que en cada área hubiera personas que creyeran en el proyecto. Y no venían solo por dinero, pues nosotros pagábamos, casi seguro, los sueldos más bajos del sistema. O sea, era fácil que una persona fuese tentada para irse a otra institución. De hecho, en esos primeros seis años se empiezan a instalar las universidades privadas y empiezan a sacarnos gente. Teníamos un muy buen académico en Agricultura, un hondureño, que se fue a la Universidad Mayor, me acuerdo, porque le ofrecían un cargo. Y eso empezó a ocurrir. Pero en general la comunidad era muy comprometida con el proyecto, lo cual es muy satisfactorio.

Por otro lado, en los primeros años con don Jorge tuvimos bastante actividad estudiantil complicada. Las demandas por beneficios eran serias. Porque ahora hay muchos más beneficios, pero en esa época conseguir becas de alimentación y cosas así era difícil. Había que ir y pelearla en el ministerio.

En esta etapa es importante mencionar la figura de Pedro Bakovic, quien daría un giro a la administración de las finanzas de la Universidad Católica de Temuco y a su proyección en infraestructura. Escribe

monseñor Hourton en sus memorias que Pedro Bakovic era «ingeniero comercial UC (pero no Chicago boy)»:

Trabajaba en el Banco Edwards de Santiago. Allí lo fui a buscar e hicimos inmediatamente buenas migas. Se vino a Temuco feliz porque su formación jesuita lo inclinaba a la universidad. Con Pedro la administración se fue para arriba y conseguimos mejores condiciones para los créditos. Tanto fue así que, en lugar de tener que vender el campus Norte o achicarlo, lo consolidamos y pudimos seguir edificando en él. Y en lugar de vender Menchaca Lira (yo me opuse terminantemente a unas conversaciones iniciadas por Schulthes para su venta), refaccionamos a fondo toda su estructura y se edificó una hermosa sala de exposiciones.

Durante la última década del siglo pasado, que en Chile fue la década de la vuelta a la democracia, pero también la década de la implantación del modelo, comenzaría a intensificarse la tensión entre los números y los valores, valores que ahora también participarían de una doble y compleja nomenclatura: por un lado, el valor como sustancia de la ética; por otro, el valor de la bolsa de valores. El mismo rector Hourton, en su entrevista con *El Diario Austral* de noviembre de 1992 ya citada aquí, ofrece un inmejorable análisis de la situación:

Formamos parte de un sistema universitario que no depende de la Iglesia católica y que se ha establecido por el liberalismo reinante, que considera a la educación como un consumo. Felizmente, esa idea está matizada por el criterio social de un Estado democrático que asume también sus deberes frente al derecho de la población a la educación. Existen becas y créditos que facilitan el acceso a la universidad, pero sus fondos deben ser repartidos entre muchas necesidades y los particulares también deben aportar.

La génesis de la Facultad de Educación

Con el propósito de prolongar, según las nuevas circunstancias, el espíritu diocesano y pedagógico del proyecto de Alejandro Menchaca Lira, que Sergio Contreras había venido a reflotar con ayuda de la comunidad

académica en los difíciles últimos años de la década de 1980, se fundó la Facultad de Educación, conducida por la profesora Gloria Inostroza de Celis, pedagoga e investigadora con un largo camino como alumna y académica en la universidad. Conversamos extensamente con ella acerca de su trayectoria en la Universidad Católica de Temuco y sus desafíos como primera decana de la Facultad de Educación:

—Fui una de las primeras mujeres decanas en Chile —relata la profesora Inostroza—. Era relativamente joven, tenía cuarenta y un o cuarenta y dos años, y sin embargo me escuchaban, pese a que todos a mi alrededor eran bastante mayores que yo. Y que dos obispos hayan confiado en una mujer joven, eso también nos dice que eran visionarios. Para construir la facultad tuvimos que trabajar mucho, porque antes era solo departamento. Recuerdo que para echar a andar las prácticas, como decana y coordinadora de las prácticas, que es una de mis líneas académicas, la primera vez presencié los exámenes orales de todas las carreras. Porque era tal la responsabilidad que yo quería saber cómo estaba cada alumno. Estuve cerca de quince días de corrido escuchando exámenes. Y escribí dos libros sobre la experiencia. Eran nuestros primeros años y estábamos redactando los reglamentos para todo. Había que estar ahí, no podías enviar un reemplazante.

—Usted llegó a ser decana tras un largo recorrido en la institución. ¿Cuál era su visión de la universidad en el momento de asumir el importante desafío de liderar la construcción de la Facultad de Educación?

—Quisiera comenzar destacando dos ideas que, surgiendo en el mismo origen de esta universidad, se desarrollaron y confluyeron en lo que luego sería la creación de la Facultad de Educación y, dentro de ella, la fundación de una carrera pionera: la Pedagogía en Educación Intercultural. La primera idea, que me parece muy potente y muy significativa, es que la Universidad Católica de Temuco siempre se ha preocupado de tener un núcleo duro que también hacía investigación y publicación, según las necesidades de cada momento. La segunda idea, que es la más importante, es la temprana preocupación por la temática intercultural, aunque en mis tiempos de estudiante no se decía «intercultural», sino «mapuche». El doctor Adalberto Salas fue el que armó el grupo de Antropología, que trabajó el tema mapuche con rigurosidad. Él te abría el mundo y hablaba no solo de lo mapuche, sino de muchos otros pueblos, como el zapoteca, cuya cultura pude conocer después cuando viajé a México. Yo llego y me encuentro con

Adalberto y su grupo, que en las clases nos hacen pensar y trabajar en ese tema. Y posteriormente, ya siendo yo ayudante en Educación, él trae a la señorita Fresia Fierro, curricularista, una de las pocas mujeres doctoras que existían en el país en ese momento, y a otros que también trabajaron el tema mapuche desde distintas perspectivas. Ya estaban estudiando Antropología Teresa Durán y Nelly Ramos, y en los terrenos visitaban los ceremoniales, donde las dejaban participar por la seriedad con la que desarrollaban su trabajo. Entonces yo te digo esto para que veas lo importante que fue que, tan tempranamente, hubiera personas que tuvieran la visión de armar equipos multidisciplinarios, porque muchas veces un tema se ve desde este ángulo y no desde el otro, y este es un mundo que si tú lo quieres comprender tienes que asumirlo en su integridad.

La Universidad Católica de Temuco, pues, se identificó tempranamente como una universidad comprometida con la temática mapuche. Y no era sorprendente para nosotros que dentro de la universidad anduvieran mapuches con sus vestimentas, porque estaban participando, no era que vinieran de paso, sino que eran muy considerados porque traían la sabiduría, el *kimün* como hoy se diría; por lo tanto participaban en los grupos de estudios, con el reconocimiento que eso significaba.

En el año 86 comencé el doctorado y lo terminé en el 90. Y, cuando llegué acá, estaba todo este trabajo de la autonomía de la universidad que estaba haciendo Óscar Cartagena con monseñor Contreras, quien llevó la voz cantante, diciéndolo con palabras comunes, de todas las católicas que eran sedes. Yo lo viví un poquito de fuera porque estaba con media jornada dedicada al doctorado y la otra media jornada tenía docencia; además que hice una investigación etnográfica, entonces tenía que salir mucho a terreno, y además tenía que viajar todas las semanas dos días a Santiago. Mi guía fue Abraham Magendzo en la parte curricular y en el área de lenguaje tuve la suerte de tener como profesor guía a Rafael Echeverría, porque en ese momento estaba entrando con toda la fuerza en la filosofía del lenguaje, que me fue de mucha utilidad para mi tesis, titulada *Reconceptualización de la enseñanza de la lengua materna en la escuela chilena*. Por lo tanto, se trataba de ir de esa mirada del lenguaje como instrumento a esta otra mirada del lenguaje con este poder que tiene de transformar.

Al llegar acá, por un lado me invitan a participar al MECE Rural con Gastón Sepúlveda, que trabajaba en la UFRO, pero que había sido alumno nuestro. Fue una maravillosa experiencia, porque pude conocer todo lo que significa trabajar y poder aportar para la cantidad de escuelas que son bidocentes,

unidocentes, una realidad que uno cree que son poquititas, pero en ese momento era como el cuarenta por ciento, era un porcentaje alto en la región y en el país. Entonces fue para mí muy bueno, porque era venir con toda la formación y poder inmediatamente ponerla en acción en el contexto de la ruralidad, y hablar de ruralidad significa entrar en el tema de los pueblos originarios. Entonces fue algo que se me dio natural. Pero ¿por qué se me dio natural? Porque nuestra universidad ya había desarrollado el tema, era una línea que venía de mucho antes y que ya era parte de su trabajo. Había una base.

Ahora, cuando llega el año 1991, julio de 1991, que se crea la Universidad Católica de Temuco, el obispo me llamó, me entrevistaron para el puesto de decano y poco después me dijeron que había sido seleccionada. Allí ellos me encomendaron de inmediato el enorme desafío de crear la carrera de Pedagogía en Educación Intercultural. Y echamos a andar el proyecto a partir de unas bases que tenía el profesor Desiderio Catriquir. Bueno, el asunto es que abrimos la carrera, lo que significó tener que ir mucho a Santiago, al ministerio, con el propósito de conseguir una beca para los alumnos dentro del marco de la Beca Indígena. Tuvimos treinta y seis estudiantes.

Algo que fue muy interesante es que en ese tiempo estaba Ricardo Lagos de ministro de Educación y su jefe de gabinete era Carlos Eugenio Beca, que después fue director por muchos años del Centro de Perfeccionamiento. Y él nos dijo: «El informe de cada año debe ser el resultado de una investigación». Ese fue otro gran desafío. Teníamos que ir mostrando construcción del conocimiento de educación intercultural. El tema era que nosotros teníamos que construir, porque ¿en qué consistía la educación intercultural?

—No había precedentes.

—Exactamente, porque, más bien, lo que había en esa época era la educación bilingüe. Entonces, el asunto es que lo hicimos y lo interesante es que las primeras generaciones ingresaron solo a través de una entrevista. Y de allí surgieron Segundo Quintriqueo, doctor, profesor titular de nuestra universidad hoy en día y que fue miembro del Comité de Investigación de Fondecyt. También Gabriel Llanquino, que está sacando el doctorado en Concepción y es el jefe actual de la carrera. Y sigue conectado con la comunidad, trabajando en el *lof*.

—Es maravilloso todo lo que me cuenta, porque si uno analiza la historia de esta universidad, cuando Alejandro Menchaca Lira, en un ambiente en el cual ya se veía venir una institución de educación superior en Temuco y

estaban los intentos de la Universidad de Chile, de pronto Menchaca Lira calladito saca un decreto debajo del brazo.

—Sí. Y otro detalle importante es que, si tú te fijas, el programa nuestro de religión no tiene el apellido «católica», porque es ecuménico y muchas personas evangélicas lo siguen, porque tiene esa visión. Entonces, volviendo a retomar el tema, yo quiero señalar, podríamos decir, esta cuerda de que la investigación estuvo desde el inicio, que dentro de la temática estuvo la investigación interdisciplinaria y muy ligada a la antropología. Para mí, don Adalberto Salas fue la figura, porque fue creando ese grupo y trayendo a contactos clave, las redes. Ahora es fácil crear redes, pero en esa época no lo era tanto.

—En ese tiempo había como que cultivar las redes e irlas armando hilo a hilo, ¿no?

—Así es. Y todo lo que se desarrolló después fue posible porque había una base de conocimientos sólida. Hoy, si tú preguntas a las personas con cierto conocimiento del tema a cuál universidad se la identifica como la que tiene como sello la sensibilidad, la preocupación, la responsabilidad por el pueblo mapuche, es la Universidad Católica de Temuco. Ciertamente que en algún momento, con José Aylwin, la UFRO llevaba la voz cantante, pero, de nuevo, ese proyecto estaba centrado en una figura, y en una figura política.

—Eso demuestra también que esta universidad estaba preparada para su autonomía. La apertura de la carrera de Pedagogía en Educación Intercultural fue una declaración de principios tanto de la Iglesia, de monseñor Contreras, como de la academia, con monseñor Hourton. Es como decir: este es el tipo de universidad que nosotros queremos crear.

—Lo captaste muy bien.

—Pero qué hermoso, porque, bueno, la autonomía es algo tremendamente simbólico, además por lo que significó el proceso mismo, la negociación épica. Monseñor Contreras incluso habla de recuperar la autonomía, porque esta universidad nació en la autonomía...

—De hecho, Rodrigo Vera, que estuvo trabajando en la FAO [Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura] y la Unesco, nos decía: «Cuidado, porque ustedes van a salirse del paraguas que los está protegiendo. Ya en su propaganda no van a ser la Pontificia, van a ser Universidad Católica de Temuco».

—Ese espíritu de anticipación fue el que originó la universidad.

—Sí. Entonces, volviendo hacia atrás, yo te diría que es la fortaleza de nuestra universidad el tener muy claro ese principio rector: que es una uni-

versidad católica, pero a la que se le ha dado la visión ecuménica. Yo nunca he visto que se le haya puesto un pero a alguien por su credo para contratarlo. Segundo, la vocación interdisciplinaria y de la investigación. Tercero, esto de creerse el cuento: fuimos autónomos, podemos ser de nuevo solos, podemos ir más allá, porque sabemos que lo estamos haciendo bien y se le da la confianza a la gente.

Construyendo universidad

En 1994 se abre la carrera de Derecho de la mano de Jorge Precht Pizarro, quien fue alumno de Jorge Hourton en el Seminario. Uno de los profesores que llegó a trabajar en esos primeros tiempos (exactamente en 1996, durante el tercer año de funcionamiento de la carrera) y que todavía permanece en la UCT es Juan Pablo Beca Frei, con quien pudimos hablar sobre esa época:

—Usted se especializa en derecho constitucional —le pregunto—. Al llegar a la Universidad Católica de Temuco, ¿cómo pudo armonizar sus inquietudes e intereses profesionales con las pautas ya establecidas dentro del esquema de la carrera de Derecho?

—La orientación, un poco dada por Jorge Precht, que era profesor de Derecho Constitucional y Administrativo, era hacia al área del derecho público, con foco también en lo regional, por ejemplo el derecho indígena, que está en las mallas desde el principio. Por otro lado, en el área del derecho público y en el derecho constitucional y el derecho administrativo, esta carrera tiene hoy más cursos que la mayoría de las carreras de derecho en Chile. Cuando yo llegué, todavía la malla era anual y tradicionalmente el derecho constitucional se estudia en un año. Sin embargo, acá había un semestre de Historia Constitucional, un semestre de Derechos Humanos y dos años de Derecho Constitucional. A pesar de haber sufrido varias reformas entremedio, se ha mantenido esa orientación, con una vocación pública clara.

El filósofo Mario Samaniego, que llegó a la Universidad Católica de Temuco en el año 1997 para trabajar en la carrera de Antropología, repasa el rol de las primeras carreras abiertas en la universidad en la reconfiguración de su identidad:

Hay una pregunta típica —comenta Mario—, casi de par evaluador, que suelen hacer antropólogos libertarios, laicos, sobre todo de la Universidad de Chile: «A ver, ¿cómo ustedes son capaces de hacer antropología en un contexto de catolicismo?» Y yo creo que, claro, la carrera se reabre en 1992 por expresa disposición del obispo de la época, monseñor Contreras, y se abre junto con Educación Intercultural. Y esa es una señal total, simbólica, práctica, material, de que ahí hay una determinada concepción del cristianismo que en la época se pensaba y se vivía, claramente una teología cercana a la teología de la liberación, de los pobres, de los oprimidos. Y se expresa en ese tipo de acciones que además coinciden con la obtención de la autonomía respecto de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es como decir: «Ahora somos nosotros mismos y abrimos Antropología y Educación Intercultural. O sea, nos alejamos de un centralismo más etéreo, nos hacemos cargo de las posibilidades y obligaciones de una universidad, que es el conocimiento y la formación de grupos que habían estado y siguen estando históricamente postergados». Entonces, esa es toda una impronta con la que nace la antropología, y de algún modo, pues todos hemos bebido de allí.

La asistente social Gabriela Soruco, quien trabajó muy de cerca con monseñor Jorge Hourton, comparte con nosotros su experiencia con los estudiantes de la época:

Nosotros en ese tiempo nos cambiamos de oficina desde el Menchaca Lira hasta la ex Casa Central y teníamos oficina atrás de Bienestar, entonces nos veíamos seguido con monseñor Jorge Hourton. Siempre conversábamos con él de la situación de los chiquillos, del esfuerzo que hacen para estudiar, que no tenían plata, que las cuotas eran altas, y él siempre me decía que lo que a él le llamaba la atención eran los sacrificios que hacían las familias chilenas para que los hijos estudiaran. Que eso él no lo había visto en otra parte. Los estudiantes todos pagaban cuotas y, cuando llegaba el semestre y debían inscribir cursos, tenían que estar al día en las cuotas. Y yo le conté una vez: «Don Jorge, hay un chiquillo que tiene que pagar la cuota de julio y no tiene dinero, el papá se quedó sin pega». «¿Y cuánto necesita?», «veintitrés mil pesos», «yo te los voy a dar». Y sacaba su chequera y hacía un cheque para la universidad por veintitrés mil pesos. Y me pidió: «No le digas al alumno que fui yo quien pagué la cuota». De ahí me iba la tesorería

con el rut del chiquillo, pagaba, me llevaba la boleta y después cuando venía el chiquillo le decía: «Carlos, está pagada tu cuota de julio», «¿y cómo, señora Gabriela? ¿Quién me pagó la cuota?». Y yo pensaba: «¿Le digo o no le digo?». Porque don Jorge me dijo que no lo dijera, pero, por otro lado, los cabros a veces eran pesados con él, así que yo optaba por decirle: «¿Sabes quién te pagó la cuota, y me dijo que no te dijera, pero te voy a decir? Don Jorge Hourton».

Y al final eso se convirtió en una necesidad e hicimos un fondo solidario de ayuda al alumno. Nos reunimos con unos profes y entonces hicimos una campaña para que todos nos inscribiéramos e hiciéramos un aporte mensual. Y se juntaba plata, que no era mucha, pero de repente nos permitía ayudar a un estudiante para un escáner o a un chiquillo que tenía que viajar urgente a Santiago porque el papá había tenido un accidente. Esa plata se prestaba y, como era fondo solidario, supuestamente esa plata se devolvía; claro que algunos devolvieron y a otros se les olvidó. Pero fue súper bueno ese crédito y nos permitió dar hartas soluciones. Ahí aprendimos que la gente que es responsable, aunque sea de lo más pobre, cumple sus compromisos.

Cuando yo llegué no existían becas. Y antes era más complicado, porque no te podías comprar una chaqueta en cuotas. Después llegaron las becas y más becas, y se pudieron ir dando algunas soluciones reales y tener más beneficios. Pero no fue fácil. Y ahora tú ves que los chiquillos están regalados, la mayoría con gratuidad, la mayoría con tarjetas para becas, todos tienen almuerzo. Antes la gente viajaba de Loncoche y estaba todo el día con una manzana, no había ni casino en la universidad ni para comprar un vaso de café. Entonces igual nosotros teníamos nuestro hervidor eléctrico y venía un chiquillo que había salido de noche de su casa para poder estar temprano acá. Yo le preguntaba «¿Quieres un café?», y al principio no aceptaba. Pero yo insistía: «Yo me voy a tomar un café, ¿quieres un café?», «Ya, bueno». Y nos servíamos un café en esas tazas Futura. Y se iban felices los cabros por lo menos con un café. Entonces, igual uno ha visto cómo la universidad ha ido creciendo y cambiando en hartas cosas.

En 1997 se publica un documento importante para la universidad. Se trata de *Universidad Católica de Temuco: Antecedentes para una historia* de Víctor Raviola Molina, en coedición del autor y de la Universidad Católica de Temuco. Como un sincronismo, casi como un homenaje no

declarado, este libro se publica el mismo año en que dejan este mundo los exdirectores Jaime Arellano Galdames, el 21 de enero, y Yosuke Kuramochi Obreque, el 24 de abril. Un homenaje no declarado del hombre de letras al filósofo y al artista-poeta.

En 1998 la revista *CUHSO* es retomada como órgano divulgador de las ciencias sociales y humanas de la universidad por el Centro de Estudios Socioculturales (CES). Es el año en que, como expresa Pedro Cayuqueo en *Fuerte Temuco y otras crónicas mapuche*, se habla por vez primera de la «deuda histórica» del Estado con el pueblo mapuche. ¿Es «deuda histórica» un concepto acuñado por el movimiento mapuche? No originalmente. El primero que utilizó el término fue el exobispo de Temuco Sergio Contreras, en 1998, al calificar la Ley Indígena como «el reconocimiento a una deuda histórica de la nación por los atropellos de que fueron víctimas tanto por el Estado como por particulares». Según Cayuqueo, de ese concepto han abusado sucesivos actores políticos del más alto rango, justamente para no pagar la deuda, ya que, si es histórica, a otro le corresponderá pagarla. Por tanto —ironiza el autor— «Chile sigue estando en Dicom».

La diseñadora Claudia Rocha, quien llegó a la Universidad Católica de Temuco durante el rectorado de don Jorge Hourton, relata algunas de sus vivencias universitarias de esa época:

Viví las manifestaciones de ese periodo. Los estudiantes se iban duro contra él. Hourton tenía eso de que era muy sarcástico; resolvía, negociaba, pero a veces le salía un humor negro y eso a los alumnos no les gustaba mucho. Los espacios del Menchaca Lira en ese tiempo eran muy precarios, no se había remodelado aún la casona y los alumnos reclamaban mucho por infraestructura. Yo partí, por ejemplo, haciendo un taller de madera con una sierra caladora manual que traía de mi casa. O sea, ni siquiera habían condiciones para ofrecer un taller de madera en ese tiempo. La carrera de Diseño al comienzo tenía tres áreas —Vestuario, Interiorismo y Producto—, pero enfocadas casi a un tipo de diseño decorativo; no cumplían la función de ser un aporte al desarrollo de la región. Rápidamente, los estudiantes y también el cuerpo docente fuimos dándonos cuenta de que podíamos hacer mucho más para la región y ahí, con el cambio de carrera a Diseño de Productos, entramos a hacer un trabajo con las empresas, los mi-

croempresarios, los artesanos, y el perfil cambió. Comenzamos a insertarnos en equipos de trabajo dentro de los procesos productivos. Ese cambio fue entre 1999 y el 2000. En el 2001, ya estábamos en el cambio de nombre con la nueva malla curricular.

Hemos ido construyendo este relato con muchos pequeños relatos, como un tapiz al que concurren hilos y cuerdas de todos los tamaños y colores. Recolectamos el testimonio de secretarías jubiladas, conserjes, exfuncionarios, decanos, académicos, arquitectos, rectores, choferes, exacadémicos. De cada uno hemos escuchado su *ngütram* personal, su historia de vida entrelazada con su participación en ese *ngütram* gigante que es la historia de la institución. Un relato para aleccionar, instruir, para avivar el recuerdo y también, ojalá, para aprender a ser mejores en un ecosistema humano, el de la Universidad Católica de Temuco, donde la clave del triunfo depende, quizás, de que cantidad y calidad sean convenientemente equilibradas.

Así terminamos este capítulo, que nos deja a las puertas del siglo XXI. Allí, los desafíos de la universidad compleja se combinan con los desafíos de la universidad virtual, de la universidad hipertecnologizada. ¿Cómo armonizar estos desafíos con la visión original, sostenida en el tiempo como un fuego que se propaga de pabito en pabito, de una universidad católica al servicio de quienes más la necesitan?

Quizás valga la pena recordar que, si etimológicamente *universidad* significa «universalidad» y *católica* significa «según la totalidad» —es decir, otra vez «universal»—, nos encontramos con la feliz paradoja de que la expresión «universidad católica» es casi una redundancia. Redundancia que, también paradójicamente, bastaría para decretar su fundamental humanidad en el *Allegro vivace* que marcará el ritmo de la sinfonía Universidad Católica de Temuco como institución iluminada —y desafiada— por el Evangelio, atenta a la historia y a los signos de los tiempos.

CAPÍTULO IV

Un sueño cumplido abierto al futuro (2000-2019)

(Allegro vivace)

Rectorado de Óscar Cartagena Polanco

«La UCT del año 2000 era una universidad chica —cuenta la prorectora Marcela Momberg—, súper familiar. Estábamos casi todos concentrados en el campus San Francisco. Ir al campus San Juan Pablo II era casi como ir al campo». El actual campus San Juan Pablo II adquiriría las bases de su fisonomía definitiva durante el rectorado de Óscar Cartagena, por la iniciativa del ingeniero Pedro Bakovic. La hermosa laguna, corazón del campus, fue obra de las talentosas paisajistas Carola Ojeda Prüfer y María de la Luz Pérez.

Óscar Cartagena asumió como rector en el año 2000, aunque ya había ejercido como rector interino desde 1999. Traía consigo una historia de vida asociada a la institución, primero como profesor, luego como uno de los artífices de la autonomía y más tarde como primer vicerrector de la Universidad Católica de Temuco, durante los dos periodos del rectorado de Jorge Hourton; un largo camino desde 1968, año en el que, luego de haber trabajado con los jesuitas en Chillán, llegó invitado al proyecto de Pedagogía en Matemáticas liderado por la profesora María Villanueva en la entonces llamada Universidad de la Frontera.

El mismo Óscar Cartagena nos cuenta sobre esa época:

En mi época de rector contábamos con un equipo más grande alrededor de nosotros. Ya no había que tomar decisiones intuitivas al crear una carrera, estaba todo mucho más complejizado, se podía estudiar minuciosamen-

te cada nuevo proyecto. Pero en los primeros cuatro años de la UCT fue una carrera loca. Yo no sé si alguien habrá vivido algo parecido en otra universidad, creando carreras a toda velocidad, porque las universidades privadas ya estaban llenando el mercado. No sé si hoy lo haría de la misma manera, pero esas eran las circunstancias. Y por fortuna tuve grandes colaboradores, como Juan Eduardo Fernández y Arturo Hernández Sallés, junto a otros muchos académicos.

El año 2000 trae la triste noticia del fallecimiento, el 16 de julio, del maestro Adalberto Salas. El Consejo Académico de la Universidad de Concepción, donde el doctor Salas se desempeñaba como profesor titular del Departamento de Español hasta su jubilación en junio de ese año, ya había dictado el decreto que lo investiría como profesor emérito. La ceremonia se realizó el 10 de agosto y el gran investigador fue investido de manera póstuma. La nota periodística publicada en sitio web de la Universidad Católica de Concepción — «La ausencia del mejor etnolingüista» — señala que Adalberto Salas era el mayor especialista en lenguas indígenas del país, «con un gran índice de citas, pues el noventa y cinco por ciento de la producción mundial sobre lenguas indígenas cita por lo menos en una ocasión alguna de sus obras sobre el tema».

Una de las operaciones que marcan el salto a la madurez como institución, durante el rectorado de don Óscar Cartagena, es la creación de la Dirección de Posgrado el 14 de diciembre de 2000. Ese año el CES formuló su propio programa de postítulo en Salud Intercultural con el auspicio del Servicio de Salud Araucanía Norte, programa que se iniciaría en mayo del año siguiente.

A principios de 2001, monseñor Sergio Contreras, próximo a cumplir setenta y cinco años y de acuerdo con la disposición del Código de Derecho Canónico, presenta su renuncia al papa Juan Pablo II. A propósito de este hecho, el padre Juan Leonelli Leonelli escribe «Reflexiones a propósito del cambio de obispo en la diócesis San José de Temuco» (2001), que da cuenta de la profunda impronta dejada por el gran obispo Sergio Contreras en la diócesis. El 3 de noviembre, monseñor Contreras cesa en sus funciones diocesanas y, al día siguiente, asume como nuevo obispo de Temuco monseñor Manuel Camilo Vial Risopatrón, con el lema episcopal «Buen pastor, padre de los pobres».

EL EMBLEMA INSTITUCIONAL ACTUAL

Algunas decisiones clave para afinar la imagen institucional se tomaron en esos primeros años del nuevo milenio. La diseñadora Claudia Rocha fue la encargada de materializar una de las más significativas: la creación del emblema definitivo de la Universidad Católica de Temuco.

Fue una experiencia muy linda —nos cuenta Claudia—. En 2001 se nos encargó como Escuela de Diseño, de la que yo era directora, estudiar la identificación visual de la UCT y ver la factibilidad de modificarla. Se hizo un trabajo con la comunidad, no fue un trabajo profesional que se encarga a un proveedor externo, una asesoría técnica, algo que hoy se estila mucho, sino que varios equipos internos colaboramos en este desafío. Lo que se quería era modernizar un poco la marca de entonces, ver si la gente se había apropiado de ese emblema de la autonomía, porque ya estábamos más o menos a diez años de aquel momento y había que evaluar si esta imagen representaba lo que se quería proyectar. Se hizo entonces una encuesta a todos los estamentos, que incluía algunas preguntas como: «¿Con qué figura, forma o color relacionaría usted a la UCT?», «¿Qué opina del emblema actual?», «¿Qué se debería mantener del emblema actual?». Fuimos construyendo ello con la comunidad y, una vez que se obtuvieron los resultados, varios integrantes del equipo de diseño hicimos propuestas de marca. Luego, en el Comité Superior, con el obispo, finalmente se eligió la que había diseñado yo.

Cuatro conceptos se trabajaron ahí, a partir de lo que pedía la comunidad: que fuera tradicional, global, regional, y que tuviera relación con la Iglesia católica. Y esos cuatro conceptos están reflejados en la marca. Lo tradicional estaba en la letra Times del logotipo, que tenía serifas y llevaba al pasado —las letras más modernas son rectas, sin serifas—. El logotipo ha ido evolucionando y refleja bien el cambio de la universidad. Pero el isotipo, la figura que yo creé, se mantuvo, porque fue muy pregnante, de fácil recuerdo, llegó muy rápidamente a la comunidad.

RESTAURACIÓN DEL CAMPUS MENCHACA LIRA

Otra acción de impacto institucional fue la restauración del campus Menchaca Lira en 2002. Don Óscar Cartagena nos entregó sus recuerdos de ese momento:

Cuando yo asumí como rector, las palomas habían invadido la parte superior y entonces el tercer piso era un caos. Así que convencí a mi equipo para que restauráramos. Hicimos una inversión bastante significativa, pues tuvimos que hacer todo el sistema eléctrico de nuevo, los pisos, los techos, limpiarlos, y luego concluimos el proceso con una ceremonia, a la que asistió el entonces alcalde René Saffirio. Yo tengo en mi casa un documento donde don René Saffirio, a nombre de la ciudad de Temuco, nos agradece la reposición de esa casa. Porque ya estaba ocurriendo lo que ahora es consumado, que todas las casas hermosas de la ciudad se estaban vendiendo a bancos, a estacionamientos, a clínicas. Y esa casa sigue ahí hasta ahora, ¡qué bueno! Aún guardamos con orgullo una dedicatoria de la Ilustre Municipalidad de Temuco firmada por el alcalde.

En un número del boletín *UC Temuco*, el 25 de mayo de 2007, se dedican unas palabras a dicha restauración:

Reconociendo esta construcción como un aporte al patrimonio arquitectónico de Temuco y la región, autoridades de esa casa de estudios superiores iniciaron su remodelación durante el año 2002, para lo cual se realizó un acucioso estudio que reunió material fotográfico, solicitado al Museo Araucano y al *Diario Austral*. Así lo señaló Juan Carlos Urzúa, arquitecto a cargo de esta remodelación, quien indicó que gracias a este material la restauración que realizó la universidad fue muy semejante al proyecto inicial de construcción de la casa. Al respecto agregó: «La iniciativa de esta universidad es digna de destacar, ya que el aporte a la conservación de este patrimonio fue importante. La universidad asumió todo el costo que implica un trabajo de esta envergadura, lo que refleja el interés real por conservar la historia de la ciudad».

El mismo boletín, el 20 de junio del año siguiente, da cuenta de otro hito relacionado con el campus Menchaca Lira: la inauguración de la Galería de Arte:

Con la presencia de importantes autoridades universitarias y la exposición de la artista chilena radicada en Francia Vivian Scheihing, se dio por inaugurada la nueva galería de arte de la Universidad Católica de Temuco, ubicada en el subterráneo del campus Menchaca Lira. [...] En la oportunidad, la decana de la Facultad de Artes y Humanidades, Carmen Gloria Garbarini, destacó la importancia que la galería tiene para la región y para los artistas que expondrán en ella. La galería pretende convertirse en un espacio tanto para artistas consagrados como para los nuevos talentos que forma esta casa de estudios.

Toda la vida universitaria de Renzo Vaccaro, director del Departamento de Artes, ha transcurrido en el campus Menchaca Lira. Conversamos con él acerca de este lugar tan especial en la historia de la universidad:

—Me imagino —empecé— que luego de estar tanto tiempo vinculado a un mismo lugar de trabajo se va formando una especie de integración con el espacio, ¿no? ¿Qué imágenes atesoras de tu paso por el Menchaca Lira?

—La primera imagen que se me viene es la de un organismo vivo. Como uno ha estado tanto tiempo en este lugar, en esta casa, uno empieza a reconocer todos los recovecos, las nervaduras, todos los músculos de la casa. Uno ha visto todas las reformas internas, las subdivisiones internas, cómo han desarmado cosas, han instalado otras. Y pasa eso, que los edificios empiezan a ser percibidos como un organismo que está vivo, que respira, que tiene digestión. Por ejemplo, en 2010, cuando fue el terremoto, lo primero que me pregunté fue qué habría pasado con la casona. Al día siguiente vine a verla y me impresionó cómo sobrevivió a eso, siendo que medio Chile se vino abajo. La casona surfé la ola; como muchos otros tsunamis anteriores, este simplemente fue otro reto más que enfrentó. Lo enfrentó perfectamente, sin ningún daño estructural. Y eso aumentó mi fascinación por la casona. La veo como un gran anciano que se niega a morir y además se mantiene completamente sano.

Mientras Renzo me cuenta su experiencia, recuerdo que don Óscar Cartagena nos contó cómo en cierta ocasión una empresa de *retail* ofreció una cantidad exorbitante de dinero para comprar la Casona Malmus, pero recibió la tajante negativa de monseñor Sergio Contreras,

quien, escuchando el sentir de los académicos que moraban en esta casona, declaró: «El Menchaca Lira no se vende». Otro tsunami que la misteriosa casona «surfeó» con la ayuda del gran obispo.

—¿Qué papel consideras tú que ha tenido el arte en mantener con vida este organismo? —le pregunto a Renzo—. En tanto nos referimos al campus Alejandro Menchaca Lira como un organismo cuya existencia se entrelaza con esos otros dos grandes organismos que son la Universidad Católica de Temuco y la ciudad de Temuco. Es decir, podríamos convenir en que forma parte de un ecosistema.

—Bueno, la Unidad de Artes, que en términos académicos es de las fundacionales de la Universidad Católica de Temuco, de las más antiguas, justamente se inició en esta casona. Entonces, desde siempre ha estado lo artístico vinculado al lugar. Ahora, yo no me restringiría a lo artístico, sino que mencionaría lo humanista en general. Ese es el verdadero corazón del Menchaca Lira: lo humanista.

El interés por recuperar la memoria y dar a conocer la historia del campus Menchaca Lira se mantiene vivo en las nuevas generaciones de estudiantes. El 2018, para el Día del Patrimonio, Gloria Sepúlveda y Safira López, alumnas de Licenciatura en Arte, realizaron a petición de la Galería de Arte una investigación que las llevó a sumergirse en el pasado de la casona, develando algunos hechos significativos: por ejemplo, que la veleta original desapareció misteriosamente durante la remodelación de principios de siglo y tuvo que ser sustituida, y que los sucesivos intentos del *retail* por comprar la propiedad no solo fueron rechazados por las autoridades, sino también por los estudiantes que, en masivas protestas, demostraron su sentido de pertenencia a un espacio que consideraban fundamental para su desarrollo profesional y humano.

UN VICERRECTOR ACADÉMICO

El académico Aliro Bórquez, quien se había incorporado a la Universidad Católica de Temuco en 1993, tuvo su primer desafío en la gestión académica de la universidad cuando fue nombrado vicerrector académico por don Óscar Cartagena. Tuvimos la fortuna de escuchar el relato en su propia voz:

Un día de 2003, don Óscar Cartagena me llama y me dice que le gustaría que fuera el vicerrector académico, ¡y yo no tenía idea de cómo se hacía eso! Había tenido cargos en otras universidades —por ejemplo, director de departamento—, pero claro, un desafío así, tan grande, no. Ahora, a mí me motivaba mucho esa oportunidad, porque pensaba que la universidad debía despegar en el tema de la investigación. Por eso lo primero que hicimos fue formar un equipo. Le pedí a Fernando Peña que fuera director de investigación, después a Pablo Palet en la Dirección de Docencia, y así consolidamos una Vicerrectoría con un poquito más de espalda para desarrollar las tres áreas clave: el Vínculo (Extensión), la Investigación y el Pregrado. La Dirección de Docencia tenía un poquito más de gente y ahí empezamos la creación de más carreras y a fortalecer la creación de nuevas facultades.

A partir del 2003, la UCT fue tomando impulso como una universidad con más espalda, digamos. Yo me impresiono mucho ahora, mirando la Vicerrectoría Académica del año 2003: teníamos las tres áreas, pero éramos cinco personas, y hoy día en la Dirección de Docencia hay veintitantas personas, en Investigación otras tantas. Y si uno mira la Vicerrectoría Académica, pueden ser fácilmente cien las personas que ahí trabajan. Claro, hoy día la UCT es mucho más compleja de lo que era entonces. Recuerdo que en ese minuto, en que teníamos un solo *paper* publicado, propuse dos cosas: primero, impulsar la investigación y, luego, publicar más, lo que significaba preparar a la gente para formular proyectos. En ese entonces, la asignación de recursos del Ministerio de Educación comenzaba a hacerse vía proyectos. Tenía algo de experiencia de cómo formular proyectos, pues habíamos ganado dos grandes proyectos en el grupo de Acuicultura, en los cuales ejercía como director. Cuando asumí la vicerrectoría, la dirección de esos proyectos quedó en manos de otros colegas de la unidad. Así, entonces, con el equipo de la Vicerrectoría nos propusimos que cada facultad lograra al menos un Mecesup [Programa de Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación Superior o Terciaria], porque eran fondos que ponía el Estado para desarrollar las líneas disciplinares de las facultades.

Tras esta decisión, con el apoyo de los profesionales del Área de Acuicultura, presentamos un proyecto llamado «Biblioteca del siglo XXI», que lo dirigía Fresia Palacios, quien era un motor, una trabajadora incansable. Nos reuníamos con Fresia, Iván Valdebenito y otros colegas de Acuicultura para ayudar a formular este proyecto, una biblioteca con un sistema automático de acceso por web, sistema Aleph. Fue un proyecto exitoso para la universidad porque se lograron importantes recursos para modernizar la

biblioteca. Ese fue el segundo proyecto Mecesus grande conseguido por la universidad. El primero, también de Acuicultura, permitió construir parte del edificio donde se encuentra esta facultad en el campus San Juan Pablo II. Finalmente, cada una de las facultades pudo adjudicarse un proyecto Mecesus, lo que permitió a la UCT una cantidad muy significativa de recursos para ir avanzando en el desarrollo de un proyecto académico más complejo, con más carreras. Fue un tremendo desafío, pero también sumamente motivador estar ahí en ese periodo.

ÚLTIMO ENCUENTRO ENTRE ÓSCAR CARTAGENA Y MONSEÑOR SERGIO CONTRERAS

Cuenta don Óscar Cartagena:

En el año 2004, cuando decido retirarme, tuve el respaldo irrestricto de don Sergio, así como lo había tenido cuando asumí como rector. Como le dije, a uno lo demuelen ocho años de vicerrector académico, actuando muy ejecutivamente, creando carreras, creando la estructura de la universidad, resolviendo conflictos con académicos, con alumnos. Y después cuatro años de rector. Lo único que quería era irme a descansar.

Mirando atrás, no se puede dejar de pensar en el lujo que ha significado para Temuco la presencia de obispos como Alejandro Menchaca Lira y Sergio Contreras. Valiosos no solo como hombres de la Iglesia, sino también en su cualidad visionaria, su humildad para reconocer a los seres humanos en lo que valen y jugársela por la educación.

El último encuentro entre los dos grandes amigos, el profesor de matemáticas y el obispo, arquitectos de la autonomía de la Universidad Católica de Temuco, fue un episodio misterioso, como lo son todas las cosas verdaderamente grandes de este mundo. Resulta sobrecogedor cómo la mente de un individuo tan preclaro puede irse sumergiendo poco a poco en un océano de fragilidad, la fragilidad propia de todo lo humano, por lo demás. No obstante, hay en el dolor de esa última conversación, en su aparente incomunicación, el atisbo de la nobleza única de dos almas que han podido conectar entre sí más allá de las palabras, e incluso a pesar de ellas.

Don Sergio había vuelto de su Valparaíso natal, donde estaba viviendo su tiempo de retiro de la vida activa, para ingresar al hogar de ancianos Nuestra Señora del Carmen de Temuco, donde sería cuidado y acompañado en su enfermedad. Hasta allí se encaminó don Óscar Cartagena. Él mismo nos transmitió el doloroso diálogo entre ambos:

—Hola, don Sergio.

—Hola, ¿quién es usted?

—Yo soy Óscar Cartagena, don Sergio, trabajamos juntos.

—¿Sí? ¿Trabajamos juntos?

—Sí, acuérdesse de que usted creó la Universidad Católica de Temuco.

—¿Yo? ¿Y cuándo fue eso?

«Terrible —comenta don Óscar—. No me conoció y no se acordaba de nada. Durante ese periodo sostuve un par de conversaciones largas con él, pero en esos términos. No lo vi más hasta que me enteré de su fallecimiento».

Buen pastor, padre de los pobres

La relación afectiva de monseñor Manuel Camilo Vial Risopatrón con Temuco y el proyecto universitario diocesano data del año 1967, cuando llegó a trabajar con don Bernardino Piñera como parte de su Consejo de Gobierno. Ya había pasado el Concilio Vaticano II y, en plena renovación de la Iglesia, venían a Temuco muchos sacerdotes canadienses y españoles, entre otros. En el año 2001 el papa propuso a monseñor Manuel Camilo Vial, a través de la nunciatura, para asumir como obispo de la diócesis de Temuco. El propio monseñor Vial cuenta sobre ello en una conversación grabada con el documentalista Rodrigo Catricura:

Una cosa de la que me di cuenta —relata monseñor Vial— es que tenía que abrirse la UCT, porque estábamos en una época de globalización y era necesario abrir la universidad para que no solo fuera la Universidad Católica de Temuco en Temuco, sino que pudiéramos abrirnos a Chile, al contacto con otras universidades. A mí me había gustado mucho una iniciativa de la Pontificia Universidad Católica de Chile de elegir a sus autoridades

máximas con un comité de búsqueda, así que, tras concluir el rectorado de Óscar Cartagena, creí acertado poder tener esa perspectiva para elegir al próximo rector; lo mismo para el Consejo de la UCT. Insistí mucho en traer consejeros externos y ahí llegaron Cristian Cox, que es un grande en el tema de la educación y que jugó un rol importante en el ministerio, Raúl Atria, otro grande de la educación, y Mónica Jiménez, que también era una mujer con gran conocimiento, que había sido decana en la Universidad Católica, había promovido muchas cosas interesantes y a mí me pareció también bueno llevar una mujer al Consejo Superior. También estuvo en el consejo ese gran abogado llamado Luis Bates, mientras que de la zona invitamos a Sergio Rivas, hijo de don Luis Rivas del Canto, uno de los fundadores de la universidad que formó parte del primer Consejo Universitario.

Hicimos, pues, el proceso del Comité de Búsqueda. Y aquí tengo el documento del primer Comité de Búsqueda que lo integraron Wanda Lado, Arturo Hernández Sallés, Roberto Matamoros e Ignacio Casas, quien vino de la Universidad Católica de Chile. Como ministro de fe tuvimos a Juan Pablo Beca, que todavía está en la universidad, gran personaje.

El 5 de enero me presentaron esta terna: Mónica Jiménez de la Jara, Aliro Bórquez, que es el actual rector, y Gloria Inostroza de Celis. Y ahí yo elegí a Mónica Jiménez; fue un gran regalo de la Providencia haber tenido a Mónica Jiménez como la primera mujer rectora de las universidades del Cruch [Consejo de Rectores de las Universidades Chilenas], además con una trascendencia muy grande, pues había sido una figura pública muy importante. Y eso hizo que pudiéramos desarrollarnos de manera más rápida. En esa época llegó también Alberto Vásquez a la UCT, invitado por nosotros, él venía de trabajar con los jesuitas. Y fue una riqueza muy grande cómo se movió con este directorio, con este consejo, con la organización también de los sindicatos que empezaron a tomar fuerza, cómo empezó la Católica a desarrollarse, a relacionarnos con el mundo de la banca, con la sociedad misma, saliendo de Temuco más allá de la novena región. Fue un tiempo muy bueno.

Ciertamente se avecinaban grandes cambios no solo en la Universidad Católica de Temuco, sino en la estructura misma de la educación superior de Chile. Del año 2000 en adelante, con todos los cambios a los que se estaban enfrentando las instituciones de educación superior —las nuevas demandas, el nuevo tipo de estudiante, los nuevos desafíos, etcé-

tera—, empezó a hacerse evidente que no todas las universidades tenían necesariamente que adscribir al mismo tipo de vocación. En la Universidad Católica de Temuco comenzaron a debatirse dos tipos de concepciones. Según la primera, teníamos que ser una universidad excelente en docencia, acotada, que ofrece oportunidades a todos, especialmente a los jóvenes provenientes de contextos vulnerables. La otra concepción era la de una universidad que aspiraba a una mayor complejidad.

Con la llegada de Mónica Jiménez se desarrollan ambas dimensiones, en una universidad que otorga posibilidades y desarrolla su labor incluyendo otros aspectos como la investigación y el posgrado. Por otro lado, hay una historia de la Universidad Católica de Temuco que tiene que ver con la configuración de las disciplinas y que queda refrendada en el hecho de que la universidad siempre decidió amparar las pedagogías más allá de los vaivenes del mercado. Podríamos decir, entonces, que el alma de la universidad iría configurándose, desde 2004, en la tensión-integración de ambas concepciones: la tradicional-humanista y la científica-compleja.

Rectorado de Mónica Jiménez de la Jara

La impresionante trayectoria de la nueva rectora de la Universidad Católica de Temuco incluía el honor de haber sido una de las dos mujeres en formar parte de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación que, en 1991, elaboraría el histórico Informe Rettig.

La señora Mónica Jiménez —recuerda Anita Vargas, su secretaria en la Rectoría— era una mujer ejemplar, por su calidad humana, su espontaneidad. Ella, como rectora, siempre estuvo preocupada por el más mínimo detalle, comprometida con su labor. Promovía el trabajo colaborativo. Nunca pasaba por alto el bienestar de las personas, eso yo lo admiraba mucho. Era muy cercana, muy de un abrazo cuando llegaba. Recuerdo su amabilidad, el agradecimiento por el trabajo. Ella siempre, cuando las cosas se hacían bien, lo decía, siempre reconocía el apoyo.

La sensibilidad de esta gran mujer queda de manifiesto en el modo en que se presenta a sí misma en su discurso de instalación como rectora de la Universidad Católica de Temuco, el 28 de enero de 2004:

Estas palabras las escribí en Santiago, en mi casa, el sábado 24 de enero. Esa tarde me imaginé esta mañana que hoy estamos viviendo, visualicé esta audiencia pública, los veía y me veía en este lugar, y me pregunté: ¿qué quiero comunicar a las personas que estarán en esta aula magna? ¿Qué quiero darles a conocer, qué quiero mostrar, qué quiero declarar ante tan destacada audiencia? Puse una música que me acompaña siempre, *Keeper of time*, y pedí ayuda para acercarme a ustedes. Así inicié este mensaje.

Primero quiero hablarles de mí. Y, también, antes de nada, sobre mi vida familiar. Fui casada con Juan Barros durante cuarenta años; hoy estoy viuda, pero aún me siento abrazada y contenida por él. Tuvimos cinco hijos: la mayor, arquitecta; el segundo, geógrafo y habitante de esta ciudad, marido de Alejandra y padre de Matilde; el tercero, empresario; la cuarta, periodista, y el quinto, candidato a abogado y hoy haciendo una práctica de Derecho Ambiental en Londres. De estos cinco hijos tengo tres nietas. He vivido, igual que todos ustedes, la vida con toda su riqueza y frustraciones. Aprendí a escuchar, a comprender y a aceptar en mí y en los demás que errar es humano.

Las decisiones tomadas por Mónica Jiménez, desde el comienzo, cambiarán la fisonomía de la Universidad Católica de Temuco en varios órdenes. Por ejemplo, el mismo año de su llegada se instala al nivel de rectoría el proyecto de pastoral universitaria, que hasta entonces estaba alojado en el Instituto de Estudios Teológicos. Cuando asume la nueva rectora, ve la necesidad de que la Universidad Católica de Temuco modernice su gestión y la conduce a una primera planificación real. El plan anterior, que cubría el periodo entre 2001 y 2004, estaba concebido solo para el periodo de un rectorado y estuvo a cargo del primer director de planificación de la Universidad Católica de Temuco, Boris Rojas. Él fue el primero que tuvo la responsabilidad de modernizar la gestión de la universidad, de diseñar ese primer plan, de manera muy intuitiva, pues había pocas herramientas en su momento.

Al llegar, Mónica Jiménez decide reforzar las competencias en gestión dentro de la universidad, extendiendo la planificación a un periodo de cinco años. Hay dos decisiones principales en esa planificación de la UCT 2005–2010. Primero, la de incorporar un nuevo modelo de gestión. Segundo, la de instalar un nuevo modelo educativo que supeditara la herramienta de formación a las características del estudiante real.

También se hizo evidente que la Universidad Católica de Temuco necesitaba en su planificación un área concerniente de aseguramiento de la calidad de la educación superior, lo que hoy todos conocemos como acreditación. Antes del rectorado de Mónica Jiménez, algunas carreras —Medicina Veterinaria, Agronomía y ciertas pedagogías— ya habían vivido experiencias de acreditación en la Universidad Católica de Temuco, pero eran experiencias muy aisladas. Es con la nueva rectora, a partir de 2004, cuando se asume que este va a ser el mecanismo a través del cual las universidades van a poder dar cuenta, de forma transparente, de la calidad de la formación que imparten frente a su público, que son las familias y los estudiantes. Mónica Jiménez decide, entonces, buscar a alguien que trabajara en la Comisión Nacional de Acreditación (CNA) para que se hiciese cargo de ese desafío. Así llegó Boris Isla —actual director general de Gestión Institucional— a trabajar a la Universidad Católica de Temuco, en la recién creada Dirección General de Planificación Institucional, cuyo primer director fue Gonzalo Puentes.

Es de este modo que, en 2005, la Universidad Católica de Temuco logra su entrada triunfal en el sistema de acreditación bajo la conducción de Mónica Jiménez, obteniendo cuatro años en las dos áreas obligatorias: docencia y gestión. «Esta acreditación nos compromete con nuestros rasgos identitarios permanentes: ser universidad, ser católica y ser regional», señaló la rectora en la cuenta pública de ese año. Fue el año también en que nace Ediciones UCT, heredera de la rica tradición editorial de la universidad que comenzó cuarenta años antes, en 1965, con la creación del sello Ediciones Universitarias de la Frontera.

El 2005 aportó también la creación de la Facultad de Ingeniería, que con el tiempo se iría perfilando como un pilar fundamental en el desarrollo de la Universidad Católica de Temuco, no solo por el número de proyectos de alto impacto que se adjudicaron sus investigadores, sino

también dentro del área de la innovación, con el desarrollo de programas que apuntan a una nueva ingeniería, semilleros de investigación, ingeniería verde, programación informática como una herramienta de desarrollo cognitivo, el geoturismo, entre muchos otros.

En otro ámbito, el 2005 también fue el año de una importante reforma a la Constitución de Chile, que trajo consigo cuestionamientos a la institucionalidad política del país. Conversamos con Juan Pablo Beca sobre cómo era trabajar en la carrera de Derecho de la UCT en ese tiempo:

Siempre ha habido debates —explica Juan Pablo— y también cuestionamientos a la legitimidad de origen de la Constitución, que nació en dictadura, pero eso se resuelve rápido con un barniz histórico. Pero lo interesante para nosotros, desde el punto de vista del derecho constitucional, es el contenido. Y sobre el contenido, bueno, cuando yo llegué, la Constitución no había tenido muchas reformas. En 1989 tuvo un montón de reformas, pero la siguiente reforma grande fue en 2005. Entonces, durante todo ese periodo hubo mucho cuestionamiento, por ejemplo, a los senadores designados, al poder que tenían las Fuerzas Armadas a través del Consejo de Seguridad del Estado; todo eso se fue modificando en el camino y ha permitido trabajar con los estudiantes. El 2005 en particular fue un año complicado para hacer el curso de Derecho Constitucional, porque ahí se estaban discutiendo todas las reformas. Era interesante seguir el debate, pero al mismo tiempo ello dificultaba el curso, porque tú no sabías si lo que enseñabas iba a estar vigente en un mes más. De hecho, yo escribí un artículo en esa época, «Cómo enseñar derecho constitucional en el 2005 sin morir en el intento»,¹ porque el desafío era ir viendo, además de la regulación, qué otras alternativas de regulación eran posibles: el derecho comparado, las discusiones doctrinarias, etcétera.

A la rectora Mónica Jiménez la conocía de antes, porque yo trabajaba en la Fundación Participa cuando ella fue la directora. Y acá, como secretario general de la universidad, integré el Comité de Búsqueda que propuso la terna que la incluía, entonces allí también tuvimos una serie de conversaciones, de cómo ella veía la universidad, cuáles eran los desafíos. Y ella me mantuvo en el cargo de secretario general para el que me había nombrado

1 Fue publicado en 2007 en el volumen 8 número 8 de la revista *Escuela de Derecho*.

don Óscar Cartagena y después pasé a dirigir la carrera de Derecho, así que también trabajé mucho con ella.

Lo que hizo Mónica fue preparar el impulso para dar un salto grande. Monseñor Hourton solía repetir una frase: «Somos una universidad chica y pobre», y Mónica quiso cambiar un poco esa mentalidad. Y creo que efectivamente lo hizo, manteniendo las raíces en la región y aceptando que somos una universidad chica en comparación con otras, con menos recursos, pero con clara conciencia de que eso no nos inhabilita para crecer y pegar un salto grande, con más carreras, nuevas facultades, etcétera. Si tú ves hoy el campus San Juan Pablo II, cuesta imaginar que al comienzo no era sino un par de canchas y el resto un peladero. Y eso fue en principio gracias a la gestión de Mónica de cambiar la mentalidad de la universidad.

Por otro lado, la rectora también le dio mucha importancia al perfeccionamiento de la gestión. Así la recuerda Claudia Rocha, actual directora de Extensión:

Ella era mucho de salir de las aulas, era del trabajo horizontal, de hacer muchas actividades, de compartir y también de hacer actividades de perfeccionamiento. El primer perfeccionamiento que yo tuve fue en el periodo de Mónica Jiménez, en el Área de Gestión, en donde hubo un diplomado, una capacitación fuerte que apuntaba a mejorar la gestión de los directivos.

La gestión empezó a aparecer como un tema importante en las universidades, ya desde la época final de Óscar Cartagena. Cuando don Óscar estaba dejando el cargo, ya él había iniciado el tema de los planes estratégicos y todo eso, pero era como una camisa de fuerza todavía para nosotros. Mónica Jiménez vino a hacer más llevadero eso, demostrando que una buena gestión puede mejorar el trabajo de la universidad y, por lo tanto, el impacto que puede tener en el territorio. Ello lo vino a hacer más amigable. En el siguiente periodo, con Alberto Vásquez, fue más difícil esa parte, lo que se debe quizás a que, a nivel nacional, la exigencia era probablemente más dura, con los procesos de acreditación y el tema de la calidad. Por entonces ya empezamos a preguntarnos de qué manera íbamos a entender nosotros, como UCT, el tema de la calidad.

En noviembre del 2006, tras la llamada «Revolución de los Pingüinos», se aprueba la Ley de Aseguramiento de la Calidad. En cierto sen-

tido, se había tomado conciencia de que el sistema estaba muy desregulado y que se requería fortalecer las capacidades del Estado para poder regular la educación.² La rectora Mónica Jiménez, en esa coyuntura, recibió el llamado de la presidenta Michelle Bachelet para integrar el Consejo Asesor Presidencial para la Educación Superior.

Desde 2005 en adelante, la Universidad Católica de Temuco adquirió plena conciencia de que tenía que cambiar la manera en que atendía a sus estudiantes. El propio modelo educativo, en la época de Mónica Jiménez y con el liderazgo de Tatiana Sánchez, demostró que había que cambiar la forma en que la Universidad Católica de Temuco hacía las cosas, para que los estudiantes fuesen capaces de insertarse adecuadamente en los escenarios ocupacionales. La relación dialógica entre calidad e inclusión se fue profundizando al interior de la universidad, en consonancia con la necesidad cada vez más urgente de reformar el sistema de educación superior en Chile, parte del cual se orientaba cada vez más hacia el lucro y los procedimientos propios de un neoliberalismo agresivo.³

Así, en 2007 se crea el Pivu —Programa de Inserción a la Vida Universitaria— bajo el liderazgo de Paula Riquelme, que gana un proyecto Mecesup para instalar un mecanismo que permitiera nivelar las competencias de entrada de los estudiantes, quienes de ese modo tendrían más recursos para poder enfrentar con éxito su formación. Ese era el foco. Ya no bastaba con la PSU, ya no bastaba con suponer quiénes eran nuestros estudiantes, sino que se necesitaba medir su perfil de ingreso, sus competencias de entrada.

En paralelo, se empieza a incorporar una nueva línea de trabajo en la formulación de un propedéutico, hecho que coincide con la llegada al Consejo Superior de la Universidad Católica de Temuco de dos consejeros externos: Francisco Javier Gil y Benito Baranda, casi al mismo

2 «La CNA se enmarca dentro de la Ley de Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior 20.129, promulgada por la Presidencia de la República en octubre de 2006 y publicada en el *Diario Oficial* el 17 de noviembre del mismo año», como indica el mismo sitio web de la comisión.

3 Para una historia del lucro en la educación superior chilena, recomendamos leer los volúmenes *El negocio de las universidades en Chile* (2007) y *Con fines de lucro* (2013) de María Olivia Mönckeberg, Premio Nacional de Periodismo en 2009.

tiempo. Francisco Javier Gil fue el creador de los propedéuticos y el director de la Cátedra Unesco-Usach de Equidad Universitaria. El escenario, pues, estaba maduro para asumir el propedéutico, una experiencia desarrollada por la Universidad de Santiago. La Universidad Católica de Temuco fue, junto a la Universidad de Santiago y la Universidad Raúl Silva Henríquez, una de las tres universidades que empiezan a desarrollar con fuerza el tema de los propedéuticos, favorecida por el hecho de que teníamos a su propio creador en nuestro Consejo Superior.

Rectorado de Alberto Vásquez Tapia

El primer periodo de Mónica Jiménez como rectora terminó en 2007. Y, aunque fue elegida para un segundo periodo, el 18 de abril de 2008, un mes después de haber asumido, la presidenta Michelle Bachelet la convocó a su gobierno para que asumiera el Ministerio de Educación en su primer mandato. El entonces prorector Alberto Vásquez quedó en interinato y después fue nombrado rector:

La llegada de Alberto Vásquez cambió bastante el escenario —dice Pablo Palet, quien por ese entonces se desempeñaba como director del Instituto de Estudios Teológicos—. El traía otra lógica. De hecho, desmontó el modelo de gestión para reorganizarlo nuevamente en función de las vicerrectorías y las decanaturas. Yo habría soñado con seguir con el modelo anterior, pero la verdad es que el riesgo era bastante alto porque no estábamos bien preparados para eso. Pero esa es otra discusión.

La Cumbre del Modelo Educativo fue la instancia que pidió Alberto Vásquez para que se analizara en profundidad la viabilidad de un modelo que, a todas luces, parecía encarecer el funcionamiento de la Universidad Católica de Temuco de manera insostenible. Dicha cumbre fue una jornada completa destinada a evaluar el mérito de la reforma vigente en términos de su factibilidad, generando los cambios necesarios que permitieran asegurarla, junto con evaluar los fundamentos de los cambios aplicados a la Dirección de la Universidad.

El modelo educativo pasó la prueba. Solo quedaba la reforma al modelo de gestión. Bajo el lema de «Academizar la gestión», se elimina-

ron las Direcciones Generales (excepto la de Docencia y la de Investigación). La Universidad Católica de Temuco quedaría configurada con un Área de Gobierno, donde iban a estar la Rectoría y la Prorrectoría, más un Área Académica y un Área de Administración, lideradas por sus respectivos vicerrectores.

EL HIMNO DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TEMUCO

Acercándose a la celebración de los cincuenta años de la universidad, parecía ya necesario contar con un himno propio que diera cuenta del espíritu y sentido de la institución. En los tiempos de Sede de la Pontificia Universidad Católica el coro entonaba una breve pieza musical, pero era más bien el himno del propio coro. Se encargó la tarea de escribir la letra de nuestro himno a un hombre de la casa, un profesional de las letras que, dado su conocimiento de la Universidad Católica de Temuco tras una vida entera ligada a ella, pudiera plasmar en unos cuantos versos el sentido y misión de la institución. Así, en pocos días, Arturo Hernández Sallés entregó el texto al Conservatorio de Música de la universidad. Allí, se me encargó a mí, Carlos Lloró, profesor de guitarra clásica y teoría musical, crear la composición (melodía y armonía) que diera vida y sonoridad a nuestro emblema vocal.

La música del himno fue pensada en la guitarra y después llevada a la partitura para coro a cuatro voces. La primera parte, en tonalidad de mi menor, busca propiciar un estado de reflexión y recogimiento, donde las notas de larga duración coinciden con las palabras que evocan mayor introspección —la palabra Dios, por ejemplo—, permitiendo una breve pausa en la escucha para meditar sobre el sentido de dichas palabras. La segunda parte o estribillo, escrita en sol mayor, invita a la celebración y a la esperanza. El lenguaje armónico está inspirado en algunas de las composiciones corales del gran músico alemán Georg F. Händel, autor del célebre oratorio *El Mesías*.

El himno fue presentado en sociedad por nuestro coro, precisamente en la ceremonia de aniversario del cincuentenario de la universidad. Allí resonó en el aula magna por primera vez el estribillo «Orgullosos y confiados / construimos sociedad, / de Temuco, la Católica, / nuestra

universidad», entrelazado con los acordes de aroma händeliano. A continuación, el texto completo del himno:

Nace Católica en Temuco,
 araucaria, roble y piñón.
 Fe y razón en tu regazo
 docencia, investigación.
 De la Iglesia nace al amparo
 Menchaca Lira, fundador.
 La región le brinda su respaldo,
 universidad, primer actor.
 Orgullosos y confiados
 construimos sociedad,
 de Temuco, la Católica,
 nuestra universidad.
 La verdad, el bien y la belleza
 en la búsqueda de Dios,
 nuestros valores permanentes
 iluminan la misión.
 Formando siempre estudiantes,
 con sabiduría y pasión,
 nuestro afán más sagrado
 está inspirado en el amor.
 Orgullosos y confiados
 construimos sociedad,
 de Temuco, la Católica,
 nuestra universidad.

CÁTEDRA FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

El año 2009, durante la gestión del rector Alberto Vásquez, se creó la Cátedra Fray Bartolomé de las Casas, que vino a coronar una larga historia de acciones encaminadas a repensar las ciencias sociales en la Universidad Católica de Temuco, desde la fundación de la Cátedra Juan XXIII de Estudios Sociales en 1967. Con la creación de esta nueva cátedra, como evidencia la cuenta de gestión de Rectoría del periodo 2008-2012, se buscó consolidar la conciencia e identidad católica de la

universidad, cimentar el diálogo y la razón como medios para resolver dificultades, reafirmar y proteger la dignidad humana, y extender el diálogo intercultural.

La cátedra fue dirigida, en sus inicios, por el destacado académico Ricardo Salas Astrain, quien contribuyó a fortalecer sus cimientos como un espacio dedicado a la investigación interdisciplinar y al desarrollo de la filosofía crítica intercultural. En los últimos años, ha encabezado la cátedra el profesor José Quidel, quien, además, es *longko* de su *lof*. El propio Quidel nos cuenta sobre ello:

Lo que yo me propuse —explica el profesor Quidel— fue visibilizar el conocimiento de los pueblos indígenas, un poco para terminar con todo el tutelaje a nivel histórico, en términos de pensamiento, de parte del mundo occidental, como si siempre el indígena hubiese necesitado que otros hablen por él. Entonces, me propuse el trabajo de que fuésemos los indígenas quienes hablemos por nosotros, que nos tomemos la tribuna y que podamos mostrarle al mundo académico nuestra propia voz. En las clases magistrales que se hacen anualmente, hemos contado con destacados representantes del pensamiento indígena, como el ecuatoriano Armando Muyolema, quechua, y la guatemalteca Aura Cumes, maya. Y en tiempos de pandemia, hemos hablado de la monoculturalidad como un modo de romper la hegemonía epistémica, ideológica, cultural, política, que se va enquistando permanentemente y que ya nosotros la estamos visibilizando como una problemática.

QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO

En marzo del 2009 se inaugura el edificio Cincuentenario, una de las obras de infraestructura más importantes y emblemáticas de la Universidad Católica de Temuco. La ceremonia de inauguración —que contó con la bendición de la obra por parte del gran canciller de la universidad, monseñor Manuel Camilo Vial— coincidió además con la sesión del Consejo de Rectores en nuestra casa de estudios. Diez años después, el edificio Cincuentenario adquiriría nuevas luces en la historia de la institución, al recibir el nombre de edificio Adalberto Salas.

El nueve de septiembre de 2009, en la homilía de la misa del cincuentenario, monseñor Manuel Camilo Vial reflexiona en torno al camino recorrido:

Monseñor Menchaca Lira, con un celo apostólico extraordinario y con un conocimiento acabado de la diócesis que se le había confiado, intuyó que la educación sería tarea importante para el crecimiento y desarrollo de un pueblo sencillo y con pocas oportunidades de formación, como era Temuco en la década del cincuenta. Es así que, apoyado por insignes vecinos de la ciudad, decide crear la Universidad de la Frontera, una idea visionaria y audaz, cuyos frutos podemos apreciar hoy en la Universidad Católica de Temuco [...].

¿Qué significa que sea «católica»? Significa que su identidad primera es ser cristiana. Somos seguidores de Cristo y, por lo tanto, nuestra universidad tiene el sello de Cristo: el de no ser servido sino de servir, el de poner los talentos a disposición de los hermanos más desvalidos, el del samaritano que auxilia a su prójimo, el del buen administrador que duplica el capital recibido, el de María que emprende un viaje para ayudar a su prima.

Su segundo apellido es «de Temuco». Es decir, pertenece a esta hermosa región del sur de Chile. Es de La Araucanía y esta característica le da su identidad especial, porque nuestro pueblo tiene la rica mezcla de la sangre conquistadora del español y de la prestancia y amor a la tierra del pueblo mapuche. Es en esa interculturalidad que el Señor nos ha colocado y es en esta hermosa tierra que debemos reflejar el espíritu evangélico y la actitud de servicio de María [...].

Ojalá cada uno de quienes conformamos la Universidad Católica de Temuco podamos encarnar la fe, docilidad y mansedumbre de María al recibir el anuncio del Señor, pero al mismo tiempo la fuerza, entereza, fidelidad e inteligencia con la que llevó adelante su misión.

Proceso de acreditación del 2010

Franqueando el cincuentenario, llegaba el momento de enfrentar el proceso de acreditación del año 2010. El informe de los pares evaluadores mostró una Universidad Católica de Temuco que crecía, una universidad más grande que se arriesgaba y hacía apuestas; mostró el modelo

educativo, mostró los cambios y transformaciones que había que hacer al modelo de gestión, pasando de las direcciones generales a las vicerrectorías; una universidad que se atrevía a hacer cambios, pero que no persistía en esos cambios si es que detectaba señales de que no llevarían por buen camino. En los aspectos formativos del modelo educativo, la universidad aparecía haciendo las correcciones necesarias para darle viabilidad.

El relato resultaba coherente. Sin embargo, a pesar de haber tenido un muy buen informe de los pares evaluadores, cuando la Universidad Católica de Temuco se enfrenta al juicio de la CNA, queda en evidencia un aspecto que hasta ese entonces no había formado parte de la gramática de la acreditación. Por entonces, había comenzado a aparecer la debilidad de instituciones que obtuvieron su autonomía y a las cuales la CNA acreditaba por dos o tres años, que crecían mucho en términos de sede, pero que no lograban sostener sus escalas de crecimiento y pronto se enfrentaban a escenarios de quiebra. La mirada en torno a las finanzas comenzó a ser una mirada no trivial. Empezó a ser una mirada sustantiva. ¿Y qué ocurrió? Que la CNA demostró con datos que los números de la Universidad Católica de Temuco indicaban una posición casi de insolvencia, en términos de los compromisos financieros contenidos en su deuda. La deuda superaba en 2,06 veces el patrimonio de la universidad, por lo que la CNA decide darle a la Universidad Católica de Temuco solo tres años de acreditación.

La interpretación de la CNA fue controvertida. Algunos opinaban que es distinto analizar las decisiones financieras de una institución desde la perspectiva de la caja chica, desde la perspectiva contable, que desde la perspectiva de la inversión. En el caso de la Universidad Católica de Temuco, ¿quién podría afirmar que la deuda que estaba adquiriendo no iba asociada a su desarrollo, que si se aumentaba el patrimonio al financiar un edificio en el campus Norte, no era para convertir esta infraestructura en un polo de desarrollo regional?

Otro punto importante era que la planificación de la Universidad Católica de Temuco había pasado a ser a diez años, iniciándose justamente ese 2010. De hecho, los claustros que dieron curso a las decisiones

estratégicas tomadas en el marco de la planificación 2010-2020 se desarrollaron durante el mando del rector Alberto Vásquez.

La Universidad Católica de Temuco apeló al Consejo Nacional de Educación y obtuvo su acreditación por cinco años, que correspondían a la posición de mejoramiento presentada en el informe de los pares evaluadores. Pero el Área de Investigación no fue acreditada (Acuerdo 048/2010 del Consejo Nacional de Educación).

Un año después, con el Decreto de Rectoría 99/11, se crea la Escuela de Ciencias de la Salud, inaugurando cinco carreras: Fonoaudiología, Kinesiología, Terapia Ocupacional, Nutrición y Dietética, y Tecnología Médica, a las que sumaría más tarde Psicología, que formaba parte de la Facultad de Ciencias Sociales. Esas seis carreras, consolidándose en el tiempo, abrirían una nueva y potente área de excelencia, mediante la cual la Universidad Católica de Temuco ampliaría su compromiso de servicio con la región de La Araucanía. Con ello, además, como se deja ver en el *Informe de autoevaluación institucional* del proceso de acreditación 2019, se promovería «la formación de profesionales de excelencia comprometidos con la prevención de la salud y el tratamiento de enfermedades, desde una perspectiva integral y con énfasis en salud familiar y comunitaria».

Rectorado de Aliro Bórquez Ramírez

Al asumir la Rectoría en 2012, don Aliro Bórquez Ramírez se convierte en el tercer rector de la Universidad Católica de Temuco que resulta electo mediante el sistema del Comité de Búsqueda. Además, como los directores Víctor Raviola y Yosuke Kuramochi y el rector Óscar Cartagena, Aliro Bórquez llegó a dirigir la institución tras un largo recorrido al interior de la universidad. Es decir, era un «hombre de la casa». De su mano, la Universidad Católica de Temuco daría un salto exponencial hacia el futuro. Destacamos a continuación algunos hitos de su gestiones 2012-2016 y 2016-2020, para más adelante, al final, dar paso a un conjunto de sus ideas.

La primera tarea de Aliro Bórquez como rector fue reordenar la economía de la universidad, esgrimiendo una política de austeridad que

permitiera reflotar el ámbito financiero. Gracias a esa política, en muy poco tiempo se pudo lograr un escenario económico que le permitiría a la Universidad Católica de Temuco, en 2019, alcanzar genuinamente los cinco años de acreditación en las cuatro áreas presentadas, esta vez incluyendo Investigación.

Boris Isla, director general de Gestión Institucional, nos explica que uno de los propósitos fundamentales de la Universidad Católica de Temuco durante el primer rectorado de Bórquez fue incorporar el componente de la inclusión como un rasgo esencial de la formación que ofrece la universidad. Esto es, extender y profundizar esa relación dialógica entre inclusión y calidad que debería estar en el programa de toda universidad con vocación de servicio y visión de futuro:

De hecho —comenta Boris—, el Propedéutico en la UCT alcanzó una dimensión tal que llegó a ser el programa con más estudiantes a nivel nacional. El éxito en el modelo de trabajo derivó en que, cuando fue creado el Programa de Acompañamiento y Acceso Efectivo a la Educación Superior (PACE), que anunciara la presidenta Bachelet en su discurso del 21 de mayo del 2014, nos convirtiéramos en la institución que desarrolló el proyecto piloto más amplio dentro de la implementación del PACE, lo que empezó a tener resonancia en la política pública nacional para la educación superior.

Por ese tiempo se tomó otra decisión sumamente importante y es que se decide abrir nuevas alternativas que permitieran otorgar más posibilidades de ingreso a jóvenes provenientes de contextos vulnerables. Ya el informe de la consultora Pearson de 2013 dejó en evidencia que los instrumentos de la PSU eran inadecuados para ser utilizados como único fundamento al decidir si un estudiante puede o no puede entrar a la universidad; básicamente, criticaba las altas consecuencias de la PSU. Entonces, el Cruch atiende esto, toma la experiencia del propedéutico de Francisco Javier Gil y dice: «Muy bien, esa experiencia se basa en la posición del estudiante al momento de egresar, entonces vamos a incorporar un nuevo factor de selección; además de la prueba de PSU y de las notas de enseñanza media, vamos a incorporar la posición del estudiante al momento de egresar». Es lo que conocemos como «ranking».

Ahora, ¿qué es el ranking? A diferencia de la PSU, que es una prueba que se toma en un solo momento, el ranking lo que hace es que valora tu desempeño a lo largo de cuatro años y después identifica cómo te fue en relación

con tus pares. Por lo tanto, tu desempeño es relativo, es un desempeño en función de tu contexto educacional, no en función de un contexto único homogéneo. Por eso se le llama «talento académico basado en el desempeño relativo».

Entendí —y se lo comenté a Boris— que lo bonito del Bachillerato, programa en el que he tenido la fortuna de trabajar desde su misma fundación, es que da a los estudiantes un año completo para que puedan limar las diferencias que tienen con los privilegiados, mediante un completo arsenal de herramientas: orientación vocacional y gestión personal, entre otras.

Exactamente —asintió Boris—, cuando tú creas el porcentaje para el ranking, cuando empiezas a darle más fuerza al ranking, necesitas un Bachillerato. Entonces ahí cobra fuerza el Bachillerato y permite la entrada de treientos estudiantes, convirtiéndose en una vía de acceso masivo, porque nosotros confiamos en el desempeño relativo, en el contexto.

SE CREA LA VICE GRAN CANCELERÍA

Con el objetivo de ganar una mirada más cercana a la universidad, su gran canciller y obispo de la diócesis monseñor Manuel Camilo Vial creó la Vice Gran Cancillería, que, entre otras importantes funciones, tiene la de velar «por el carácter católico identitario de la universidad, facilitando vínculos de comunión tanto al interior de la comunidad UCT como en la iglesia local», tal como se expresa en su sitio web institucional. Es al mismo tiempo de su creación que se decide incorporar la pastoral universitaria al interior de esta unidad.

Desde su mismo comienzo, la Vice Gran Cancillería adoptó una postura protagónica respecto del sello de la Universidad Católica de Temuco o sello UCT. De las observaciones derivadas del *Informe del Comité de Búsqueda de Rector 2012-2016* acerca de la necesidad de fortalecer la identidad de la universidad, se extrae:

Bajo la premisa de que la UCT es una casa de estudios católica y regional, se convocó a una comisión institucional liderada por la Vice Gran Cancillería

que elaboró el documento *Ser y quehacer de la Universidad Católica: Marco inspirador y principios orientadores*, que revisó y actualizó los fundamentos de la identidad y misión de la UCT.

La Vice Gran Cancillería, liderada por el vice gran canciller presbítero Juan Leonelli, se ha preocupado, además, de dar vida a muchas iniciativas que han fortalecido la cohesión dentro de la universidad. Una de las más emblemáticas es la Dirección de Integración, a la cual se suman la Jornada Sello —que se realiza anualmente con participación de toda la comunidad y se ha convertido ya en una tradición—⁴ y también el programa de voluntariado, que se ha proyectado de manera activa en el servicio a la comunidad.

A este respecto, consideramos oportuno citar una frase de la coordinadora del voluntariado, Montserrat Fernández, cuando dice que «el voluntariado de la UCT existe hace sesenta años». Y es que en esa frase se está señalando, en pocas y precisas palabras, la firme continuidad y coherencia de una de las líneas rectoras de la identidad UCT: la capacidad de sus hombres y mujeres para engrandecer la institución con invencible vocación de servicio. Voluntario fue Alejandro Menchaca Lira, quien dio el primer paso para conferirle materia al sueño de una ciudad; voluntario fue Pedro Adán Caro, quien donó la primera propiedad; voluntario fue Enrique Eilers, quien abordó la educación mediante el cine como una cruzada universitaria; voluntario fue monseñor Sergio Contreras, quien tomó decisiones valientes para garantizar que la UCT siguiera siendo fiel al proyecto de Alejandro Menchaca Lira, in-

4 Las Jornadas Sello son una práctica anual y participativa de reflexión y diálogo, promovidas por la Universidad Católica de Temuco, que buscan fortalecer su identidad institucional y la comunidad universitaria en torno a su sello y valores distintivos. Iniciadas en 2017 con un foco en la identidad católica, estas jornadas han ampliado progresivamente su temática hacia la responsabilidad social universitaria, la construcción de comunidad y el diálogo con el entorno, integrando a académicos, estudiantes y funcionarios. Se estructuran en conferencias plenarias y mesas de trabajo interdisciplinarias que reúnen a centenares de participantes y concluyen con la sistematización de desafíos y propuestas. Este trabajo retroalimenta luego el documento *Ser y quehacer* y proyecta de manera concreta el sello institucional en la vida académica, administrativa y estudiantil.

cluso cuando se le negaba la posibilidad de ejercer como gran canciller; y voluntario fue Óscar Cartagena, quien, sin prebendas especiales, fue a meterse a la boca del lobo para traer la perla de la autonomía.

MONSEÑOR VARGAS Y LA DIMENSIÓN PASTORAL DE LA EDUCACIÓN

El 6 de julio de 2013 asume como obispo de Temuco —y gran canciller de la Universidad Católica de Temuco— monseñor Héctor Vargas Bastidas. Su lema: «Testimonio de Cristo pastor». Con una vasta trayectoria en el campo de la educación, que incluye su labor como representante de la Oficina Mundial de Educación Católica (OIEC) ante la Comisión Económica de Naciones Unidas para América Latina (Cepal) y como presidente del Área de Educación de la Conferencia Episcopal de Chile (cargo que ejerce en la actualidad), monseñor Vargas ha contribuido a otorgar una más amplia expresión corporativa al sello institucional de la UCT. Ha impulsado, entre otras iniciativas, el establecimiento de la Jornada Sello junto con la Vice Gran Cancillería, con el objeto de que la comunidad pueda reunirse y reflexionar, en un marco abierto y con altura de miras, sobre el ser y el quehacer de la universidad. A ello debemos agregar la creación de capellanías para cada una de las facultades.

Su vasta experiencia en la materialización de proyectos de alto impacto, especialmente en el ámbito educacional, lo convierten en el pastor indicado para atender las complejidades de un territorio como La Araucanía y el rol central que la Universidad Católica de Temuco ha sido llamada históricamente a jugar en este territorio y que monseñor Vargas, como su gran canciller, ha sabido desarrollar. En cada una de sus homilias, durante la celebración de las misas de aniversario de la universidad, monseñor Vargas ha planteado una clara línea orientadora del caminar de la institución, permitiendo una revisión de cada uno de los puntos en los que ese caminar se asienta y establece, en armonía con el espíritu fundacional que la anima y con las exigencias de los nuevos tiempos.

Ese año en que asume monseñor Vargas como gran canciller de la universidad fue pródigo en creaciones. Como deja ver la cuenta de gestión de Rectoría del periodo 2012-2016, en el ámbito de la vinculación se creó el programa universitario Viva Comuna, «cuyo objetivo principal

ha sido contribuir al desarrollo artístico y cultural de las comunas de la región de La Araucanía». Se creó también el programa Colegios, «con el fin de avanzar en la relación estrecha con los establecimientos de educación secundaria de La Araucanía», y la Facultad Técnica, «cuyo propósito es impartir carreras en las áreas de la educación, los recursos naturales y los servicios a la industria, con programas de dos años de duración».

También en 2013, Ediciones UCT obtuvo un reconocimiento a la calidad de su producción a nivel nacional al resultar ganadora del Premio Dr. Rodolfo Oroz, otorgado por la Academia Chilena de la Lengua, el libro *La mediación lingüístico-cultural en tiempos de guerra: Cruce de miradas desde España y América*, editado por Gertrudis Payas y José Manuel Zavala. Dos años más tarde, Ediciones UCT daría otro paso importante en su consolidación al reeditar, con prólogo del Premio Nacional de Historia Jorge Pinto (2012), el emblemático libro *Y así nació La Frontera: Conquista, guerra, ocupación, pacificación. 1550-1900*, de Ricardo Ferrando Keun.

A propuesta de la Vice Gran Cancillería, se instauró en 2015 el Premio Monseñor Menchaca Lira, que, como expresa el rector en la cuenta de gestión de rectoría del año siguiente, estaba orientado a «los funcionarios que destaquen por su compromiso y testimonio con la identidad y misión institucional. El primer funcionario en recibir este reconocimiento ha sido el académico Juan Pablo Beca Frei».

A lo largo de sus sesenta años de vida institucional, nuestra universidad tiene y ha tenido destacados académicos. Un ejemplo fue la llegada a Chile (y particularmente a nuestra universidad) en 1973 del doctor en Arqueología y Antropología Tom Dillehay, especialista norteamericano que se unió a nuestra institución y que cuatro años más tarde descubriría el sitio arqueológico Monte Verde hacia el oeste de Puerto Montt, el asentamiento humano más antiguo de América. Sus trabajos y sus comprobaciones posteriores generaron una revolución en la teoría del poblamiento americano. El año 2015, el Honorable Consejo Superior, por decisión unánime, decidió conceder la distinción de doctor *honoris causa* de la Universidad Católica de Temuco al Dr. Dillehay como reconocimiento a su notable contribución científica al mundo. El Dr. Dillehay mantiene vínculos académicos con nuestra institución, con

sus exalumnos y con los docentes, y es un asiduo visitante de la universidad, dando conferencias y sosteniendo algunos encuentros presenciales con estudiantes de pre y posgrado.

Cerrando este recuento lleno de logros, en el proceso de acreditación de 2015, la universidad obtiene cuatro años en las cuatro áreas presentadas, acreditándose el Área de Investigación por primera vez. No podemos dejar de mencionar que 2015 es el año en que inician su recorrido «los primeros doctorados de la institución, el Doctorado en Ciencias Agropecuarias y el Doctorado en Educación, este último en consorcio con las universidades del Bío-Bío, Católica del Maule y Católica de la Santísima Concepción». A ellos se sumaría el Doctorado en Estudios Interculturales dos años más tarde. Los tres programas se encuentran actualmente acreditados ante la CNA.

POLÍTICA DE GÉNERO

Otro hito anticipatorio en la gestión del rector Aliro Bórquez ha sido la implementación de una política de género, tema en el que ha contado con una colaboradora fundamental: Marcela Momberg, actual prorectora de la universidad. Al respecto, la prorectora nos cuenta:

El tema de género no es nuevo para la UCT —explica Marcela—. Estamos hablando de décadas de cómo construimos sociedad, cómo nos entendemos en el ser hombre o en el ser mujer. Entonces, el tema de género lo fuimos trabajando nosotros desde el 2017, con protocolos específicos, con propuestas frente a situaciones de acoso sexual, situaciones de violencia. Claro, a todas las universidades se les exige, en mayo de 2018, hacerse responsables del tema. Pero ya en la UCT veníamos trabajando en ello desde antes. Y hoy somos la primera universidad de la Red de Universidades Públicas no Estatales que tiene una política de género para todo el quehacer universitario.

La capilla Jesús Maestro: Pulmón espiritual de la UCT

El 30 de noviembre del 2015, en el sitio web de la UCT, se publica una nota titulada «Templo Jesús Maestro: Nuevo centro y corazón pastoral de nuestra Universidad», que da cuenta de la consagración de la capilla

más importante de la universidad. La nota, firmada por la periodista Macarena Maturana, informa que la ceremonia consagratória fue presidida por el gran canciller, monseñor Héctor Vargas Bastidas (QEPD), quien «recibió de manera simbólica el plano y llaves de la nueva capilla por parte del arquitecto Sr. Enrique del Río». El rector Aliro Bórquez Ramírez, presente en la ceremonia, destacó que «dentro de nuestro compromiso de formación humanista cristiana, es tan importante la formación profesional de nuestros estudiantes como la espiritual, y el construir este templo acá era algo muy soñado, un espacio de encuentro para toda la comunidad». Luego, el rector agregó:

Estamos muy contentos de haber podido materializar este templo, el cual es producto y esfuerzo de muchas personas, funcionarios, académicos, estudiantes y privados, que con su aporte pecuniario ayudaron a terminar la capilla. Esperamos que prontamente se pueda transformar en una parroquia universitaria y así no solo congregar a la comunidad de la UCT, sino poder atender las necesidades espirituales de todas las personas.

En la sección final de la nota periodística se lee:

Cabe destacar el relevante aporte que realizó el padre Pablo Andrés Arnaudon (QEPD), quien se desempeñó como capellán de la universidad y contribuyó de manera importante para financiar la capilla, la cual está emplazada a la entrada del campus San Juan Pablo II, que servirá como lugar de oración y punto de encuentro para suscitar y estimular la vivencia comunitaria de la fe, para celebrar la eucaristía y testimoniar el valor trascendente del ser humano.

Como nos cuenta monseñor Manuel Camilo Vial, uno de los artífices de esa obra:

Tengo recuerdos de las capillas que ha habido en la universidad. La primera, que estaba al lado del obispado, en la casa donde comenzó la universidad. Y luego, la de Pablo Andrés, muy importante, porque estaba tan bien colocada...⁵ y él le infundía vida. Después, sabíamos de la necesidad de un

5 Se refiere a la capilla de madera a la entrada del campus San Francisco, hoy reemplazada por una más moderna en el edificio de la Facultad de Ciencias Religiosas y Filosofía.

pulmón espiritual, pero, como no teníamos medios, tuvimos solo capillas pequeñas, hasta que surgió la posibilidad, con el arquitecto Enrique del Río, de una capilla en el campus San Juan Pablo II que, situada de este lado de la laguna, le diera la bienvenida a quienes llegaban al campus y fuera ese pulmón espiritual tan necesario. Pusimos la primera piedra, pues, y se construyó, gracias principalmente a la donación de Pablo Andrés Arnaudon, quien puso sus ahorros al servicio de esta noble causa. Valga decir que Pablo Andrés era el corazón de la pastoral universitaria y eso se veía cada día. Hoy existe en la UCT un edificio con su nombre. Entonces, para mí esta obra, que es de Dios, es importante que tenga ese reflejo. Es la obra de Dios y la imagen de la Virgen, que es muy importante. El mural del interior de la capilla lo creó el profesor Rodrigo Gallardo. No se quiso poner la cruz arriba de la capilla, sino en medio de la plazoleta, porque lo que se quiso santificar es el espacio mismo donde se congregan los estudiantes. La cruz domina visualmente la entrada del campus.

Al respecto, es interesante explorar la historia de esas «capilla pequeñas» a las que se refiere monseñor Manuel Camilo Vial. A mediados de los ochenta funcionó una capilla muy pequeña, que era más bien como un oratorio, en el campus Menchaca Lira, donde estaba la oficina del director del Centro Teológico Pastoral, don Ricardo Ferrando Keun, quien era además diácono permanente. Capellán de esa capilla fue el padre Juan Leonelli, nombrado por ese entonces como asesor diocesano de la pastoral universitaria.

Otra capilla funcionó en el Instituto de Estudios Teológicos, creado a mediados de los noventa, con sede en una casa antigua al fondo del campus San Francisco. El padre Juan Leonelli nos cuenta:

Yo llegué en el 1996 como director del Instituto y ahí trabajamos con el equipo de Artes, en un proyecto para darle más personalidad de capilla. En los talleres de Diseño hicieron el vía crucis, que era bien bonito, con clavos de tren. Y se acomodó mucho más esa capilla. Y funcionó hasta que llegó don Jorge Hourton, quien realizó gestiones con el Hogar de Cristo, para que le regalaran la capilla de madera que fue instalada a la entrada del campus San Francisco [la misma a la que monseñor Vial se refiere como «la capilla de Pablo Andrés»]. Paralelamente, se consideró la necesidad de una capilla en el campus Norte.

En esa capilla de madera, cuya sencilla estructura contrastaba con la arquitectura severa y maciza del campus —casi como una puerta secreta a otro mundo, quizás una evocación de la colina de Asís donde vio la luz San Francisco—, el padre Pablo Andrés Arnaudon, capellán de la UCT, desarrolló sus labores eclesíasticas. Fue un importante lugar de reunión y comunión, en el que incluso se realizaron conciertos del conservatorio de música de la UCT. En septiembre de 2018, junto con el edificio de la Facultad de Ciencias Religiosas y Filosofía, se inauguró la nueva capilla del campus San Francisco, que incluía un patio de oración, y aquella humilde capilla de madera se donó a la comunidad eclesial Jesús Nazareno —perteneciente a la parroquia de La Anunciación—, ubicada en la población Villa Arquenco del sector Pedro de Valdivia. Allí puede visitarse hoy en día.

Con la consagración del Templo Jesús Maestro se completa, pues, un circuito virtuoso en el que la necesidad de congregación espiritual buscó su cobijo, circulando como una suerte de linfa a través de estos diversos centros devocionales que, provisorios unos, permanentes otros, sirvieron a un mismo y delicado propósito: resguardar la fe y la comunión al interior de la universidad.

Aliro Bórquez y el sueño de los fundadores

Conversar con don Aliro Bórquez es entrar de lleno en una historia de vida marcada por la continua superación personal y la búsqueda de soluciones. En un mundo que promueve la creencia en los estereotipos, la palabra *rector* suele asociarse al adjetivo *privilegiado*. No lo fue don Aliro. Dejemos que él mismo nos lo cuente:

Nací en Antofagasta, en una familia muy pobre. Mi papá venía de la salitrera, de un barrio muy deprimido, él fue un obrero del puerto de Antofagasta y trabajaba ahí como «movilizador». Nosotros somos tres hermanos y el foco era que teníamos que estudiar. Ahora, ¿por qué yo entré en Acuicultura? Porque mi hermana había quedado en la sede de la Chile y, como en esa época había arancel diferenciado, si dos hermanos estaban en la universidad pagaba uno solo. Entonces, como a mí me gustaba el área de los recursos naturales, no tenía otra opción que postular a la Universidad de Chile,

tenía que ser práctico. En esa época se crea esta carrera nueva, Ingeniería en Acuicultura, así que entré a estudiar y terminé como primer egresado. Un profesor me invitó a quedarme en la universidad para enseñar. Fui profesor de mis propios compañeros de ingreso. Como debía darles clases, sentía que tenía que prepararme, entonces empecé a importar libros de España, libros que se demoraban como cuatro meses y llegaban en barco, medio mojados. Me fui haciendo mi propia biblioteca.

Para finalizar nuestro recorrido histórico, hemos decidido seleccionar una serie de ideas y reflexiones del rector Aliro Bórquez, entrelazadas a partir de su propia historia de vida y su incesante bregar al servicio del desarrollo de la Universidad Católica de Temuco. En estas reflexiones podemos entrever la UCT del futuro, trazando una línea de conexión con el sueño de los fundadores y el esfuerzo de tantas personas que han contribuido al ennoblecimiento —no solo al crecimiento— de la institución:

VISTA Y VISIÓN

Nunca puedo ser —y trato de transmitir eso— autocomplaciente. «Ah, mira, si estamos bien, ¿para qué nos vamos a esforzar?». Si uno quiere movilizar el desarrollo personal, familiar o institucional, siempre tiene que tratar de ver un poco más allá de lo que alcance la vista directa, con esa visión empiezas a trabajar. Cuando llegué a la UCT, siempre pensé que esta universidad debería ser más compleja, entonces mi visión estaba puesta en esa dirección, estaba trabajando para eso, y cuando se alcanza la meta ya estoy mirando un poco más lejos.

LIDERAZGO COMPARTIDO

Lo otro es que creo mucho en el liderazgo compartido, creo en las personas y en asignarles responsabilidades. Y, a pesar de que siempre estoy como encima de todo y quiero saber todo lo que está funcionando, también creo que las personas son capaces de construir cuando uno les da el espacio de confianza. Por ejemplo, cuando planteo una idea, no me gusta que todos me digan inmediatamente que están de acuerdo. Me siento mucho más a gusto cuando me interpelan, porque, en la medida que vamos cuestionan-

do nuestras propias posiciones, vamos creciendo y construyendo mejores cosas. El desarrollo de la UCT es la suma de los esfuerzos individuales y es la expresión de ese deseo de cambiar. Siempre digo que todo lo que uno hace se puede optimizar, porque, si no, el mundo no hubiese avanzado. Pero hay que atreverse a dar el primer paso, la idea es atreverse a avanzar. Pequeños pasos hacia un resultado, en un flujo constante.

Siempre hay una mejor solución, es cuestión de ponerse a pensar, reflexionar, discutir con otro. Entonces, a mí me gusta en la UCT el liderazgo compartido, dejar que expresen sus ideas las otras personas, porque el éxito de la universidad es la suma de lo que aporta cada uno. Me gusta sentirme como un director de orquesta, que hace sonar los clarinetes de repente o que hace sonar el timbal, pero el conjunto da una riqueza musical que todo el mundo puede apreciar.

HAZ BIEN TU TRABAJO, PORQUE SIEMPRE HAY ALGUIEN MIRANDO

Me gustaría que más jóvenes tuvieran esa inquietud de querer construir algo sin mirar el fruto, sin mirar si me van a pagar o no me van a pagar. Entonces, cuando yo veo jóvenes que hacen cosas nuevas digo: «Esas son las personas que tienen que venir a trabajar a la UCT, estos son los talentos que necesitamos, porque están pensando más allá, concentrándose en lograr algo sabiendo que todo lo demás viene por añadidura». Y pongo un ejemplo con las estudiantes de Ingeniería Paola Huilcán y Francisca Meléndez, que, al darse cuenta de que la mayoría de los ejemplos de emprendimiento que se citaban en su carrera correspondían a casos de fuera, decidieron hacer una recopilación de casos de emprendedores locales y crearon esta hermosa publicación que tengo aquí: *Araucanía emprende*.

Mi papá era una persona sin educación formal, pero con sabiduría. Nunca olvidaré lo que me decía: «Cuando vayas a pedir trabajo, nunca preguntes cuánto te van a pagar. Si te dan el trabajo hazlo, y ve y hazlo bien, porque siempre alguien está mirando lo que tú haces». Es mejor demostrar primero nuestras capacidades. Siempre les digo a los jóvenes: «Tú tienes que hacer siempre bien las cosas porque hay alguien que te está mirando, hay alguien que va a reconocer el esfuerzo que tú haces». Y eso tiene que ver con lo que me decía mi papá, tu foco debe estar puesto en lo que vas a aportar y no en lo que vas a recibir, el resto viene por añadidura. Mirar la vida desde la perspectiva de construir algo mejor, cómo somos capaces de aportar algo

para hacer un mejor país, una mejor sociedad, no con la mirada puesta en la retribución, sino en el servicio.

Me he preguntado, ¿por qué don Óscar Cartagena me llamó al puesto de vicerrector académico si había muchos profesores antiguos cercanos a él? La única explicación que encuentro es que mi esfuerzo estuvo puesto en aportar. Justo alguien me estaba mirando. Ahora, la Universidad Católica de Temuco existe por el esfuerzo de muchas personas que a lo mejor nunca tuvieron la retribución que debíamos darle. Pienso en Silvia Vidal, en Osvaldo Rubilar, María Villanueva y en tantos otros que han sido pilares de la UCT y que conocí cuando llegué a Temuco, fueron como el peldaño que permitió que otros la fueran proyectando con mayor complejidad. No podemos ser ingratos con ellos. Cuando me encuentro con alguien medio irrespetuoso, le digo: «Mira, esas personas de las que estás hablando han dado la posibilidad de que tú estés hoy día en la UCT». Esas personas fueron las que incluso pusieron plata de su bolsillo para que muchas de las cosas que en la UCT tenían que ocurrir en ese momento ocurrieran. Si tenemos hoy más de diez mil estudiantes, mil y tantos funcionarios y toda esta infraestructura, es porque muchas personas, con sudor y lágrimas, pusieron los cimientos y los primeros ladrillos. Todos nosotros tenemos que estar agradecidos de ellos.

EL ESPÍRITU DE CONSTRUCCIÓN NO HA TERMINADO

—Entonces —comento—, el espíritu de construcción, el de Jaime Arellano, el de Alejandro Menchaca Lira, no ha terminado.

—¡Claro que no! —exclama el rector—. Nosotros con orgullo hablamos de sesenta años, y yo estuve hace poco en la Universidad de Salamanca, cuando cumplió novecientos años, y después estuve en la de Bolonia, que tiene casi mil años. ¿Qué es la UCT al lado de esos proyectos? Pero nosotros tenemos que alimentar la visión de construir un gran proyecto en esta región, un proyecto que siga desarrollándose en ciento veinte años más.

¿Cuál es el profesor que nosotros tenemos que formar ahora en los próximos diez años? Porque es un profesor que va a ser para alumno virtual, no un alumno que va a tener todos los días en la sala de clases. Tenemos que pensar cómo vamos a formar a ese profesor que se va a desempeñar cada vez más en un ambiente virtual con un alumno que no lo va a tener delante, no lo va a encontrar en los pasillos. ¿La UCT va a seguir creciendo

en edificios? A lo mejor no. La UCT va a ser una gran plataforma virtual, va a estar en la nube y eso ya se está viendo en muchas universidades del mundo. Entonces hay que ir pensando por adelantado. Nosotros, que formamos profesores, ¿cuáles son los pedagogos que queremos formar para los próximos veinte años?

EL SUEÑO DE LOS FUNDADORES

La verdad es que todas estas personas que estuvieron en diferentes momentos de nuestra historia fueron de alguna manera contribuyendo y poniendo los ladrillos de este proyecto que hoy día son los sesenta años y tal vez —creo o pienso ahora— no se imaginaron lo que está ocurriendo. En la época de monseñor Hourton, yo fui consejero, participé en muchas sesiones del Consejo Superior y no recuerdo que en alguna sesión se haya planteado el objetivo de llegar a una universidad de diez mil estudiantes. O sea, no estaba en el imaginario. En algún minuto incluso la Universidad Católica de Temuco se veía como muy grande con dos mil trescientos estudiantes. Pero hoy día, después de este periodo, yo diría los últimos diez o quince años, la universidad llegó a un volumen que nunca mis predecesores imaginaron. Y a mí me pasa un poco lo mismo, cuando pienso en cómo será esta universidad con ciento veinte años más, me es difícil imaginármela, me es difícil imaginar la relevancia que tal vez pueda tener en el futuro, en lo que viene.

Hoy día me es fácil pensar una universidad en los próximos diez años, o que en los próximos veinte años tal vez la Universidad Católica de Temuco va a ser de esta o de aquella manera; vamos a estar más consolidados en investigación, vamos a tener muchos más doctorados. Nosotros hoy día estamos pensando en la universidad virtual —ya hicimos un contrato— y hoy día la universidad virtual está presente en todo el mundo. Pero no me la imagino más allá. Tal vez a los predecesores les debe de haber pasado una cosa similar. A lo mejor en la fundación, en el 59, la gran expectativa de la Iglesia diocesana al crear la universidad era formar profesores. Yo creo que era como el gran sueño que en esta región formáramos profesores. Lo que sí creo es que en el desarrollo de la UCT, de alguna manera, hemos sido capaces quienes la hemos dirigido —y yo también he sido muy cuidadoso en eso— de mantener un hilo conductor con quienes soñaron este proyecto, desde la idea original de una universidad para el servicio y el desarrollo de

esta región, para la gente y el territorio. Creo que quienes tenemos la responsabilidad de dirigir la Universidad Católica de Temuco hemos cuidado esa misión y visión fundacional.

Cuando se formó la Universidad de la Frontera, en 1959, se requería formar profesores para educar la gente de esta región. No hemos renunciado nunca a esa misión fundacional y hoy día la Facultad de Educación es una de las más importantes. Pero también nos hemos hecho cargo como universidad, ahora más en su conjunto y aprobando otras áreas, de poder ampliar el servicio que prestamos a toda la gente de este territorio. Este es un territorio deprimido en términos de desarrollo. Seguimos, lamentablemente, con las peores cifras de desarrollo humano, pero en la cabeza de quienes han dirigido la UCT ha persistido la visión de sacar adelante a nuestra región. Por eso es que hoy día la UCT tiene una tremenda cantidad de proyectos inclusivos. Tenemos cincuenta y cuatro programas diferentes. A veces me preguntan: «¿Por qué ustedes tienen tantos programas?». Y respondo: «Porque estamos llamados a ofrecer oportunidades a todos los que tengan interés de estudiar algo distinto». Cada uno tiene sus propios intereses, entonces, no podemos restringirnos como universidad a dos o tres de estos intereses; nosotros tenemos que ser una universidad inclusiva en el sentido más amplio.

Ojalá que mañana podamos tener Medicina⁶ y, si hay un estudiante pobre con talento, que pueda estudiar Medicina y lo pueda hacer aquí. Monseñor Hourton puso un fuerte acento en eso, en que nosotros nos debíamos a una universidad que sea muy inclusiva, que dé oportunidades a los jóvenes más carentes de la región. Entonces, la definición también fundacional ha sido muy orientadora para todos quienes hemos dirigido la UCT. En algún minuto dije: «A lo que nunca vamos a renunciar es a formar los profesores, porque esa fue la visión que generó esta universidad», y la idea de abrirnos a otras áreas no significa que nosotros abandonemos esa visión. Incluso en

6 El sueño expresado por el rector en esta frase se materializó recientemente, en el 2024, con la exitosa apertura de la carrera de Medicina. A propósito, comenta don Aliro Bórquez: «Nuestra idea nunca fue competir, sino colaborar, aportar al desarrollo de la salud y además crecer orgánicamente. Comenzamos, pues, creando y fortaleciendo la Facultad de Ciencias de la Salud a lo largo de doce años, en un camino de continuo aprendizaje. Y nos mantuvimos ahorrando durante mucho tiempo, para finalmente poder atrevernos —responsablemente— a un proyecto más complejo, que incluye la construcción de edificios, de aulas y un hospital de simulación clínica, manteniendo las características de nuestro proyecto de salud que es familiar, comunitario e intercultural».

los peores momentos, cuando no entraba nadie a estudiar pedagogías a las universidades, lo que se hizo fue crear unas carreras técnicas para sostener el proyecto desde la visión fundacional.

La Universidad Católica de Temuco ha logrado en sus diferentes etapas ir avanzando y profundizando mucho más aquel propósito, aquel sueño que tuvo Menchaca Lira. No sé si todo eso estuvo tan claro en los propiciadores que lo acompañaron, pero la clave está un poco en el mensaje de Menchaca Lira. A mí me gusta mucho eso que decía de servir a la gente y su territorio; ese era el propósito y eso es lo que nosotros, afortunadamente, en los últimos planes estratégicos hemos rescatado, que estamos aquí para servir y construir desde aquí, desde lo muy local también para lo más global, porque también hay mucho conocimiento que se puede generar y que puede servir como un modelo para otras universidades, para otros territorios.

C O D A

Nos aproximamos a los últimos compases de esta *Sinfonía para una historia*, convencidos de que la verdadera historia de esta gran institución llamada Universidad Católica de Temuco se escribe día a día, en sus aulas, laboratorios, oficinas, pasillos y jardines, por investigadores, conserjes, decanos, profesores, auxiliares, secretarias y estudiantes. La componen no solamente hitos, sino gestos, algunos mínimos, que ningún libro registrará, pero a los que queremos rendir homenaje a modo general. Es el principal aprendizaje que me llevo al terminar este libro: que el alma de la UCT, forjada en un arco temporal de sesenta años, desde el arrojito quijotesco de monseñor Menchaca Lira hasta el vasto florecimiento actual, se alimenta de la humanidad, creatividad y valentía de cada uno de sus hijos, en los más prestigiosos y productivos núcleos duros de investigación, tanto como en el más humilde rincón de cada uno de sus campus. Así, como el espíritu de Cristo aletea y se manifiesta en la creación entera, también lo hace en la más humilde de las iglesias particulares y diócesis. Del mismo modo, en la UCT, ahora mismo, mientras escribo estas páginas, miles de almas están realizando proezas pedagógicas, humanas y creativas que merecerían ser historiadadas aquí. Va nuestro sentido agradecimiento a cada una de esas heroínas y héroes.

Jorge Luis Borges, en una de sus paradójicas afirmaciones, dice que «solamente los países nuevos tienen pasado; es decir, recuerdo autobiográfico de ellos; es decir, tienen historia viva». Podemos modular esta paradoja a nuestro favor y decir que, de algún modo, en las universidades nuevas todavía se están fraguando los pilares del futuro y, por tanto, hay mucho por construir y por soñar. La Universidad Católica de Temuco podría situarse en una posición intermedia, pues, tras sesenta

años de vida, aún parece estar fresca la tinta del decreto firmado en el Club Social Temuco el 8 de septiembre de 1959.

Gracias a una feliz iniciativa, hoy, recorriendo los edificios y dependencias de la universidad, podemos acceder a un mapa de la historia reciente de la Iglesia chilena y de la Universidad Católica de Temuco: Clotario Blest Riffo, cardenal Raúl Silva Henríquez, monseñor Jorge Hourton Poisson, padre Pablo Andrés Arnaudon Peguet, padre Ronaldo Muñoz Gibbs, Teresa Durán Pérez, Jaime Arellano Galdames, Adalberto Salas Santana, Agustina Hidalgo Aravena, María Villanueva López, Óscar Cartagena Polanco, Ricardo Ferrando Keun, Waldo Marchant Cuadra; todas figuras que dan un peso simbólico a las construcciones. A ellos se suman san Juan Pablo II, san Francisco, monseñor Alejandro Menchaca Lira, monseñor Sergio Contreras Navia y don Luis Rivas del Canto. Muchos otros nombres podrán agregarse y, tras cada uno, una historia viva de humanidad, compromiso y coraje.

En este viaje por su historia, aprendí a respetar y a querer todavía más a la Universidad Católica de Temuco y adquirí una perspectiva mucho más amplia de los procesos históricos de la Iglesia y la nación chilena, así como los concernientes a Temuco y la región de La Araucanía, con los que esa historia se enlaza. Conocí a mujeres y hombres extraordinarios. Solo puedo estar agradecido y repetir, en íntimo recogimiento, las palabras del salmista: «Aparezca en tus siervos tu obra, y tu gloria sobre sus hijos».

REFERENCIAS

- Aedo, Cristian y Luis Eduardo González (2004). «La educación superior en Chile». *Calidad en la Educación*, 21: 61-83. DOI: 10.31619/caledu.n21.322.
- Bengoa, José (2016). «Prólogo». En Pedro Cayuqueo, *Fuerte Temuco y otras crónicas mapuche*. Santiago: Catalonia.
- Cayuqueo, Pedro (2016). *Fuerte Temuco y otras crónicas mapuche*. Santiago: Catalonia.
- Celis Muñoz, Luis, Andrés Guzmán Traverso y José Miguel Pozo Ruiz (2005). *Facultad de Educación: Su historia*. Santiago: Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Cifuentes, Luis (2004). «El movimiento estudiantil chileno y la Reforma Universitaria: 1967-1973». En Robert Austin Henry (compilador), *Intelectuales y educación superior en Chile: De la Independencia a la democracia transicional, 1810-2001*. Santiago: Chile América-CESOC.
- Comisión Nacional de Acreditación. «Normativas». *CNAchile.cl*. Disponible en https://tipg.link/OHi_.
- Consejo de Adelanto de Cautín (1949). *Segundo memorial de la provincia de Cautín a los poderes públicos*. Temuco.
- Contreras, Sergio (1991). «Fundamentos doctrinales de la Iglesia para la educación del pueblo mapuche». *CUHSO*, volumen especial: 25-34. Disponible en <https://tipg.link/T2Qo>.
- Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación (1996). *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Tomo 1 y 2 (Informe Rettig)*. Santiago: Corporación Nacional de Reparación y Reconciliación.
- Cox, Cristián y Hernán Courard (1990). «Autoridad y gobierno en la universidad chilena: Categorías de análisis y desarrollo histórico

- (1950-1989)». En Cristian Cox (editor), *Formas de gobierno en la educación superior: Nuevas perspectivas* (pp. 51-108). Santiago: Foro de la Educación Superior.
- Ferrando Keun, Ricardo (2012). *Y así nació La Frontera: Conquista, guerra, ocupación, pacificación. 1550-1900*. 2.^a ed. Temuco: Universidad Católica de Temuco.
- Ferrando Keun, Ricardo (1956). «Programa del seminario». En *Seminario de investigación sobre el desarrollo de la Provincia de Cautín*. Santiago: Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile.
- Góngora, Álvaro y Marcela Aguilar (2011). *Un obispo en tiempos de cambio: Conversaciones con monseñor Bernardino Piñera*. Santiago, Universidad Finis Terrae.
- Hourton, Jorge (2009), *Memorias de un obispo sobreviviente*. Santiago: Lom.
- Instituto Miguel León Prado. «Crónica histórica del Instituto Miguel León Prado». *Imp.cl*. Disponible en <https://tipg.link/iSoB>.
- Krebs, Ricardo (1994). *Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1888-1988)*. Santiago: Universidad Católica de Chile.
- Leonelli, Juan (2001). «Reflexiones a propósito del cambio de obispo en la diócesis San José de Temuco». *Actas teológicas*: 85-111. Disponible en <https://tipg.link/T2Px>.
- Leonelli, Juan y Luzio Uriarte (2009). «La realidad eclesial desde la perspectiva de la acción social». En Juan Leonelli y Pablo Palet (editores), *La acción social en la diócesis de Temuco: El periodo pastoral de Monseñor Sergio Contreras Navia* (pp. 55-88). Temuco: Universidad Católica de Temuco.
- Mansilla Sepúlveda, Juan y Fernando Torres Molina (2019). *Historia de la diócesis San José de Temuco*. Temuco: Universidad Católica de Temuco.
- Mönckeberg, María Olivia (2007). *El negocio de las universidades en Chile*. Santiago: Random House Mondadori.
- Municipalidad de Temuco (2016). *Plan Regulador. Memoria explicativa: Modificación planes reguladores Temuco y Labranza*. Temuco. Disponible en <https://tipg.link/T2QR>.

- Oliva Troncoso, Sonia. «Guaripauchito: En memoria de Víctor Oliva Troncoso». *Las historias que podemos contar*. Disponible en <https://tipg.link/O1QD>.
- Pinto Rodríguez, Jorge (2002). *Historia de la Universidad de La Frontera*. Temuco: Universidad de La Frontera.
- Raviola Molina, Víctor (1997). *Universidad Católica de Temuco: Antecedentes para una historia*. Temuco: Universidad Católica de Temuco.
- Rodríguez, Guido (2017). «La visita de Juan Pablo II a Chile en Abril de 1987». *Iglesia.cl*. Disponible en <https://tipg.link/O1YO>.
- Rubilar Solís, Luis (2004). «El Pedagógico: Educación superior y los sectores populares, 1889-1997». En Robert Austin Henry (compilador), *Intelectuales y educación superior en Chile: De la Independencia a la democracia transicional, 1810-2001*. Santiago: Chile América-CESOC.
- Salazar, Gabriel y Julio Pinto (2002). *Historia contemporánea de Chile. Tomo 5*. Santiago: Lom.
- Sánchez Gaete, Marcial (2014). *Historia de la Iglesia en Chile. Tomo 4: Una sociedad en cambio*. Santiago: Universitaria.
- Scherz García, Luis (1988). *Reforma y contrarreforma en la Universidad Católica de Chile (1967-1980)*. Santiago: Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea.
- Silva Henríquez, Raúl (2009). *Memorias*. Santiago: Copygraph.
- Subercaseaux, Bernardo (2011). *Historia de las ideas y la cultura en Chile. Volumen 3*. Santiago: Universitaria.
- Universidad Católica de Concepción (2000). «La ausencia del mejor etnolingüista». *UDEC.cl*.
- Universidad Católica de Temuco (2016). *Cuenta gestión de Rectoría: Periodo 2012-2016*. Disponible en <https://tipg.link/T2Kn>.
- . «Vice Gran Cancillería». *UCT.cl*. Disponible en <https://tipg.link/OHre>.
- Vial Correa, Juan de Dios (1990). «Inauguración Aula Magna Temuco». Disponible en <https://tipg.link/OEWk>.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

- Acuña, Sergio 42
Adán Caro, Pedro 21-22, 32, 33, 44, 50, 168
Allard, Raúl 110, 113-115
Allende, Salvador 61
Araya Villarroel, Juan 114
Arellano Galdames, Jaime 13, 32, 41, 44-46, 48-49, 50, 52, 54, 57, 59, 127, 131,
141, 177, 182
Arellano, José Pablo 112
Arenas, Braulio 52
Arnaudon, Pablo Andrés 172-173, 174, 182
Atria, Raúl 152
Alwin, José 137
Aylwin, Patricio 99, 109, 113

B

- Bachelet, Michelle 158, 159, 166
Bakovic, Pedro 132-133, 143
Baldeig, Juan 73-74, 77-78, 81, 82-84, 95
Baranda, Benito 158
Bates, Luis 152
Beca, Carlos Eugenio 136
Beca Frei, Juan Pablo 138, 152, 156, 170
Becker, Germán 83
Bengoa, José 54, 87
Berchenko, Pablo 63
Berho, Marcelo 88
Blest Riffo, Clotario 182
Bórquez Ramírez, Aliro 148-150, 152, 165-166, 171, 172, 174-180

C

- Caamaño Matamala, Raúl 14, 31, 54, 65, 86, 90, 96, 98, 127, 131
 Cabezas, Augusto 72
 Cáceres, Carlos 104
 Calvo, Carlos 76
 Campillo, Horacio 17
 Camus, Carlos 116
 Candia, Alicia 48
 Carmine Nambrard, Fernando 22, 32-33
 Cartagena Polanco, Óscar 41, 75, 77, 91, 98, 103-106, 109, 110, 111, 122, 123, 129,
 131, 135, 143-144, 146, 147, 148-149, 150-151, 152, 157, 165, 169, 177, 182
 Casas, Ignacio 152
 Castillo Velasco, Fernando 56, 87
 Castro, Omar 57, 72
 Catriquir, Desiderio 136
 Cayuqueo, Pedro 141
 Chiang, Jaime 114
 Chuecas Muñoz, Fernando 23, 47, 64
 Contreras Galaz, Roberto 24
 Contreras Navia, Sergio 13, 41, 77, 80, 91, 97, 98, 100-102, 103-104, 106-107,
 110, 111-112, 115-116, 120, 121-122, 123, 131, 133, 135, 137, 139, 141, 144, 147,
 150-151, 168, 182
 Cox, Cristian 152
 Cox, Francisco Javier 29
 Cumes, Aura 162

D

- Del Pino, Humberto 122
 Del Río, Enrique 172, 173
 De Pasavia, Wilfredo 50
 Díaz, Fernando 64
 Díaz, Ricardo 128
 Dillehay, Tom 61, 73, 91, 170
 Durán, Teresa 86, 87, 88, 124-125, 132, 135, 182

E

- Echeverría, Rafael 135
 Eilers, Enrique 64, 168

F

- Fernández, Juan Eduardo 144
 Fernández, Montserrat 168

Ferrando Keun, Ricardo 20, 50, 66, 91, 92, 170, 173, 182
 Fierro, Fresia 135
 Foxley, Alejandro 99, 110

G

Gallardo, Helio 63
 Gallardo, Rodrigo 173
 Gálvez, María Angélica 48
 Garbarini, Carmen Gloria 124, 129, 132, 147
 Garcés, Gabriela 124
 Gil, Francisco Javier 158-159, 166
 Gómez Millas, Juan 35, 39
 González, Carlos 116
 González, Ciro 75, 78, 106
 Goycoolea, Roberto 115
 Guíñez Guíñez, Osvaldo 20

H

Hart, Guillermo 49
 Hébert, Maurice 55, 57
 Hernández Sallés, Arturo 14, 58, 65, 98, 144, 152, 160
 Hidalgo Aravena, Agustina 182
 Hourton, Jorge 13, 85, 91, 109, 116, 122, 123, 127-133, 137, 138, 139-140, 141, 143,
 157, 173, 178-179, 182
 Huilcán, Paola 176
 Hurtado, Alberto 17, 55

I

Infante, Carlos 37
 Inostroza de Celis, Gloria 63, 120, 134-138, 152
 Isla, Boris 14, 155, 166-167

J

Jiménez de la Jara, Mónica 91, 152, 153-158, 159
 Jobet, Armando 24
 Juan Pablo II 80, 92, 127, 144, 151, 182
 Juan XXIII 21, 49

K

Krebs, Ricardo 44, 56, 87-88
 Küpfer, Ricardo 57
 Kuramochi, Yosuke 53, 54, 90-91, 92, 93, 96, 141, 165

L

- Lado, Wanda 152
 Laghi, Aldo 30
 Lagos, Hamilton 72
 Lagos, Ricardo 79, 110, 123, 124, 136
 Lavados, Jaime 115
 Lefebvre, Alfredo 52
 Leonelli, Anselmo 23, 28, 29-30, 44, 45, 50
 Leonelli Leonelli, Juan 14, 28, 32, 40, 144, 168, 173
 Letelier, Luis Felipe 36, 37
 Lihn, Enrique 52
 Lipps, Theodor 64
 Lisboa, Venancio 52
 Llanquinao, Gabriel 136
 Lloró, Carlos 160
 Lobos, Gastón 70
 López, Safira 148
 Loveluck, Guillermo 47
 Loyola Vásquez, Gustavo 47
 Luchevski, Alexander 129
 Luco, Joaquín 86

M

- Mac-Grath 37
 Magendzo, Abraham 135
 Magofke Proust, Federico 17
 Marchant Cuadra, Waldo 182
 Martí, José 26
 Massa, Miriam 72
 Matamoros, Roberto 152
 Maturana, Macarena 172
 Meissner Vhymeister, Arturo 18
 Meléndez, Francisca 176
 Melville, Thomas 61, 73
 Menchaca Lira, Alejandro 9, 12, 13, 17, 20-27, 28-30, 31-34, 35-42, 44, 45, 48, 51,
 53, 55, 56, 65, 71, 77, 89, 97, 101, 106, 110-112, 120-122, 123, 131, 133, 136-137
 150, 161, 163, 168, 177, 180, 181, 182
 Mendoza, Rosaura 63
 Meriño, Guillermo 73
 Millas, Jorge 67
 Mizunuma, Juan 48
 Momberg, Marcela 143, 171
 Mora, Héctor 72

Morandé, Pedro 104, 112
Moreno, Fernando 110
Muga, Alfonso 110
Munizaga Aguirre, Roberto 79
Muñoz Gibbs, Ronaldo 182
Muñoz Latorre, Bernardo 24
Muyolema, Armando 162

N

Noack Scherer, Harold 31

O

Ocares, Silvia 95
Ojeda Prüfer, Carola 143
Oliva Troncoso, Sonia 70
Oliva Troncoso, Víctor 70-71
Oliver Schneider, Carlos 19
Ortiz, María Teresa 72
Oyarzún Polanco, Carlos 81, 82-86, 117

P

Pablo VI 40, 52, 57
Pacheco, Máximo 110
Paillalef, Nepomuceno 57
Palet, Pablo 149, 159
Parada Henríquez, Agustín 17
Parra, Augusto 115
Payas, Gertrudis 170
Peña, Fernando 149
Pera, Roberto 93
Peredo, Margarita 57
Pérez, María de la Luz 143
Pinochet, Augusto 99, 109
Pino Zapata, Eduardo 49, 59
Pinto, Jorge 170
Piñera, Bernardino 29, 30, 31, 34, 47, 49, 55, 71, 80, 151
Precht Pizarro, Jorge 138
Puentes, Gonzalo 155
Puga, Mariano 71

Q

Quidel, José 162
 Quintriqueo, Segundo 136

R

Rabanales, Ambrosio 58
 Ramos, Nelly 59, 65, 68, 135
 Raviola Molina, Víctor 22, 27, 49, 52, 53, 57, 59, 60, 62, 63, 67, 68, 73, 140, 165
 Recabarren, Manuel 16
 Rencoret, Rodolfo 37
 Retamal, Waldo 24
 Ríos Fernández, René 87, 90, 93, 94, 106, 110
 Riquelme, Paula 158
 Rivas del Canto, Luis 19, 22, 50-51, 152, 182
 Rivas, Sergio 21, 50, 152
 Rocha, Claudia 141, 145, 157
 Rodríguez, Daniel 32, 49
 Rodríguez Letelier, Guido 48-49, 92, 122
 Rojas, Álvaro 115
 Rojas, Boris 154
 Rojas, Gonzalo 52
 Rotzsch, Hans-Joachim 128
 Rubilar, Osvaldo 132, 177
 Ruiz, Alejandro 57

S

Saffirio, René 146
 Salas, Adalberto 57, 58, 60, 65, 69, 73, 87, 88, 91, 132, 134-135, 137, 144, 182
 Salas Astrain, Ricardo 162
 Salas, Irma 26, 39
 Salazar, Sergio 77, 93
 Samaniego, Mario 138-139
 Sánchez García, José 81, 90
 Sánchez, Tatiana 158
 Sandoval, Elvira 50
 Sandoval, Vicente 75
 San Martín, René 73
 Scheihing, Vivian 147
 Sepúlveda, Gastón 73, 87, 135
 Sepúlveda, Gloria 148
 Silva Henríquez, Raúl 52, 56, 57, 68, 182
 Silva Santiago, Alfredo 35-36, 38, 44

Soruco, Gabriela 139
 Stitchkin, David 24
 Stuchlik, Milan 60, 69, 73, 87, 88, 91
 Swett Madge, Jorge 67, 68, 73, 76, 83, 84

T

Teillier, Jorge 53
 Thayer, William 56
 Theissen, Eugenio 57
 Troncoso, José 72-73

U

Uribe, Marcos 29
 Urzúa, Juan Carlos 146

V

Vaccaro, Renzo 147-148
 Vargas, Anita 90, 93, 119, 153
 Vargas Bastidas, Héctor 169, 172
 Vásquez, Alberto 152, 157, 159, 161, 165
 Vega, Rolando 73, 76, 94-95, 126
 Venturelli Leonelli, Omar 69-71
 Vera, Rodrigo 137
 Vergara Castillo, Luis 64
 Vial, Carlos 37
 Vial Correa, Juan de Dios 104, 106, 111, 117-118
 Vial Larraín, Juan de Dios 95
 Vial Risopatrón, Manuel Camilo 57, 144, 151-152, 162-163, 167, 172-173
 Vicuña, Rafael 104
 Vidal, Silvia 177
 Villalobos, Sergio 86
 Villanueva López, María 55, 75, 143, 177, 182
 Von Baer, Heinrich 115

W

Wilmots, Juliaan 128

Z

Zavala, José Manuel 170
 Zúñiga, Alfonso 22, 28, 42, 49, 91
 Zúñiga, Aurora 33, 74, 95



Como parte del equipo
de Tipografía,
trabajaron en la edición
y composición de este libro
Isidora D. Raby
y Marco Antonio Coloma.

Septiembre de 2025.

